Los Hollister

15

Y EL VIEJO BARCO



JERRY WEST

Una tormenta y un invitado inesperado traen este nuevo misterio a la vida de los Hollister, cuando, debido a un rayo, una rama de árbol cae sobre un coche frente a su casa. Dentro estaba el hawaiano Tom King, que necesita la ayuda de los Hollister para salir del coche.





Jerry West

Los Hollister y el viejo barco

Los Hollister - 15

ePub r1.1

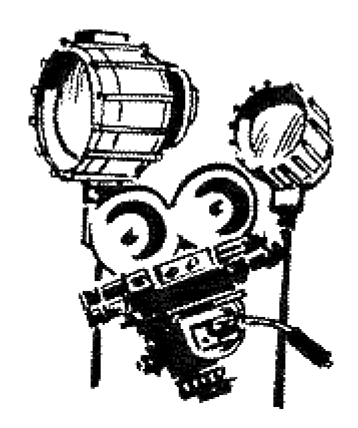
nalasss 15.09.14

Título original: *The Happy Hollisters and the Old Clipper Ship*
Jerry West, 1956
Traducción: Consuelo G. de Ortega
Ilustraciones: Antonio Borrell
Diseño de portada: Salvador Fabá
Retoque de portada: orhi

Editor digital: nalasss
ePub base r1.1



¡ACCIÓN! ¡CÁMARA!



¡Crac! ¡Bum!

Un trueno ensordecedor estremeció toda la casa e hizo vibrar los cristales de la buhardilla, en donde los cinco hermanos Hollister estaban jugando.

—¡Zambomba, qué cerca ha caído ese rayo! —exclamó Pete Hollister, el muchachito de doce años, con chispeantes ojos azules —. Pero nosotros sigamos con la filmación.

Pete estaba detrás de un baúl apoyado en el suelo sobre uno de los laterales, en cuya parte superior se había colocado una vieja cámara de cine. Dos grandes focos iluminaban la escena.

—Dinos cuándo tenemos que volver a empezar —pidió Pam, alegremente.

La bonita y morena Pam, que tenía diez años, apoyó una rodilla en el suelo, junto a una banasta de naranjas. En lo alto de la banasta se había subido Sue, la pequeñita de la familia, con cuatro años y cabello muy rubio. Sue rió alegremente, mirando a los otros dos hermanos que se mantenían a un lado.

Éstos eran Ricky, de ocho años y Holly, de seis. El cabello rojizo de Ricky estaba alborotado y el entusiasmo que sentía parecía

asomar por cada una de las innumerables pecas que cubrían su carita.

—Vamos, Pete —dijo el pecoso, apremiante—. Que haga en seguida su papel.

Holly sentía un hormigueo de impaciencia y se retorcía las trencitas de pelos castaños, mientras aguardaba las órdenes del cameraman Pete.

—Muy bien —dijo el hermano mayor—. No te olvides, Pam. Tú estabas en una lancha salvavidas, mirando hacia la cubierta del viejo clíper. Tú, Sue, te encontrabas a punto de ser arrastrada por una ola enorme, y Holly y Ricky te salvaban. ¿Estáis preparados?

Los cuatro niños asintieron y Pete dijo:

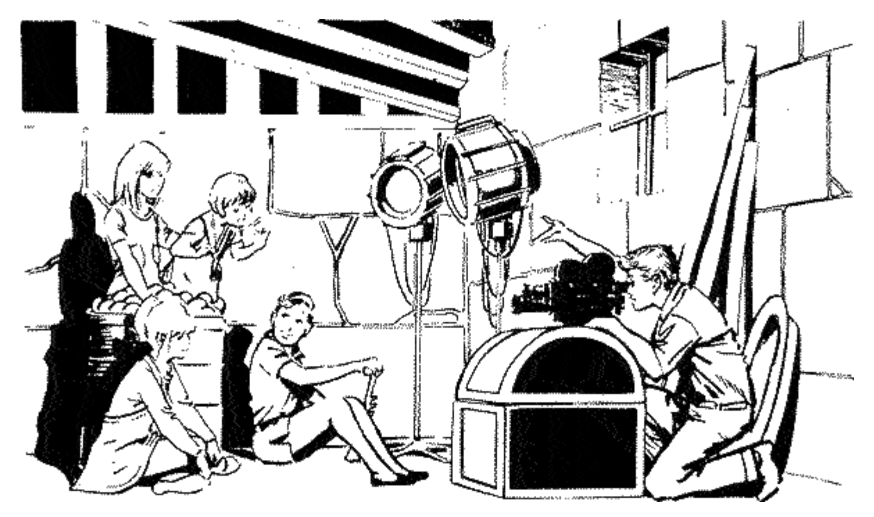
—¡Atención, empezamos!

Inmediatamente, Pam puso cara de muchísima preocupación.

—¡Por favor, salven a mi hija! ¡Salven a mi pequeñita, por favor! —exclamó, enlazando dramáticamente las manos.

—¡Lo haremos! —aseguró, muy decidido, Ricky.

Y él y Holly se aproximaron a la banasta de naranjas. Oscilando de un lado a otro, como si estuvieran en la cubierta de Un viejo clíper, que hubiera naufragado a causa de una terrible tormenta, el pecoso y Holly formaron una especie de asiento con sus manos e hicieron sentar en él a su hermanita menor.



—La llevaremos a la otra lancha salvavidas —dijo Holly.

Y en aquel momento, Sue prorrumpió en alegres risitas.

—¡Corten! —gritó Pete, desconectando la cámara.

Mientras Sue saltaba al suelo, Pete le dijo:

—En esta escena no tienes que reírte. Figura que estás muy asustada, Sue.

—Como es tan divertido… —se disculpó la pequeña con los ojitos relucientes.

—No es así como trabajan las grandes actrices —declaró Pam—. Ahora tendremos que repetir la escena.

—Y ya no queda mucha película —añadió Pete.

Mientras la lluvia golpeteaba con fuerza en el techo de la buhardilla, los Hollister se prepararon para repetir la escena. Jugar a hacer películas era algo que les divertía mucho a todos en los días de lluvia. Hacía poco habían leído en el periódico que dos famosos actores, Lisa Sarno y Gregory Grant, estaban a punto de empezar a trabajar en la película «El Viejo Barco». Ahora Pam estaba representando el papel de Lisa y Ricky el de Gregory.

Los niños habían oído hablar de barcos clíper de los Estados Unidos, que se utilizaban para comerciar con la China. Salían de la costa de Nueva Inglaterra al iniciar los largos y peligrosos viajes al Lejano Oriente. De modo que Pam había escrito una pequeña historia sobre el naufragio de uno de aquellos navíos y Pete actuaba como cameraman y director.

Mientras volvía a encender los focos y a lo lejos sonaba otro trueno, Pete se preparó para hacer nuevas tomas.

—¡Acción! —dijo.

Esta vez las escenas quedaron bien. Sue hizo varios pucheritos, como si estuviera llorando, mientras Ricky y Holly la salvaban.

—¡Preparados para la próxima escena! —ordenó Pete.

—¿Qué escena va a ser? —preguntó Ricky, volviéndose a Pam que tenía unos papeles en la mano.

—Espera, que consultaré el guión —dijo Pam, muy gravemente —. Ah, sí. Aquí es donde Sue baja por una cuerda que está pendiendo por la borda del buque y se deja caer en el bote salvavidas.

Ricky fue a un rincón de la buhardilla para coger una escalera de mano y la colocó bajo una viga. Después buscó un trozo de

cuerda y, subido a la escalera, ató sólidamente la cuerda a la viga. Entre tanto, Pam colocó frente a la cámara la gran cartulina que representaba una barca de remos.

—¿Creéis que Sue podrá bajar por la cuerda? —preguntó Pete, pasándose una mano por el cabello alborotado.

—Claro que puedo —aseguró Sue, muy digna.

—Está bien. Ricky, tú colócate a su lado, por si se cae —indicó el hermano mayor.

Cuando todo estuvo preparado, Sue subió por la escalera y se cogió a la cuerda. Entonces Ricky apartó la escalera.

—Ve resbalando despacio —dijo Pam, cuando Pete empezó el «rodaje».

Sue estaba a mitad de la cuerda cuando, de pronto, otro tremendo trueno estremeció los cristales. El estruendo hizo estremecerse a la pequeñita.

—¡Ayudadme! ¡Socorro! —chilló, asustada—. Voy a caerme.

Ricky corrió a ayudar a su hermana, pero, al acercarse, tropezó en la barca de cartón y cayó de bruces, debajo de la cuerda y… ¡Catapum! Sue aterrizó sobre la espalda de su hermano.

—¡Uff! —rezongó Ricky que, por un momento había quedado sin aliento.

Pete desconectó la cámara y él y Pam fueron corriendo a levantar a Sue.

—¿Te has hecho daño? —preguntó Pam.

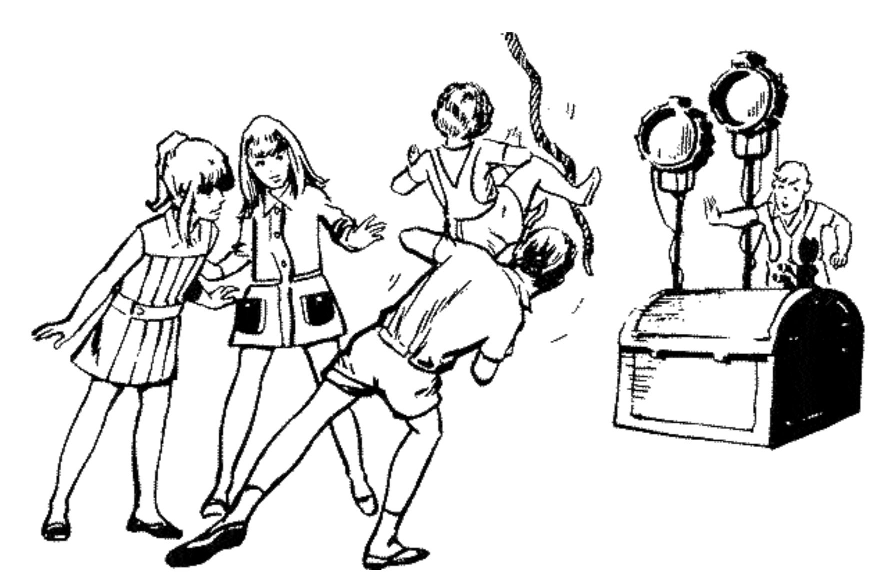
—No —contestó la chiquitina, echándose a reír—, pero a lo mejor le he «hacido» daño al salvavidas Ricky.

El pelirrojo respiró profundamente y exclamó:

—¡Canastos! No quiero volver a ser un salvavidas.

—¿Tenemos que repetir la escena? —quiso saber Holly.

—No —repuso Pete—. Ha sido una escena buenísima.



La tormenta estival era cada vez más fuerte y los sonidos que producía el viento y la lluvia crecían también de volumen. De repente se oyó algo que parecía desgarrar los tímpanos. El trueno y el relámpago se produjeron al mismo tiempo. Los focos se apagaron. A todo esto siguió un ruido estremecedor que se produjo fuera, sobre algo metálico.

—¡Dios mío! —exclamó Pam—. ¡El rayo ha caído en algún sitio de aquí cerca!

—Yo creo que ha sido en la calle —opinó Pete—. ¿Por qué no salimos a ver?

En aquel momento las luces volvieron a encenderse. Pero ya estaban todos muy preocupados y decidieron dejar el juego. Pete abrió la puerta de la buhardilla y todos bajaron al primer piso.

Los cinco hermanos Hollister y sus padres vivían en una enorme y acogedora casa de la simpática ciudad de Shoreham, junto al Lago de los Pinos. En la zona comercial de la población, el alto y deportivo señor Hollister tenía un establecimiento en el que vendía artículos de ferretería y deportes, además de juguetes. Lo llamaban El Centro Comercial. Tanto él como su esposa, la señora Hollister, que era muy guapa y esbelta, estaban siempre dispuestos a tomar parte en las aventuras de sus hijos.

Cuando los niños llegaban a la planta baja, «Zip» salió de la

cocina, para correr al encuentro de sus amos. «Zip» era un hermoso perro pastor. Los truenos le habían puesto muy nervioso, y Pam, amable y compasiva como siempre, le dio unas suaves palmadas en el lomo, para tranquilizarle.

—No te preocupes, «Zip». Pronto se terminará todo esto —le dijo, antes de salir con los demás al porche.

La señora Hollister, con un abrigo y un sombrero impermeables, ya estaba fuera, mirando al otro extremo del césped, a través de la espesa cortina de lluvia.

—Qué trueno tan terrible —dijo, cuando sus hijos es acercaron.

—Ha debido de estallar en algún sitio muy cerca —opinó Ricky —. Vamos a mirar.

El pecoso y todos sus hermanos volvieron a entrar para ponerse los impermeables y capuchas. Pete buscó, además, una linterna.

—¿Alguno de vosotros ve en dónde ha podido caer el rayo? —preguntó la señora Hollister, cuando sus hijos volvieron a salir.

—Me parece que allí veo un coche —contestó Pete, atisbando con fijeza y enfocando la linterna hacia el lugar al que miraba.

—¡Mirad! —exclamó de repente Pam—. Hay un coche delante del jardín y un árbol ha caído encima.

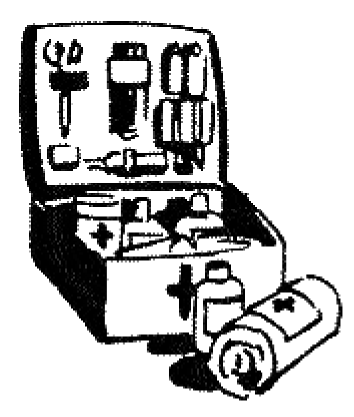
En aquel mismo momento, los Hollister oyeron una voz que gritaba:

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Sáquenme de aquí!

—Alguien está dentro y no puede salir —dijo Pete—. ¡Vamos!

Sin titubear ni un momento, la señora Hollister y sus hijos bajaron, corriendo, las escaleras del porche, y cruzaron el patio, para llegar junto al coche accidentado.

PODANDO UN ÁRBOL



Mientras los Hollister se acercaban, volvieron a sonar los gritos de socorro, dentro del coche. Al llegar ante el sedán de dos puertas, detenido junto al bordillo, vieron que una enorme rama había caído sobre la parte delantera. Desplomado ante el volante había un hombre joven, casi inconsciente.

—¡Está herido! —dijo Holly con angustia, mirando por la ventanilla.

—Le sacaremos de ahí —decidió Pete, acercándose a la portezuela más próxima al conductor.

En seguida forcejeó con el picaporte, pero no consiguió moverlo ni un milímetro.

—Con el golpe, el metal se ha combado y la cerradura está encallada —se lamentó el muchachito—. ¡Prueba por la otra puerta, Pam!

Tanto Pam como su madre intentaron abrir la portezuela derecha, pero ésta se hallaba cerrada con llave. El conductor continuaba quejándose y moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¡Dios mío! Tenemos que sacarle de ahí —murmuró la señora Hollister.

—¡Ya sé cómo podremos hacerlo! —exclamó Pete y se marchó corriendo al garaje de su casa.

A los pocos minutos volvió con una gruesa escarpa. Tras apoyar la punta de la herramienta en el borde de la portezuela del conductor, Pete hizo presión.

¡Crasch! La puerta se abrió con estrépito y, al mismo tiempo, el desconocido empezó a resbalar hacia la calle. Pete, a toda prisa, le agarró por los hombros.

—Ayudadme a llevarle a casa —pidió a los otros.

Entre tanto, Pam había ido a buscar una manta. En ella tendieron al hombre y, como si se tratase de una camilla, entre todos cogieron la manta por los extremos y llevaron al herido hasta la casa.

—Tiene una brecha muy grande en la frente —advirtió Pam, mientras abría la puerta.

La lluvia que le estuvo cayendo en la cara había reanimado un poco al desconocido, que abrió los ojos que, hasta entonces, había tenido entornados. Pero se sentía demasiado mareado para poder hablar. Los Hollister le tendieron en el sofá de la sala. Holly le colocó un cojín bajo la cabeza.

—Esté tranquilo —le aconsejó, amablemente, la señora Hollister.

—Voy a buscar el botiquín, mamá —dijo Pam, y subió a toda prisa al cuartito de las medicinas.

Pete desabotonó la camisa del herido y Ricky le quitó los zapatos. Luego Holly le abrigó con una manta.



—Me encuentro muy bien ya —aseguró el hombre, haciendo un esfuerzo para incorporarse.

—No se empeñe en levantarse —le suplicó la señora Hollister, cuando ya Pam llegaba con el botiquín.

Entre Pam y su madre desinfectaron la herida y vendaron la frente al hombre.

—Gracias. Muchísimas gracias —dijo él, todavía tendido en el sofá—. Soy Tom King.

—Y nosotros somos los Felices Hollister —anunció Sue—. Todo el mundo nos llama así.

El hombre sonrió. Ahora que se le estaba pasando el nerviosismo y parecía que el señor King no tenía ninguna lesión grave, los niños se acercaron a mirarle con curiosidad. Era un hombre delgado y atractivo, con la piel tostada por el sol y el cabello muy negro. Aunque vestía pantalones y camisa deportiva y una corbata de colores alegres, como muchos hombres de Shoreham, había algo diferente en él.

—A lo mejor es un hombre de otro planeta —cuchicheó Ricky, hablando con su hermano.

Pero el señor King le oyó y sonrió de nuevo, dejando ver sus dientes muy blancos e iguales.

—No. No soy ningún hombre de Marte —dijo, con voz débil—. Soy de Polinesia, del territorio de Hawaii.

—¡Qué interesante! —comentó la señora Hollister—. Es una lástima que haya tenido usted este accidente y más estando tan lejos de su tierra.

—¿De modo que he tenido un accidente? La verdad es que en estos momentos no recuerdo gran cosa.

Mientras Tom King descansaba, los niños se apresuraron a hablarle del estruendo que habían oído, mientras estaban en la buhardilla.

—Habéis sido muy buenos, sacándome del coche —dijo el hombre, agradecido—. Lo último que recuerdo es que, mientras conducía el coche abajo, oí un estrépito espantoso y me golpeé contra el volante. He tenido suerte de que la rama no cayese sobre la carrocería y la abriese.

Ya había cesado la tormenta y brillaba la luz del día.

—Vamos a mirar el coche —propuso Ricky. Y salió de la casa sin que nadie le siguiera.

Inspeccionando el interior del vehículo, el pecoso descubrió un maletín en el asiento trasero. Lo recogió y lo llevó a casa.

—He pensado que puede usted necesitarlo —dijo a Tom King.

—Gracias, Ricky. Pero me marcharé pronto.

—No puede irse. Su coche no se pondrá en marcha —contestó el niño.

—Y tiene usted un daño «tirrible» —intervino Sue con su voz cantarina—. Tiene que ponerse el «jama» y acostarse.

Aquello hizo reír a Tom King que replicó:

—No puedo seguir molestándoos más tiempo.

—Debe usted quedarse hasta que se sienta más fuerte —opinó la señora Hollister—. Pam, ¿quieres hacer un té para nuestro huésped?

—Muchas gracias. Eso me sentará bien —dijo el señor King—. Puede que me quite el dolor de cabeza.

Mientras se hacía el té, Pete fue al teléfono para informar de que la gran rama del árbol se encontraba atravesada en la calzada. Marcó el número de la policía de Shoreham y preguntó:

—¿Puedo hablar con el oficial Cal?

Mientras aguardaba, con el auricular en la mano, el niño recordó la primera vez que trató con el joven policía. La familia acababa de trasladarse a Shoreham y una de las furgonetas con sus muebles, había sido robada. El oficial Cal les ayudó a encontrarla y los niños, en compensación, le ayudaron a atrapar al ladrón.

—Hola, Cal —dijo Pete, explicando luego lo que había sucedido.

Al poco de haber colgado Pete, Cal y otro oficial se presentaron en un coche de la policía. Los niños corrieron a saludarles.

—Aquí hay trabajo para el servicio de grúas y el servicio forestal —dijo Cal, mirando al coche, primero, y después la rama que había caído sobre el vehículo, medio desprendida por el rayo.



El joven policía de mejillas sonrosadas, dio las gracias a los Hollister por haberle avisado y añadió:

—Daré en seguida un informe completo de esto al cuartelillo.

Entró en su coche y utilizando la radio, pidió que,, inmediatamente, acudiera a casa de los Hollister un equipo forestal. Luego salió del coche, diciendo:

—Ahora iré a ver al señor King.

Cuando estuvo en la casa, Pete presentó a los dos hombres.

—Tal vez sea mejor ir al hospital, para asegurarnos de que no tiene usted ningún hueso roto —sugirió Cal.

Pero el accidentado aseguró al policía que, aparte de la herida de la frente y de un poco de mareo, se encontraba perfectamente.

—Nosotros nos ocuparemos de cuidarle bien —prometió la señora Hollister.

Y Cal, sonriendo, repuso:

—Estoy seguro de que lo harán. Los Hollister parecen capaces de hacer feliz a todo el mundo, aunque el cielo se esté cayendo sobre ellos.

—Como estuvo a punto de caer sobre mí —bromeó el hawaiano, haciendo un guiño a Sue.

Todos se echaron a reír y luego el oficial dijo:

—Señor King, haremos que se traslade su coche a un garaje y, si usted lo desea, le repararán allí los desperfectos.

—Magnífico. Se lo agradeceré.

—Y mañana, tenga la bondad de decirnos cómo sigue —pidió el policía.

Después de que el oficial se hubo marchado, la señora Hollister, notando que Tom King se estaba adormilando, hizo señas a los niños para que se salieran de la sala. Todos se marcharon de puntillas y salieron a la calle para esperar al camión grúa.

Pete intentó cerrar la puerta que había abierto presionando. No logró encajarla y se sintió preocupado.

—Los mecánicos la arreglarán, Pete —le consoló Pam.

Ricky y Holly, entre tanto, se habían quitado los zapatos y calcetines y estaban chapoteando en el agua que corría a lo largo del bordillo, cuando llegaron camiones, uno blanco y negro, del garaje Tony, y el gran vehículo del departamento forestal, con toda clase de equipo para levantar troncos de árboles.

Ya entonces se habían reunido allí muchos niños vecinos. Entre ellos estaban Jeff y Ann Hunter. Ann era la amiga preferida de Pam, y Jeff el mejor amigo de Ricky. El niño tenía ocho años, el cabello lacio y negro y los ojos azules. Ann, con diez años, tenía el cabello negro y ensortijado.

Mientras los empleados del servicio forestal levantaban la rama

del árbol con una grúa, los amigos de los Hollister no cesaban de hacer preguntas.

—¿Os habéis fijado en lo grande que es esa rama?

—¡Seguro que ha hecho un ruido horroroso!

—¿Hay algún herido?

Los hermanos Hollister contestaban a todas las preguntas.

—¿Y es verdad que Tom King ha venido de las islas Hawaii? —preguntó Ann—. ¿Va a quedarse a vivir aquí?

—No lo sabemos —replicó Pam.

Antes de que las dos amigas pudieran seguir hablando, el dueño del garaje advirtió:

—¡Cuidado! ¡Apártense a un lado!

Sus empleados pasaron una cadena por la parte delantera del coche de Tom King que, en seguida, empezó a elevarse por los aires. El motor del camión se puso en marcha y pronto el coche accidentado desapareció calle abajo, suspendido de la grúa.

Mientras los hombres del servicio forestal se pusieron a su trabajo, Pam dijo:

—Dios quiera que este olmo tan bonito no haya quedado estropeado para siempre.

—No le pasará nada —dijo el capataz, que luego explicó a los niños que se llamaba Nick.

—¿Qué van a hacer ustedes, ahora? —preguntó Pete.

—Cortar la rama con la sierra mecánica.

Mientras los otros hombres se ocupaban de aquel trabajo, Nick miró hacia la copa del gigantesco olmo y dijo:

—Veo que aquella otra rama también se está desprendiendo. Habrá que cortarla muy cerca del tronco.

Después, el capataz colocó en la calle dos letreros que decían: «Conduzcan lentamente. Obreros trabajando».

Luego fue a la parte trasera del camión y sacó un gran rollo de cuerda. Uno de los extremos lo lanzó por el aire para que cayese al otro lado, pasando por encima de una de las ramas. Tan pronto como los otros hombres acabaron su trabajo, fueron a ayudarle.

Los niños presenciaron con asombro cómo se preparaba el trabajo. ¡Con cuánta rapidez lo hacían todo! Uno se ató la cuerda a la cintura y, con la sierra en la mano, subió al árbol.

—Apartaos de ahí abajo, niños —dijo, a gritos—. Voy a empezar a cortar esta rama.

Todos se apartaron a bastante distancia, para no correr peligro y la sierra empezó a moverse rítmicamente, de delante a atrás.

—¡Canastos, qué fuerte es! —dijo Ricky, admirativo, viendo el movimiento que hacía el musculoso brazo del hombre—. Eso es lo que quiero ser cuando me haga mayor. ¡Un talador de árboles!

El hombre de arriba detuvo un momento la sierra y miró abajo, para gritar:

—¡Cuidado, Nick! ¡Está a punto de caer!

El capataz ordenó a los niños que se apartasen otro poco más, hasta quedar formando un amplio círculo, separado varios metros del árbol. Entonces pidió a Pete:

—¿Quieres ayudarnos a detener el tráfico al principio de la calle, mientras cae la rama?



—Sí, claro.

Pete corrió a la esquina de la calle, levantó los brazos y lanzó un silbido estridente. Los conductores de vehículos se detuvieron y Pete les explicó lo que ocurría.

Viendo a su hermano, Ricky también quiso ayudar. Y decidió

que debía detener el tráfico que llegaba en la otra dirección. Sin darse cuenta de que el hombre estaba serrando otra vez, Ricky echó a correr por debajo del árbol. En aquel momento, la gran rama se partió.

—¡Ahí va! —gritó el hombre subido en el árbol. Y al mismo tiempo, Nick exclamó, alarmado:

—¡Apártate de aquí, criatura!

¡Crash! La gran rama estaba a punto de caer a pocos centímetros de distancia de Ricky.

—¡Oooh! —exclamó Pam, estremecida de miedo.

—Yo sólo quería detener los coches que llegaban por el otro lado de la calle —explicó Ricky, avergonzado.

—Está bien, hijo —le contestó Nick, secándose el sudor de la frente—. Hazlo, pero apartándote de este árbol.

Ricky hizo detener un coche que se aproximaba. Luego, después de asegurarse de que todo el mundo estaba bien separado, el hombre del árbol siguió aserrando la rama. Luego, con la agilidad de un mono, se deslizó por la cuerda hasta quedar en el suelo. A los pocos minutos, los empleados del servicio forestal habían apartado la rama de la calzada y empezaron a cortarla en porciones más pequeñas. Pete y Ricky hicieron señas a los conductores para que prosiguieran su camino.

—Muchas gracias por ayudarnos —dijo Nick, mirando a Ricky y sonriendo—. Aunque la próxima vez…

—No lo haré —prometió Ricky, sin esperar a que Nick acabase la frase—. No lo haré nunca más.

No tardaron mucho los hombres en apilar las ramas cortadas y volver a guardar su equipo en el camión. Nick y sus ayudantes subieron a la parte delantera del vehículo, se despidieron de los niños, moviendo alegremente las manos, y se marcharon.

—¡Ahí viene papá! —anunció Holly, en aquel momento.

La furgoneta se aproximó y, un momento después, entraba en el camino del jardín de los Hollister. El conductor sonrió ampliamente cuando sus cinco hijos corrieron hacia él, obligándole a detenerse casi en seco.

—Mamá me ha explicado por teléfono lo del accidente —dijo, saliendo—. Por lo visto tenemos un huésped de Hawaii.

—Sí, sí —afirmó Sue, a grititos—. Ven a verle, papá.

Encontraron a Tom King sentado en el sofá.

—Tom King acepta quedarse un poco más con nosotros —explicó, sonriente, la señora Hollister.

—Y les agradezco muchísimo su hospitalidad —dijo el hombre—. Por cierto… ¿Alguno de vosotros, pequeños, quiere ir a buscar mi maletín al coche?

—Pero ¡si ya se han llevado el coche!

Tom King quedó unos momentos pensativo. Luego dijo:

—Supongo que en el garaje estará seguro. Lo recogeré por la mañana.

Mientras todos los niños le escuchaban con atención, el extranjero explicó que sólo llevaba unas pocas semanas en los Estados Unidos.

—Compré el coche en la Costa —añadió—. Por el camino he ido haciendo preguntas a distintas personas.

—¿Preguntas? —repitió Holly, curiosa—. ¿Es usted un señor que hace preguntas, como en la televisión?

La ocurrencia hizo reír a Tom King.

—No, no. Lo que yo quisiera es encontrar la respuesta a cierto misterio —dijo.

UN CURIOSO FORASTERO



—¿Tiene usted que resolver un misterio, señor King? —exclamó Holly, entusiasmada—. ¡Qué bien! ¡Nosotros también resolvemos misterios!

—Entonces, tal vez podríais ayudarme —dijo Tom King—. Y por favor, llamadme simplemente Tom.

—¿De qué se trata ese misterio? —quiso saber Pam.

—De una herencia. La historia empezó hace muchos años, con mis abuelos, en Hawaii.

—¿Eran polinesios? —preguntó Pete.

—Sólo mi abuela —contestó Tom.

Mientras los cinco hermanos le escuchaban con ojos redondos de curiosidad, Tom explicó que su abuelo, Isaac Swanton, había sido un marinero americano, de Boston. Y que llegó a Honolulú en un navío clíper.

—Allí conoció y se enamoró de mi abuela. Ella era una polinesia pura.

—¡Qué romántico! —murmuró Pam, soñadora.

Tom siguió explicando que Swanton se había casado con su novia Kalua, a bordo del clíper. El capitán se ocupó de la

ceremonia.

—¿Y luego vivieron felices, como la Cenicienta? —preguntó Holly, muy emocionada.

—Sí, vivieron felices y tuvieron varios hijos. Mi madre era la hija menor.

El joven siguió explicando que su abuela había muerto antes de que él naciera; por lo tanto, no la conoció. Él fue hijo único y se quedó sin padres siendo muy pequeño.

—Me crió una de mis tías —añadió Tom, sonriendo—. Nadie de la rama hawaiana de mi familia tiene mucho dinero, de modo que les hice un per juicio cuando me tuvieron que pagar colegios. Y ya podéis imaginar lo útil que nos resultaría cobrar una herencia.

—Cuéntanos más —suplicó Ricky, impaciente, cuando Tom hizo una pausa.

—La herencia a que me refiero procedía de un tío mío, llamado William, que murió el año pasado. Su familia vivía en los Estados Unidos. El padre de William era hermano de mi abuelo Isaac Swanton.

—¿No conocía usted a su primo? —preguntó Pete.

—No, La rama de la familia que está en Honolulú nunca tuvo tratos con ninguno de los Swanton de aquí. Pero un día leímos un periódico de Boston donde se notificaba la muerte de mi primo y se decía que los albaceas testamentarios estaban buscando a los parientes de William. Mi primo se había hecho millonario, pero no se casó ni dejó testamento. Yo estoy aquí para representar a la rama hawaiana de su familia.

Pete estaba atónito.

—¿Y por qué no se presenta usted, tranquilamente, a cobrar el dinero? —preguntó.

—No es tan fácil como crees. Tenemos que probar que somos los descendientes de Isaac Swanton. El único sitio en que estaba registrado el matrimonio de mis abuelos fue el diario de navegación del clíper. Ese libro desapareció hace tiempo y no existe ninguna otra prueba de que el matrimonio se celebrara realmente. Desde luego, cualquiera de los testigos de la boda ha muerto hace tiempo.

—¿Y cómo se llamaba ese navío clíper? —preguntó Pam.

—Ése es otro problema —repuso Tom—. No lo sé. Ninguno de

mis abuelos ni mis padres mencionan el nombre del barco en las cartas o documentos que han llegado a mí. Pero tengo una buena pista.

—¿Cuál? —interrogó Ricky.

—Mi abuelo dejó tres bocetos muy detallados del viejo clíper. Por desgracia el artista no incluyó el nombre en ninguno de ellos.

—¿Podré ver esos bocetos? —preguntó Pete—. Yo creo que aquellos viejos clíper eran barcos maravillosos.

—Están en mi maletín. Por eso había pedido que me lo trajeseis. Pero no dudo de que estará bien seguro en el garaje.

El hawaiano siguió explicando que la gente con quien se había puesto en contacto durante su viaje a través del país, con la intención de obtener informaciones, eran varios ancianos marineros, retirados.

—Uno de ellos me dio las señas de un tal señor Sparr que vive aquí, en Shoreham —prosiguió Tom—. Me dirigía a verle cuando ocurrió lo del árbol. Tal vez ese señor pueda identificar el barco de mi abuelo, gracias a los dibujos.

Pam, sonriendo, informó:

—El señor Sparr es amigo nuestro, Tom. Sabe muchas cosas sobre el mar y los barcos.

—Nos regaló una «búrjula» cuando estuvimos en la Playa de la Gaviota —notificó Sue.

—Sí. La perdimos y volvimos a encontrarla —añadió Pete, riendo—. Fue un misterio estupendo, aquél.

La señora Hollister se excusó y salió de la sala, diciendo que iba a preparar la cena. De nuevo Tom King insistió en que debía marcharse, pero los Hollister no se lo permitieron. Pam se fue a la cocina, para ayudar a su madre, y los demás continuaron charlando.

—Ahora decidme algo de vosotros —pidió el forastero.

Tom King rió de buena gana mientras escuchaba las explicaciones atropelladas que le daban los niños, hablando todos a un tiempo. Cuando terminaron de ponerle al corriente de varios detalles llegaba desde la cocina un delicioso aroma a chuletas de cordero.

—Ya me siento mucho mejor —sonrió Tom, levantándose del sofá—. No me flaquean apenas las piernas y casi me ha

desaparecido el dolor de cabeza.

Cuando estuvieron sentados a la mesa, los Hollister y su invitado inclinaron, respetuosos, la cabeza. Le correspondía recitar la acción de gracias a Holly, que dijo, a media voz:

—Bendice, Señor, estos alimentos y haznos recordar las necesidades de los demás.



Luego empezaron a saborear una apetitosa cena, durante la cual toda la conversación fue relativa al viejo clíper.

—Hay un viejo refrán que dice que los clíper tenían tan sólo diez metros de anchura y una milla de altura —explicó Tom.

Sue dejó caer el tenedor y, con los ojos muy redondos de asombro, exclamó:

—¡Ooooh! ¡Entonces chocarían con el cielo!

Sonriendo a la pequeñita, Tom contestó:

—No es que aquellos barcos fuesen muy altos. Pero lo parecían por la altura de los mástiles.

Explicó luego que la era de los navíos clíper empezó en 1843, a causa de la gran demanda de té de la China, y se inició su decadencia al abrirse el Canal de Suez en 1869, cuando ya no fue necesario navegar en torno al extremo sur de África, para llegar a la China.

—Pero los barcos de vapor eran mucho más rápidos, ¿verdad?

—preguntó Ricky.

Con gran sorpresa para todos, Tom contestó que no en todos los casos era así; que se tenían noticias dé algún clíper que había seguido navegando durante veinticinco años, después de ser bien conocidos los barcos de vapor.

—Algunos de los clíper podían recorrer cien millas en veinticuatro horas —añadió el hawaiano.

—Sabe usted mucho sobre esos barcos. A lo mejor podría ayudarnos a hacer nuestra película —sugirió Pam.

—Lo haré con mucho gusto —repuso Tom.

Después de la cena, los niños recogieron las cosas de la mesa y ayudaron a fregar la vajilla. Luego Pete abrió la marcha hacia la buhardilla.

—Esto parece un verdadero plato de algún estudio de Hollywood —dijo con admiración Tom, fijándose en los focos que acababan de encenderse.

A Holly le entusiasmó tanto el poder mostrar su estudio cinematográfico al invitado que empezó a saltar alegremente por la buhardilla. De pronto, se enredó en los cables de los focos. Movió el pie, para soltarse, y las enormes bombillas empezaron a oscilar peligrosamente.

—¡Recogedlos! —advirtió Pete.

Pero nadie estaba lo bastante cerca para llegar a tiempo de evitar la desgracia y el foco se hizo añicos en el suelo.

—Ya no podemos «rodar» esta noche —dijo gravemente Pete, contemplando con tristeza el estropicio.

—Pero yo conozco algo que ayuda a soportar las desgracias —anunció, entonces, Tom King.

—¿Qué es? —quiso saber, en seguida, Ricky.

—Los helados.

—Es verdad —contestó la vocecilla chillona de Sue—. Pero hoy no hay ninguno en la nevera.

—¿Hay cerca alguna tienda donde puedan comprarse? —preguntó Tom.

—Sí. «Cirquísima» —afirmó Sue, moviendo vigorosamente la dorada cabecita.

—Entonces, vamos allí —propuso Tom—. Ya me siento con

fuerzas para andar hasta esa tienda. Pediremos el helado que guste más a cada uno.

—¡Huaaam! —murmuró Holly, relamiéndose.

Los Hollister bajaron como un rayo las escaleras. Ricky fue el más travieso, porque descendió por la barandilla el último tramo. A los pocos minutos todos estaban en la calle, camino de la tienda de helados. Ricky y Holly se divertían saltando por encima de los charcos que se habían formado en la acera. De pronto, los niños distinguieron a un muchacho que avanzaba hacia ellos, en bicicleta.

—Vaya. Ahí viene Joey Brill —dijo Pam.

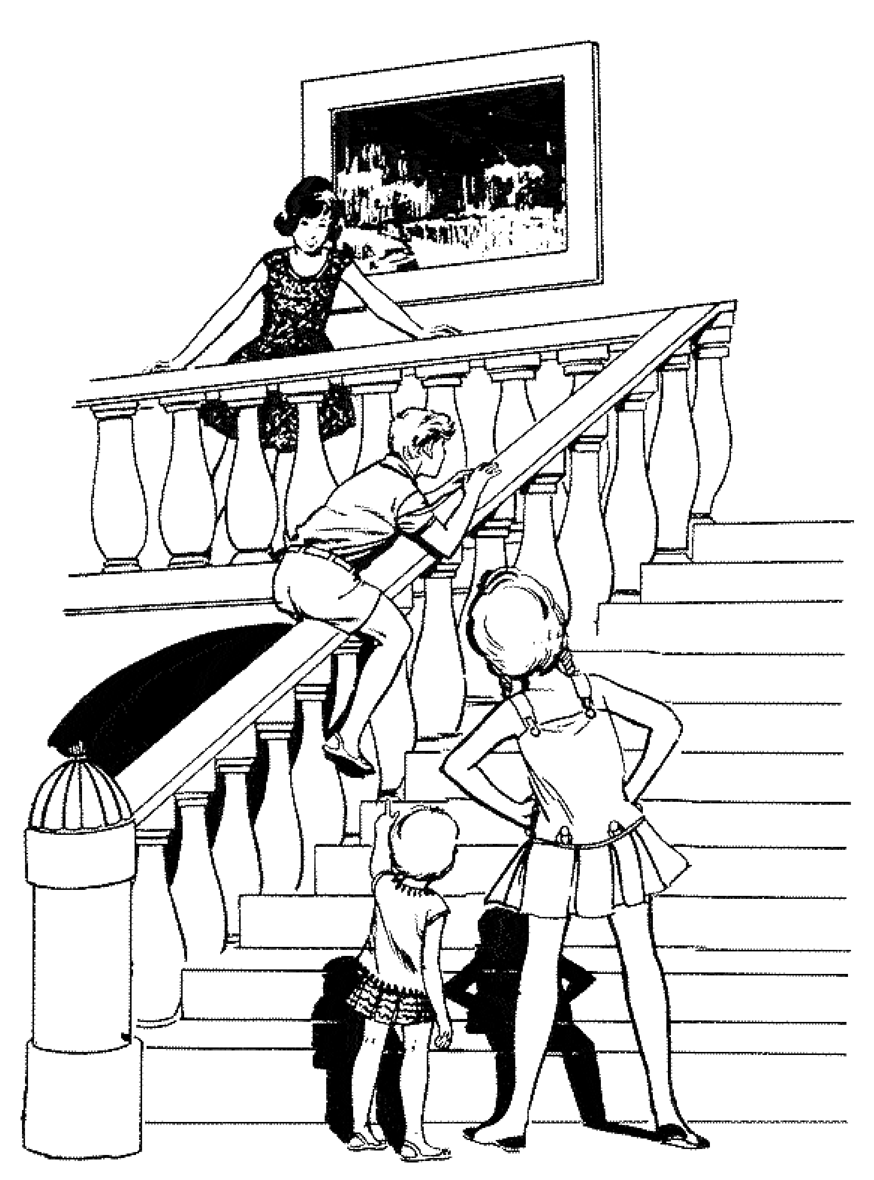
—Por tu modo de decirlo, parece que el chico no te es simpático —observó Tom King.

Los Hollister le explicaron, en pocas palabras, que Joey, que tenía la edad de Pete, aunque era más alto y fuerte, siempre les estaba molestando, desde que la familia se trasladó a Shoreham.

—Es un grandísimo camorrista —afirmó Holly—. Pero nosotros procuramos no dejarnos molestar por él.

Al acercarse, Joey aumentó la velocidad y un momento después se acercaba al bordillo, junto al cual había todavía mucha agua.

¡Plass! Las ruedas de la bicicleta levantaron una enorme rociada de agua. Todos los que caminaban por la acera saltaron a un lado, pero el vestido blanco de Pam ya había quedado lleno de salpicaduras de agua sucia. Joey se alejó como una flecha, riendo a carcajadas.



—Es malintencionado —dijo Tom, con disgusto, dando a Pam un pañuelo para que se limpiase un poco.

Pero pronto se olvidaron todos del desagradable incidente, al llegar a la tienda de helados. Los niños pasaron un buen rato eligiendo helados de distintos sabores. En lugar de tomarlos allí mismo, pidieron que se los preparasen para llevarlos a casa. Patinando alegremente sobre el húmedo empedrado y riendo con su

nuevo amigo, todos volvieron hacia la casa.

Ya había oscurecido y empezaron a encenderse los faroles. Pam, que caminaba detrás, con su hermano mayor, oyó un ruido a su espalda y volvió la cabeza. Y pudo ver a un hombre, de mediana estatura, que parecía mirarles con mucho interés.

—Pete —cuchicheó la niña, tomando a su hermano por un brazo —, ¿conoces a ese hombre?

El muchachito volvió la cabeza, pero ya era demasiado tarde. El hombre se había ocultado a la sombra de un árbol.

—Me pareció que nos estaba siguiendo —dijo Pam, preocupada —. ¿Por qué lo haría?

Pete se encogió de hombros, contestando:

—Ahora ya se ha ido.

Y los dos hermanos mayores caminaron más de prisa, para colocarse a la altura de los otros. Una vez en casa de los Hollister, se sirvió un plato de helado a cada uno. Y, mientras lo comían, la familia pidió a Tom King que les contase algo más sobre el misterio. Y Pam añadió:

—Ojalá hubiese más pistas que ayudasen a resolverlo todo.

El joven bajó la vista y se llevó la mano al extraño alfiler con que sujetaba su corbata. El alfiler estaba formado por una serie de diminutos troncos blancos, entrelazados, sujetos a una varilla de oro.

—Eso puede ser otra pista —dijo.

—¿Sí? —preguntó en seguida Pete, interesado.

—Convertí uno de los pendientes de mi abuela Kalua en este alfiler.

—Parece de coral —observó la señora Hollister.

—Acierta usted. Coral de aguas hawaianas.

—Pero ¿cómo puede ser una pista? —preguntó Ricky, saboreando la última cucharadita de helado.

—Mis abuelos regalaron el compañero de este pendiente al capitán del barco que les casó. Si pudiera encontrar ese otro pendiente creo que me proporcionaría una gran ayuda.

Lo mismo opinaron los Hollister, y Pam decidió recordar bien todos los detalles de aquella joya.

Al poco rato, los niños fueron a acostarse y a Tom se le llevó a la

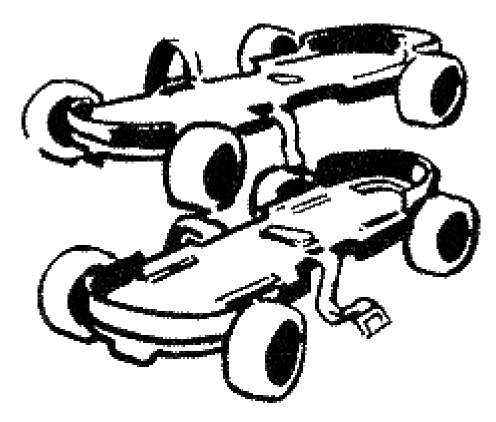
habitación de invitados. A la mañana siguiente, el señor Hollister se ofreció para llevar a Tom en la furgoneta hasta el taller de reparaciones. Los cuatro hermanos mayores suplicaron que les permitiesen ir también. Y el padre les dejó en el garaje, que estaba camino del Centro Comercial.

—Allí está mi coche —dijo Tom, que, seguido por los niños, se encaminó al pequeño sedán.

Muy complacido, comprobó que ya estaba completamente reparado.

—Buen trabajo —comentó Tom, hablando con el mecánico. Pero un momento después exclamó, alarmado—: ¡Mi maletín! ¡Ha desaparecido!

LA BÚSQUEDA DEL MALETÍN



Una expresión de desconsuelo apareció en el rostro de Tom King cuando el mecánico le aseguró que no había visto ningún maletín en el coche.

—Estaba en mi coche, ayer —aseguró el hawaiano—. Han debido de robármelo.

—¡Dios santo! —se lamentó Pam—. ¡Se han perdido sus estupendas pistas!

Tom arrugó el ceño, contestando:

—Sí. Tengo que encontrar mi maletín.

En aquel momento se acercó a él otro hombre cubierto con un mono color caqui que se limpiaba las manos en un trapo.



—Supongo que es usted el señor King —dijo a Tom—. Yo soy Sampson. Le reparamos el coche, tal como el oficial Cal nos indicó. ¿Está descontento de algo?

—Han hecho ustedes un trabajo excelente —replicó Tom—. Pero no encuentro el maletín marrón que iba dentro del coche.

—No vi ningún maletín en el coche —aseguró el señor Sampson, muy extrañado.

—¿Pueden haberlo robado de aquí, durante la noche? —preguntó Pete.

—No. Tengo la certeza de que no. Mis empleados nocturnos estaban aquí y nadie puede entrar en el garaje sin ser visto.

—Buscaremos por otra parte —dijo Tom—. Aunque tal vez lo metí en el portaequipajes.

Pero, aunque buscaron bien por todos los rincones del coche, no hallaron la menor pista del maletín desaparecido. De repente, Pete hizo chasquear los dedos.

—Ya sé. ¿Se acuerda de que la puerta quedó abierta?

—Es verdad —contestó el señor Sampson—. Hemos tenido que hacer una gran reparación para que vuelva a cerrar bien.

—El maletín pudo caerse por el camino, mientras el coche fue trasladado por la grúa —opinó Pete.

Tanto Sampson como King estuvieron de acuerdo en que era muy posible que hubiera ocurrido así.

—Pero ¿dónde pudo caer? —preguntó Tom, muy preocupado—. Hay bastante distancia entre vuestra casa y este garaje.

Pam propuso que recorrieran el mismo camino que había seguido la grúa y preguntó al señor Sampson por qué calles había conducido, cuando se llevó el sedán de Tom.

—Vamos a ver —murmuró Sampson, guardándose el trapo en el bolsillo y recurriendo a su memoria—. Salimos por la carretera de Shoreham, seguimos al sur por la avenida Franklin y, luego, a la derecha por la calle de Essex. Después embocamos en bulevar Principal hasta el taller.

—¿Qué distancia, aproximada, será todo eso? —preguntó King.

—Unas dos milla3 —le contestó Pete.

Tom, muy decidido, dijo:

—Has tenido una buena idea, Pam. Buscaremos por toda esa ruta.

Los niños aguardaron a que Tom pagase la factura de la reparación y luego todos se instalaron en el sedán. Con ayuda de los Hollister, Tom siguió el camino indicado por Sampson, pero no pudieron ver el maletín por parte alguna. Cuando llegaron a casa, Tom estaba fatigado y muy desconsolado.

Pam, dándose cuenta, le dijo amablemente:

—¿Por qué no se queda usted aquí? Pete, Holly, Ricky y yo iremos en nuestras bicicletas y buscaremos otra vez desde aquí al garaje.

—Y preguntaremos a todos los que veamos por el camino —le prometió Pete.

El hawaiano les dio las gracias, confesando que volvía a dolerle la cabeza.

—Yo te enseñaré a «Morro Blanco» y sus hijitos —dijo Sue, asiendo a Tom de la mano, deseosa de consolarle.

Tras sacar las bicicletas del garaje, los otros hermanos salieron a la busca del maletín desaparecido.

—Podemos buscar, formando dos grupos —propuso Pete—.

Holly y yo vamos por este lado de la calle, y Pam y Ricky por el otro.

Todos estuvieron de acuerdo y Pam dijo:

—De este modo no dejaremos ningún rincón sin mirar.

—En marcha. Y vayamos lentamente —advirtió Pete.

A causa de la tormenta del día anterior, junto al bordillo, el suelo estaba cubierto por una capa de barro y hojarasca. Los Hollister se entretenían en rebuscar, removiendo con ramitas, los montones de barro más grandes.

Cuando llegaron ante la casa de los Hunter, vieron que Jeff y Ann estaban jugando a la pata coja, en la acera. Los Hollister les preguntaron por el maletín y los dos hermanos contestaron que no lo habían visto por ninguna parte, pero que también ellos ayudarían a buscarlo. Pronto los Hollister estuvieron en la avenida Franklin, donde giraron a la derecha.

—¡Por ahí viene Dave Meade! —dijo Pete—. A lo mejor él puede ayudarnos.

Dave también iba en bicicleta. Era compañero de Pete en la escuela, tenía doce años y siempre llevaba el cabello alborotado. Él y Pete eran muy buenos amigos.

—¡Hola, chicos! —saludó a voces, Dave—. ¿Estáis haciendo un desfile de bicicletas?

—Estamos buscando un maletín que se ha perdido —le contestó Pam.

—¿Otra vez trabajo de detective?

Dave hablaba en broma, pero la verdad era que admiraba mucho a los Hollister por su habilidad para resolver misterios.

—Eso es —respondió Pete—. ¿Has visto en alguna parte un maletín marrón?

Dave movió la cabeza, dando a entender que no lo habían visto y los Hollister siguieron su camino por la avenida Franklin. De repente, el pecosillo Ricky exclamó con nerviosismo:

—¡Ya lo veo! ¡Ya lo veo! Mirad allí.

A poca distancia, en aquel lado del camino se veía un objeto marrón. Estaba aplastado contra el bordillo y medio oculto por barro y hojarasca.

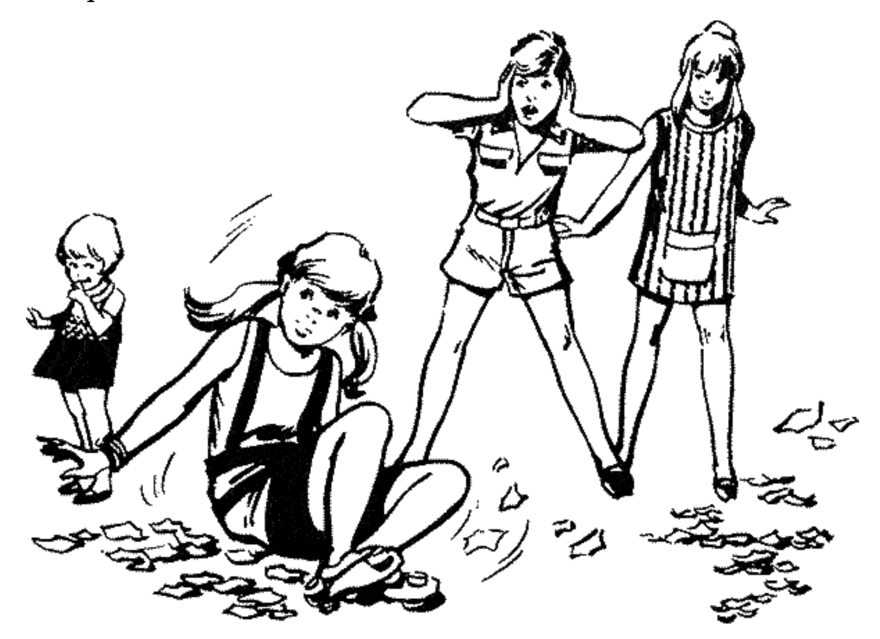
Pedaleando con rapidez, Pete fue el primero en llegar junto al

objeto. En cuanto apartó con los pies las hojas que lo cubrían suspiró, desencantado.

—No es más que una bolsa de mercado —dijo.

—¡Canastos! Y yo estaba tan seguro de que ya lo habíamos encontrado —dijo Ricky, tristón.

Mirando constantemente a todos los rincones, los niños llegaron a la esquina de Essex.



En mitad de la acera, una niña de la edad de Holly patinaba ágilmente, moviendo los brazos en círculo, como un molino.

—Es Donna Martin —dijo Holly—. Vamos a preguntarle.

Donna, de siete años, era la mejor amiga y compañera de clase de Holly. Era gordita y con graciosos hoyuelos en las mejillas. Al ver a los Hollister, la pequeña quiso detenerse en seco, pero perdió el equilibrio y cayó al suelo. Ricky saltó de su bicicleta, para correr en su ayuda.

—¡Ay! Ya me he despellejado la otra rodilla —se lamentó Donna, haciendo una mueca. Y casi sin pararse a respirar, preguntó —: ¿A dónde vais?

Pete le contó que había desaparecido un maletín y le preguntó si ella lo había visto.

Donna apoyó un dedo gordezuelo en su barbilla y miró hacia arriba como si estuviera meditando profundamente.

—¿Dónde se perdió? —quiso saber.

—En alguna parte desde nuestra casa hasta el bulevar Principal —le contestó Pam.

—Pues anoche, en la calle Franklin, vi a un chico que recogía algo del suelo —explicó Donna.

—¿Qué era lo que recogió? —preguntó el pecoso.

—No lo sé, porque ya estaba oscuro. Pero se lo puso bajo el brazo y se marchó corriendo, como si fuese algo muy importantísimo.

—¿Y quién era ese chico? —inquirió Pete.

—Primero creí que eras tú. Pero luego vi que no. Era más grandote que tú.

Los Hollister se miraron unos a otros y Holly acabó diciendo:

—¿Sería Joey Brill?

La amiguita de Holly movió lentamente la cabeza mientras decía:

—Se parecía a él, pero echó a correr hacia el otro lado y no pude verle la cara.

—De todos modos podemos ir a ver a Joey, para estar seguros —opinó Holly.

Los niños dieron las gracias a Donna, que prometió avisarles si oía algo sobre el maletín; después siguió deslizándose alegremente sobre los patines. Los Hollister pedalearon a toda prisa y se encaminaron a casa de Joey.

Al llegar a la casa encontraron al chico en el jardín de la fachada. Estaba ocupado en recoger lombrices que, por causa de la lluvia, habían salido de sus refugios inundados. Joey iba echando las lombrices en un bote de hojalata.

—¡Hola, Joey! —saludó Pete, mientras él y sus hermanos dejaban las bicicletas en el bordillo para acercarse a pie, al jardín.



—No me molestéis —contestó el chicazo con malos modos, mirando a los Hollister agresivamente—. Me voy a pescar.

—Joey, sólo queríamos hacerte unas preguntas —dijo con amabilidad Pam.

Pero el chicazo, sin dejarla continuar, exclamó:

—¡Estos pesados Hollister! Siempre con sus estúpidas preguntas…

Y Joey se quedó mirando a la pobre Pam con el ceño fruncido y los ojos sombríos.

Pete se estaba enfadando de verdad con las groserías de Joey, pero, con toda la calma posible, le dijo:

—Es algo muy importante. Queríamos preguntarte por un maletín que ha desaparecido.

Joey levantó bruscamente la cabeza.

—¿Cómo? —exclamó, y sin esperar contestación gruñó—: Yo no he visto ningún maletín.

Y muy furioso, empezó a escarbar en la tierra, buscando más lombrices.

La actitud del chicazo hizo pensar a los Hollister que probablemente Joey sabía sobre el maletín de Tom King, más de lo que quería confesar.

—¿No tomaste algo anoche, en la calle? —insistió Pete.

Ahora Joey se puso en pie, de un salto, y dijo tartamudeando:

—Yo no estuve en la avenida Franklin.

—Nadie te ha dicho que estuvieras allí —dijo Ricky.

Joey comprendió en seguida que había caído en su propia trampa y se puso muy colorado. Muy furioso, gritó:

—¿Y qué pasaría si hubiera encontrado un maletín viejo en la calle? No es asunto vuestro.

—¿Así que tú lo encontraste? —inquirió Holly, señalando al chico con un dedito acusador.

—Lo encontré. ¡Lo encontré! Pero eso, a vosotros, ¿qué os importa?

—El maletín es de un amigo nuestro —respondió, muy enfadado, Pete—. Y tiene mucha importancia para él. Así que dánoslo, para que podamos devolvérselo.

—¡Ja, ja! —se burló el chico, mientras metía dos dedos en el bote de gusanos—. Lo que queréis es quedaros con el maletín.

—¡Eso no es verdad! —protestó Holly, muy indignada—. Danos el maletín, Joey. No es tuyo.

—¡Ah! ¿No?

De pronto el chico sacó una lombriz y se la arrojó a Holly. El gusano le alcanzó en el cuello y se adhirió a la piel. La pobre Holly se estremeció y sus deditos buscaron en seguida al animal, para tirarlo al suelo.

Esto fue más de lo que podía soportar Pete, que dio un salto y con un golpe, arrancó el bote de la mano de Joey.

Furioso, el camorrista levantó el puño y golpeó a Pete en la barbilla. El mayor de los Hollister se defendió con otro puñetazo que alcanzó a Joey en plena nariz. Después de esto, los dos chicos se enzarzaron en una pelea cuerpo a cuerpo y rodaron por la hierba.

El alboroto llamó la atención de la señora Brill, que llegó corriendo desde la casa, para ver qué ocurría.

—¡Basta ya! —ordenó, acercándose a separar a los combatientes —. ¡Oh, Joey, cómo me gustaría que los Hollister y tú dejaseis de

andar siempre peleando!

—Joey ha encontrado un maletín de un amigo nuestro y no quiere devolvérnoslo —explicó Pam.

—¿Cómo sabéis que es de vuestro amigo? —masculló Joey.

Pam se apresuró a explicar a la señora Brill todo lo que había ocurrido, y añadió, al final:

—Si el maletín lleva el nombre de Tom King, es el maletín del señor que está en nuestra casa.

Cuando la señora Brill hizo a su hijo unas preguntas sobre el maletín, el chicazo arrugó la frente y apretó los labios, sin querer contestar. Pero, al fin, tuvo que confesar:

—Sí. Dice Tom King en una esquina del cuero.

—Entonces, ve a buscarlo inmediatamente.

Joey entró en su casa y a los pocos minutos volvió con un maletín de color marrón.

—Lo iba a usar para llevar el equipo de pesca —rezongó.

La señora Brill volvió a la casa, mientras su hijo, de mala gana, entregaba el objeto a los Hollister. Inmediatamente Pete lo abrió y buscó dentro. ¡El maletín estaba vacío!

—¡Oye, esto no está bien! —exclamó Pete.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Joey, con ojos brillantes de ira.

—Había unos bocetos muy valiosos aquí dentro. ¿Qué has hecho con ellos, Joey?

—¿Valiosos? —dijo, despreciativo, el chico—. No eran más que los dibujos de un barco viejo.

—¡Pues son muy valiosos! —declaró Pam—. ¿Dónde los has metido?

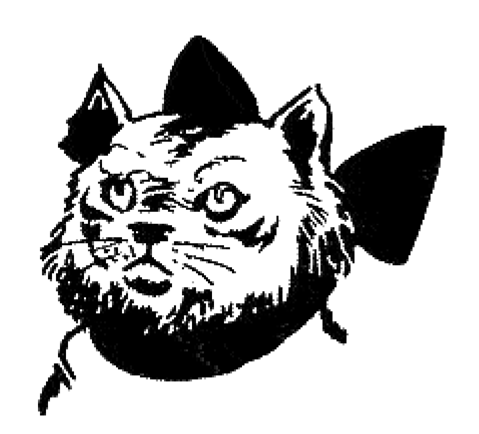
Todos los Hollister volvieron la cabeza y miraron con horror el cubo de basura que Joey señalaba.

—Los tiré ahí —dijo el camorrista, encogiéndose de hombros.

—¡No! —se lamentó Pam—. Seguramente se han estropeado.

—¡Ya vienen los basureros! —advirtió Ricky.

«NUBE VOLADORA»



Ricky tenía razón. Por la calle avanzaba un gran camión de recogida de basuras. Se detuvo delante de un edificio, a cierta distancia de la casa de los Brill. Un empleado empezó a vaciar los cubos dejados en la acera. Pete tomó, inmediatamente, una decisión.

—Hay que recoger los dibujos de Tom, aunque estén estropeados —dijo, echando a correr hacia el cubo.

Levantó la tapadera y encontró en seguida un rollo de papeles. Lo sacó, mientras Joey, que se había acercado, decía:

—Son ésos. Pero no veo que puedan ser tan importantes.

Pete desenrolló los papeles, mientras sus hermanos le observaban atentamente. Todos pudieron ver tres bocetos de un viejo clíper.

—¡Hurra! ¡Hurra! Los hemos encontrado —gritó Ricky con entusiasmo.

Y el pecoso y Holly empezaron a dar alegres zapatetas.

—¡Ahora Tom King ya podrá buscar su herencia! —dijo Holly.

—Buscar ¿qué? —preguntó Joey, muy interesado.

—Nada, nada —dijo inmediatamente Pam—. No es nada que te

interese.

—¡Bah! Los Hollister tenéis ideas bobas —masculló Joey, despectivo—. Siempre inventando tonterías.

Sin hacerle caso, Pete y Pam volvieron a mirar los dibujos. Se habían humedecido en los bordes, pero, por suerte, eso era todo lo que se habían estropeado.

En seguida, los Hollister montaron en sus bicicletas y marcharon a casa. Joey les siguió durante un trecho. Luego se detuvo, mascullando:

—Os creéis muy listos, ¿verdad? Pues ya veréis. Volveremos a vernos.

Los ciclistas no se molestaron en contestarle. Por el contrario, pedalearon más de prisa, para alejarse pronto del chico. Al llegar a casa encontraron a Tom King y a Sue en el patio, con la gatita «Morro Blanco» y sus cinco mininos. La gata era completamente negra, con el hociquito blanco. Uno de sus hijos era negro y le llamaban «Medianoche»; al que era totalmente blanco se le llamaba «Bola de Nieve»; «Tutti-Frutti» tenía la pelambre de varios colores; «Humo» era gris y, al quinto gatito, el más chiquitín y cariñoso, se le había dado el nombre de «Mimito». Sue había colocado en la arena del patio su casita de muñecas y cada uno de los mininos se había metido en una de las minúsculas habitaciones.



—¡Hemos encontrado el maletín! —anunció Pete, dejando su bicicleta sobre la hierba, para correr al lado del hawaiano.

—¿De verdad? —preguntó Tom, con una luminosa sonrisa—. ¡Magnífico!

Tomó el maletín de manos de Pete, lo abrió y sacó los tres bocetos.

—No sé cómo agradecéroslo, amiguitos —dijo, emocionado.

—A nosotros nos alegra haberle ayudado —contestó Pete.

Luego, entre él y sus hermanos, explicaron los detalles de la búsqueda y la pelea con Joey, interrumpida por la señora Brill.

El hawaiano se echó a reír, durante las últimas explicaciones, y luego dijo:

—Ahora ya puedo ir a visitar al señor Sparr. ¿Os gustaría acompañarme?

—Claro que sí —contestó inmediatamente, Ricky.

—Perfecto —sonrió King, añadiendo que se sentía completamente repuesto—. Las historias que me ha contado Sue, sobre vuestros animalitos, han sido la mejor medicina. Me he enterado de que también tenéis un burro que se llama «Domingo».

—Es verdad —dijo Pete—. Ahora está pasando unas semanas con nuestros primos.

Todos corrieron a la casa para contar a la señora Hollister cómo habían encontrado el maletín y para decirle que se iban a visitar al señor Sparr.

—Está muy bien —dijo la madre—. Pero será mejor comer antes.

Después de comer unos bocadillos de carne y queso, y unas manzanas, y beber un vaso de leche, todos se prepararon para salir. La señora Hollister propuso que Sue se quedase con ella y le ayudara a hacer un pastel de manzana para la cena.

—¿Y podré quedarme con un poquito de la pasta, para hacer pastelitos «ispiciales»? —preguntó Sue, aclarando en seguida—: Son para «Morro Blanco» y sus hijitos.

La madre, sonriendo, repuso:

—Claro que sí, hijita.

Los demás subieron al coche de Tom que condujo hacia la casa del señor Sparr. Los Hollister habían conocido al marinero retirado, cuando hicieron una función teatral, sobre piratas, en el patio trasero de su casa. El viejecito y simpático marinero había ido como espectador y pronto se hizo amigo de la familia.

—Aquélla es la casa —anunció Pete—. Es muy vieja. Fíjese en la fecha que pone ahí arriba: 1825.

Tom detuvo el coche y todos bajaron. Ricky fue el primero en subir los peldaños del porche y llamar a la puerta vidriera. En seguida apareció el anciano, vestido de marinero. Llevaba las gafas levantadas sobre la arrugada frente.

—¡Vaya, si son los Felices Hollister! —exclamó, muy contento—. ¿Cómo estáis? ¡Bien venidos a bordo!

Pete le presentó a Tom King y el señor Sparr les invitó a entrar.

—No había tenido una sorpresa tan agradable en toda la luna llena —declaró el viejecito, riendo.

Los Hollister nunca se cansaban de visitar al viejo marinero, que

siempre bromeaba y tenía una salita llena de recuerdos de barcos, tales como fanales, anclas, cadenas e incluso una sirena. Las tres miniaturas en madera de barcos de vela que adornaban la chimenea, eran el mayor orgullo del Señor Sparr.

—Bien, ¿en qué puedo serviros? —preguntó el viejecito, cuando todos estuvieron sentados—. ¿Estáis buscando un ancla o un viejo caballito marino?

—El señor King necesita que le ayudemos a resolver un misterio —explicó Pam, mientras Tom King abría el maletín y sacaba los bocetos.

—Eche un vistazo a esto —pidió Tom.

El señor Sparr buscó insistentemente en todos sus bolsillos, pero no pudo localizar sus lentes.

—Si los lleva usted puestos, señor Sparr —le advirtió Pam, riendo.

—Es verdad —contestó el anciano, también con una risilla, bajando ya los lentes sobre sus ojos.

Luego contempló con atención los tres dibujos y exclamó:

—¡Preciosos! ¡Maravillosos! En mi vida había visto bocetos tan detallados de un clíper. ¿Y cuál es el nombre de esta hermosura?

—Eso es, precisamente, lo que yo quisiera averiguar —le dijo Tom, antes de explicarle la historia de aquello que le había llevado hasta los Estados Unidos.

Cuando el hawaiano acabó de hablar, el señor Sparr volvió a mirar los bocetos con gran atención. Al fin dijo:

—Lo siento, pero no puedo identificar este navío, a pesar de que mi abuelo viajó en clípers durante muchos años y me hablaba con frecuencia de ellos.

Luego se rascó la cabeza y arrugó la frente, mientras extendía un dedo apergaminado sobre el dibujo en la parte de la cubierta.

—¡Huuum! Muy desusual —murmuró—. Hay tres salvavidas en la popa en lugar de estar en la proa. No recuerdo ningún otro navío con los salvavidas colocados en esta parte.

—Podría ser una buena pista —dijo Pete.

—Tienes razón. Ese detalle puede servir para identificar al clíper —contestó el señor Sparr—. Y por cierto, hay algo que yo le aconsejaría que haga usted, señor King.

—¿De qué se trata?

—Haga una fotocopia de estos dibujos, por si se le perdieran.

—¿Qué es una fotocopia? —quiso saber Holly.

El señor Sparr explicó que se trataba de hacer una fotografía de los dibujos.

Tanto a Tom como a los Hollister les pareció una estupenda idea y el hawaiano declaró que lo haría, inmediatamente.

—Señor Sparr —preguntó, luego—, ¿puede usted indicarme algún lugar donde pueda averiguar el nombre de ese barco?

El viejecito se quitó los lentes y los golpeó suavemente contra su rodilla, contestando:

—Le sugiero que vaya usted a ver al señor Dooley, el celador del Museo de Marina de Orient Harbor.

—¿En Massachusetts? —preguntó Pam.

—Exactamente —respondió el señor Sparr—. El Orient Harbor es uno de los mejores museos del mundo. Desde ese puerto zarpaban, en tiempos pasados, los famosos clípers para California y a través del Pacífico.

—Muchas gracias —dijo Tom, que luego hizo preguntas al señor Sparr sobre los barquitos en miniatura de la chimenea.

—El que está en medio es el «Nube Voladora» —contestó el señor Sparr—. Lo hice yo mismo durante un viaje a Australia.

Entonces se puso en pie para acercarse a coger, con mucho cuidado, el barquito, y dejarlo en una mesa cercana. Mientras los niños se arremolinaban a su alrededor, el viejo marinero explicó:

—Este clíper, el «Nube Voladora», fue construido en el oriente de Boston. Era una verdadera hermosura.

—¿Era muy grande? —preguntó Pete.

—Pesaba, exactamente, 1783 toneladas —contestó el señor Sparr, lleno de orgullo—. Medía 68 metros de longitud, 12 metros de anchura y más de 7 metros de profundidad, con medio metro de arrufo.

—¡Cuántas cosas sabe usted de ese barco, canastos! —se admiró el pelirrojo.

—¿Y tenía una milla de altura? —indagó Holly.



—Casi, casi —respondió el señor Sparr, con una risilla—. La cubierta principal medía 25 metros y el palo mayor tenía una longitud de 26 metros. Lo mandaba el capitán Josiah Perkins Gressy, que nació en Marblehead en 1814.

Lo mucho que el viejecito sabía sobre los navíos y los hombres que habían viajado en ellos intrigaba a los Hollister. Mientras estaban todos admirando los bonitos contornos del barquito, Ricky hizo preguntas respecto a las muchas velas que tenía.

El señor Sparr explicó que cada uno de los tres mástiles llevaba cinco velas diferentes. El palo de trinquete llevaba un trinquete, una gavia, un juanete, un sobrejuanete y un sosobre.

—¿Y éste del centro? —preguntó Pam, señalando el mástil más largo.

—Éste es el palo mayor y ésta la vela mayor.

Después, el señor Sparr señaló el mástil de popa, diciendo que se llamaba el palo de mesana y que sus velas eran la gavia, la mesana, el juanete, el sobrejuanete y el sosobre.

—¡Zambomba! —exclamó Pete—. Un capitán de barco tiene que

ser muy inteligente, para conocer todas esas velas y las cuerdas que lleva cada una.

—¿Qué os parece, si os lleváis esta miniatura a casa para estudiarla? —preguntó el señor Sparr a los Hollister.

—¡Canastos, sería estupendo! —gritó el pecoso—. Pete, ¿no podríamos arreglar nuestra barca de remos, para que se parezca a «Nube Voladora»?

—Claro. Por lo menos lo intentaremos —contestó el hermano mayor, entusiasmado.

—Yo lo llevaré —se ofreció Holly, alargando las manos, para recogerlo.

Pero estaba tan ansiosa de tocarla que, sin saber cómo, dejó resbalar la popa de sus manos y el barquito se golpeó contra la mesa.

—¡Oh! —se lamentó el señor Sparr, cubriéndose los ojos con las manos.

Al cabo de un momento separó las manos muy lentamente para mirar su querido navío. En seguida sonrió.

—No se ha roto nada —dijo—. Pero cuidádmelo mucho. Y, por el amor de Dios, no lo acerquéis al agua.

—¿Por qué? —preguntó Ricky.

El marinero explicó que la cola con que había unido las piezas podría disolverse con la humedad.

—Bien. Nos aseguraremos de que «Nube Voladora» esté en sitio seco —prometió Pete—. Será mejor que lo lleve yo, Holly.

—Gracias por la información que me ha dado usted —dijo Tom King—. Me pondré en contacto con el señor Dooley.

—Tal vez también yo me comunique con él —murmuró el anciano.

Tom y los niños salieron de la casa. Pete llevaba con cuidado el barco.

—Tom, ¿por qué no va usted ahora mismo a que le hagan las copias de esos dibujos? —propuso Pam—. Nosotros podremos ir andando a casa. No está muy lejos.

—De acuerdo —contestó el joven y condujo camino de la ciudad, hacia una tienda cuyas señas le había dado Pete.

Los Hollister habían caminado tan sólo un trecho de una

manzana, cuando apareció Joey, en bicicleta.

—Os estaba buscando —dijo el chico.

—¿Has sacado a pasear tus lombrices? —le preguntó Ricky.

Sin hacer caso de aquella burla, Joey declaró:

—Venía a deciros algo.

—Bien, dilo —pidió Pete.

—Es sobre «Morro Blanco», vuestra gata.

—¿Qué ocurre? —preguntó Pam, empezando a inquietarse.

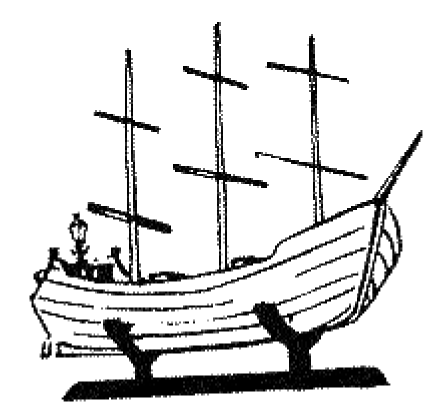
—Se ha subido a un árbol. Muy arriba.

—¿Dónde? —preguntaron a coro, los Hollister.

—Al final de la calle. Está tan alta que no puede bajar. Venid y veréis.

—¡De prisa! —suplicó Pam—. ¡Tenemos que ayudar a «Morro Blanco»!

UNA TRAVESURA DE RICKY



«Morro Blanco» tenía la lastimosa costumbre de trepar a la copa de los árboles y luego no atreverse a bajar. Dos veces había tenido Pete que subir a salvarla.

—Dios quiera que la pobre «Morro Blanco» no se haya subido a una rama endeble —dijo Pam, muy preocupada, mientras todos corrían calle abajo, detrás de la bicicleta de Joey.

—Está tan arriba que casi no se la ve —explicó Joey volviendo un momento la cabeza y procurando disimular la risa.

Pronto llegaron ante una enorme casa que se encontraba al fondo de un amplio prado. A un lado había un garaje y junto a éste un roble gigantesco.

—Está en aquel árbol —dijo Joey.

Desde donde se habían detenido, los Hollister no pudieron ver a «Morro Blanco», de modo que se acercaron al árbol para mirar arriba, entre los claros del ramaje. El pelo negro de la gata no se distinguía fácilmente desde abajo.

—No la veo —dijo Pete a Joey, que aún estaba montado en la bicicleta—. ¿Estás seguro de que se ha subido ahí?

El otro no contestó. Pero, en aquel momento, las ramas más

altas sufrieron violentas sacudidas y las gotas de lluvia suspendidas aún en las hojas cayeron sobre los Hollister.

—¿Qué es esto? —preguntó Pete, apartándose al momento.

—¡Ja, ja! ¡Os habéis dejado engañar! —gritó Joey, doblándose por la cintura a causa de la risa.

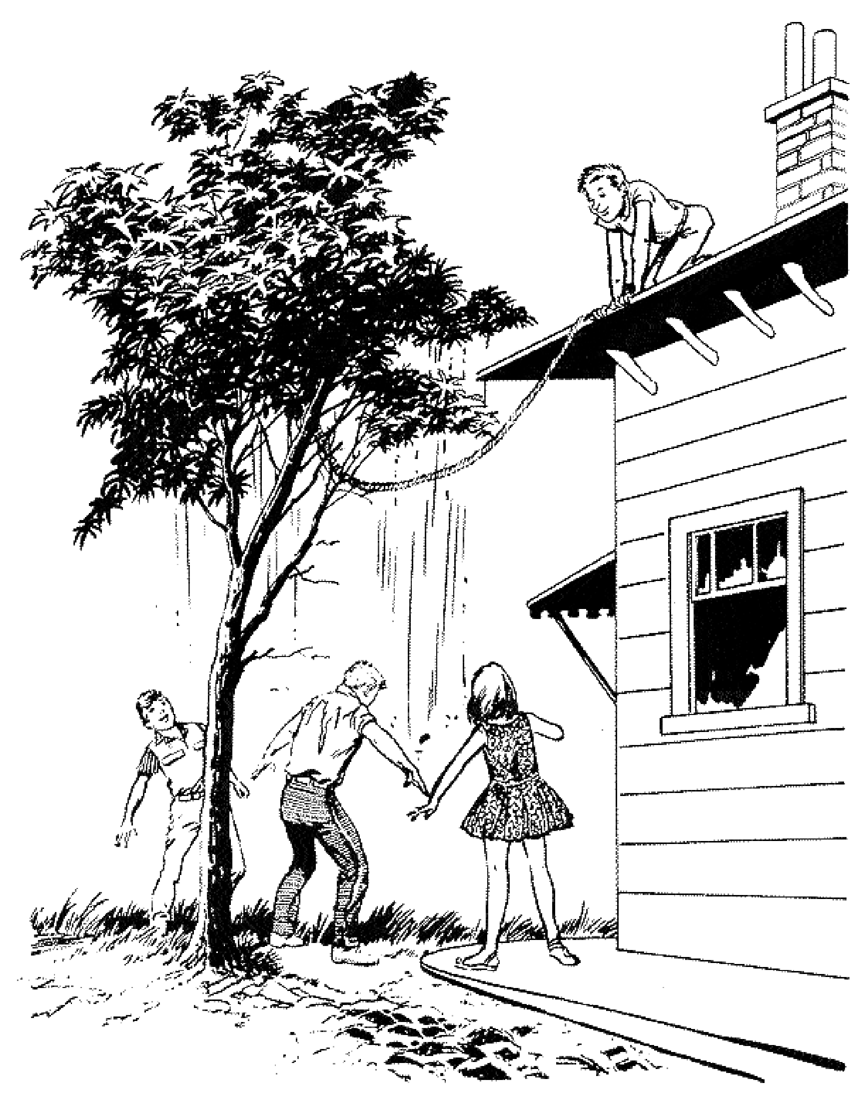
—Ya veo lo que ocurre —anunció Ricky—. Hay una cuerda atada en la rama más alta y alguien está tirando de ella desde abajo.

Ya entonces todos los Hollister se habían apartado del árbol. Se habían mojado, pero lo peor de todo era que también se había humedecido el lindo barquito que llevaba Pete.

En aquel momento, Will Wilson, el amigo de Joey, asomó la cabeza por el tejado del garaje. Will había ayudado muchas veces a Joey en malintencionadas travesuras para molestar a los Hollister.

—Vuestra gatucha no ha estado para nada en este árbol —gritó, muy divertido—. Lo que queríamos era daros una ducha.

—Eso es. Ahora todos los Hollister han quedado mojaditos como bebés —se burló Joey, que en seguida pedaleó, alejándose.



—¡Si supierais de dónde hemos sacado la cuerda! —rió Will.

Se deslizó luego por la cañería del desagüe del tejado y saltó a su bicicleta que estaba escondida allí cerca, tras unas plantas.

Pam y Holly se sacudieron el agua de los ojos y cabellos, muy contentas de que la gatita no estuviera en lo alto del árbol.

En cambio Pete estaba demasiado preocupado por lo que pudiera ocurrirle al barquito, y no pensó siquiera en perseguir a los camorristas.

—Quiera Dios que no se haya estropeado —dijo.

Y siguió mirando, muy inquieto, al preciado barquito del señor Sparr. Todas las velas estaban húmedas y el casco cubierto de gotas gruesas.

—Si puedes secarlo, a lo mejor todo se arregla —opinó Holly—. Yo tengo un pañuelo limpio.

Pete cogió el pañuelo e intentó enjugar el agua del minúsculo navío. Pero, a pesar de hacerlo con muchísimo cuidado y suavidad, los dos penoles más altos se desprendieron del palo mayor y el sobrejuanete y la gavia quedaron colgando lastimosamente.

—¡Ahora sí que la hemos hecho buena! —rezongó Pete, muy apurado.

—A lo mejor en casa podemos arreglarlo —le consoló Ricky.

Cuando la señora Hollister se enteró de lo sucedido dijo a sus hijos:

—Es una lástima, pero estoy segura de que podrá repararse. Dejad el barco en la salita, hasta que venga papá. Puede que él sepa cómo arreglarlo.

Por fin se alegró la expresión de Pete, que dijo:

—Eso me da una idea. En el Centro Comercial, papá tiene cola a prueba de agua.

Ricky se ofreció a ir a buscar un poco, y salió a toda prisa. Acababa de regresar cuando el coche de Tom King entró por el camino del jardín. A los pocos minutos el joven enseñaba a los Hollister las copias de los bocetos del clíper.

—¡Es una buena idea, eso de tener copias! —declaró Pete—. Así, aunque perdiera usted los originales, siempre le quedaría lo otro.

—Es cierto —concordó el hawaiano—. Pero, para más seguridad, no llevaré ambas cosas encima. Podría dejaros a vosotros las copias. Si llego a necesitarlas, os las pediré.

—Haremos todo lo posible por cuidar bien de ellas —dijo la señora Hollister, interviniendo, y en seguida guardó las copias en una mesa escritorio.

—Sé que lo harán. Y ahora —añadió Tom—, tendré que despedirme. Quisiera llegar a Orient Harbor y ver al señor Dooley, del museo.

—¿Por qué no se queda a cenar? —pidió Holly.

Y su madre añadió:

—Cenaremos temprano. De modo que puede emprender viaje a Orient Harbor antes de que anochezca.

Tom aceptó de buen grado, diciendo que le encantaba poder pasar unas horas más con los Felices Hollister.

—A lo mejor puede usted ayudarnos a arreglar al pobre «Nube Voladora» —insinuó Holly, que luego explicó la desgracia que le había ocurrido al precioso barquito.

—Lo haré con mucho gusto —dijo Tom—. Ante todo, necesito unas pinzas.

Holly subió a buscar unas. Luego, Tom indicó a Pete cómo debía colocar los penoles en su lugar, cogiéndolos con las pinzas.



—Ahora, la cola.

Ricky le entregó el frasco y Tom fue aplicando gotitas de la cola a prueba de agua en los lugares necesarios.

—Es muy sencillo —comentó, mientras trabajaba.

—Va a quedar como nuevo —murmuró Pam, muy contenta.

Holly había aproximado una silla y, después de echarse las trencitas a la espalda, quedó mirando fijamente cómo Tom trabajaba con dedos muy ágiles.

—¿Quieres sostener tú el frasco de la cola, Ricky? —pidió Tom —. Puedo necesitar más en cualquier momento.

Ricky se apartó unos pasos, con el frasco en la mano, mientras los ojos de todos seguían con interés los movimientos de Tom.

—¡Eso es! ¡Ya está! —exclamó Tom, mientras Pete separaba las pinzas de los panoles.

Las diminutas piezas habían quedado firmemente sujetas en su debido lugar. Aquella cola no sólo era eficaz y a prueba de agua, sino que además, secaba casi al instante.

—En el Centro Comercial sólo vendemos lo mejor —dijo Pam, haciendo un guiño a los demás.

Holly fue a levantarse de la silla para mirar más de cerca a «Nube Voladora». Instantáneamente gritó:

—¡Huuuy!

—¿Qué pasa? —preguntó Pam.

—¡Mis trenzas! ¡Se han pegado!

Era verdad. Las puntas de sus trencitas se habían pegado al respaldo de la silla como el acero se adhiere al imán.

—¿Cómo ha podido pasar eso? —exclamó Pete, acudiendo a examinar las trenzas de la pequeña—. ¡Zambomba! ¡Se han pegado a la madera!

Holly, muy alarmada, tiraba de sus trencitas. Pero no era posible soltarlas.

En aquel momento, atraída por el alboroto, la señora Hollister salió de la cocina.

—¡Dios mío! —se lamentó—. ¿Quién ha hecho esto? —Miró entonces, uno a uno, a todos sus hijos, y acabó diciendo—: No hace falta mucho para adivinarlo.

La madre se quedó mirando fijamente a Ricky, que había dejado el tarro de la cola sobre la mesa. El pecosillo no decía nada y se empeñaba en no mirar a la madre.

—¡Ricky! —dijo la señora Hollister, severamente—. ¿Has sido tú quien ha hecho esto, hijo?

—No… no puedo decir una mentira —murmuró al fin el chiquillo, procurando poner una cara muy grave—. Lo he hecho con la supercola especial del Centro Comercial.

—¡Eres un malote! —chilló Holly.

La pobrecilla seguía sacudiendo la cabeza hacia uno y otro lado, queriendo soltar sus trenzas, pero éstas seguían fuertemente adheridas a la madera.

—¡No podré vivir siempre arrastrando esta silla! —gritó

desesperada, dando un nuevo tirón que le arrancó varios cabellos y le dejó la cabecita dolorida.

—Voy a buscar agua caliente —dijo la señora Hollister—. Eso ablandará la cola.

—No servirá… Es a prueba de agua —recordó Pete.

—Perdona, Holly —suplicó ahora Ricky—. No creí que fueras a quedarte tan pegada.

—Pero tenéis que soltarme —dijo, huraña, la pobre Holly.

Uno tras otro, todos fueron turnándose en la tarea de dar tirones de las trenzas para arrancarlas de la silla, pero con cada sacudida Holly daba un lastimero grito de dolor.

Durante aquel rato, Tom King había estado observando, sin decir una palabra. Tenía la cara muy seria, pero en sus ojos castaños se veía un alegre brillo. Por fin se acercó al grupo, diciendo:

—Me temo que aquí no hay más que una solución. Recurrir a las tijeras.

La señora Hollister asintió, con un triste cabeceo.

—¿Cómo? ¿Hay que cortar la cabeza? —preguntó Pete, haciendo un guiño.

—No tiene ninguna gracia —reconvino Pam, compadeciendo a su hermanita.

—Tom tiene razón —dijo la señora Hollister—. Tendremos que cortar unos tres centímetros de cada trenza. Pam, ¿quieres traerme las tijeras? Y tú, Ricky, no vuelvas a hacer nunca una cosa así.



—Te doy mi palabra de honor —dijo el pequeño, levantando dos dedos, con gran ceremonia.

Un momento después llegaba Pam con las tijeras. ¡Tris, tras! Y Holly volvió a quedar libre.

Cuando llegó a cenar, el señor Hollister pidió que se le contasen las novedades de aquel día. Ya estaban todos sentados a la mesa y, por turnos, los niños fueron explicando todo lo ocurrido. Finalmente el padre dijo que estaba muy complacido con que el barquito en miniatura hubiese quedado reparado. Luego, el señor Hollister se volvió a Ricky, diciendo:

—Como castigo por tu travesura, te llevarás la silla al garaje, quitarás bien todos los cabellos, rascando la madera y luego la barnizarás.

Ricky tragó saliva y movió vigorosamente la cabeza, asintiendo.

Todos sus hermanos se echaron a reír.

—De todos modos, yo tenía las trenzas demasiado largas —dijo, amablemente, Holly.

Inmediatamente después de cenar, Tom cogió su maleta y toda la familia salió con él hasta el coche. Mientras estrechaba la mano a los Hollister, el hawaiano les dio las gracias por su amabilidad y dijo que confiaba en volver a verles algún día.

—Si resuelve usted el misterio de la herencia, díganoslo en seguida —pidió Pam.

—Lo haré.

Sue notificó que tenía que decir algo al oído de Tom.

—Es un secreto —aclaró.

Cuando el hawaiano se inclinó hacia ella, la pequeñita le echó los brazos al cuello y murmuró:

—Vuelve pronto.

—Lo procuraré —contestó él, riendo. Y añadió—: Eres una niña tan dulce como una piña hawaiana.

Seguido por un coro de voces de despedida, Tom entró en el coche y se puso en marcha por el camino del jardín. Los niños corrieron hacia la calle, para decirle una vez más adiós, con la mano, mientras Tom hacía un viraje y embocaba la carretera de Shoreham.

Pero no había recorrido el vehículo ni cincuenta metros cuando Pam exclamó:

—¡Mirad quién va en el asiento de atrás!

Allí iba «Zip», el perro pastor, muy orondo, mirando por la ventanilla trasera del coche de Tom. El conductor no parecía haberse dado cuenta de que llevaba acompañante.

—¡«Zip» se va de viaje a Massachusetts! —gritó Holly, aterrada —. ¡No puede ser! ¡No puede ser!

EL CLÍPER DE REMOS



Con Pete abriendo la marcha, los cinco niños Hollister corrieron calle abajo, gritando a voz en cuello:

—¡Pare, Tom! ¡Deténgase!

—¡No se lleve a nuestro perro!

De improviso, el coche se detuvo y, con gran contento por parte de los niños, dio marcha atrás.

—Yo creo que «Zip» querría ser un lobo de mar —dijo Pete, riendo.

Los niños se reunieron con Tom en mitad de la manzana y Ricky abrió la portezuela de mano derecha. «Zip» saltó al suelo.

—¿Qué querías hacer, muchacho? —dijo Pete—. ¿Convertirte en un polizón?

Tom rió de buena gana.

—Verdaderamente «Zip» me ha dado una sorpresa —dijo—. ¿Cómo se metería aquí?

Nadie lo sabía, pero Pam opinó que debió de entrar después que Tom dejó en el asiento la maleta, y que con seguridad se habría enroscado en el suelo, para dormir.

—«Zip» le quiere a usted mucho y se quería marchar a Orient

Harbor con usted —informó, muy seria, Holly—. También a mí me gustaría ir.

—Tal vez todos vosotros tendréis la oportunidad de venir —contestó Tom, guiñando un ojo a sus amigos—. Yo estaré allí algún tiempo.

Después de despedirse una vez más, Tom volvió al coche, movió alegremente la mano y se puso en camino.

«Zip» aulló lastimeramente unos momentos, mientras el vehículo hacía un viraje y desaparecía en la esquina. Pero muy pronto volvió a estar tan alegre como siempre y correteó con sus pequeños amos, de regreso a casa.

—Empezaremos a hacer nuestro clíper de remos mañana —decidió Pete, hablando con Ricky.

—¿Qué podremos hacer Holly y yo? —preguntó Pam.

—Podréis ayudarnos a preparar las velas —contestó su hermano.

—Muy bien. De las velas nos encargaremos las chicas.

A la mañana siguiente, después de desayunar, los niños fueron al fondo del prado, en la parte posterior de la casa. Allí estaba el embarcadero donde la familia tenía la barca de remos. Todos se pusieron animosamente al trabajo. Utilizando como modelo el «Nube Voladora» del señor Sparr, Pete y Ricky decidieron que convenía empezar por la proa.



—El bauprés ocupa un buen trecho de la proa —observó Pete—. ¿Con qué podríamos hacer nosotros uno?

Ricky recordó que tenían un perchero roto en el garaje y fue inmediatamente a buscarlo.

—Estupendo —dijo Pete cuando volvió su hermano—. Lo sujetaré a uno y otro lado de la popa.

Y sujetó el perchero en su lugar, con la ayuda de dos leños que había hecho llevar a Ricky. Luego cortó la madera que sobraba y lo fijó todo con clavos y un martillo.

—¡Qué bien queda, canastos! —exclamó Ricky, con entusiasmo —. ¿Qué haremos después, Pete?

—Colocar los mástiles.

Después de estudiar otra vez la miniatura, los chicos resolvieron hacer unos agujeros en los tres asientos de la barca de remos.

—Así podremos encajar los mástiles —decidió Pete.

—Pero ¿de dónde sacaremos esos mástiles? —quiso saber el pelirrojo—. No tenemos ningún palo bastante largo.

—¿Por qué no los compramos en la serrería? —propuso Pam—. Podríamos ir en bicicleta y traerlos a casa entre todos.

Se decidió que Ricky se quedase en el embarcadero, haciendo los orificios para los mástiles, mientras Pete y Pam iban a comprar la

madera.

—No os olvidéis de que también nos hacen falta cuerdas para las jarcias —dijo Ricky.

—Las traeremos del Centro Comercial. Iremos primero allí —repuso Pam.

Ella y Pete condujeron sus bicicletas hasta la tienda de su padre y aparcaron en la parte posterior del establecimiento. Les gustaba a los Hollister visitar con frecuencia el Centro Comercial porque había siempre una fascinante variedad de artículos de ferretería, además de las últimas novedades en juguetes y equipo deportivo. Pete y Pam entraron por la puerta trasera y recorrieron el largo pasillo, hasta la tienda.

—¡Hola, niños! —les saludó un hombre de edad.

—Hola, Tinker —contestaron los dos Hollister.

Tinker era un hombre alto y delgado, de expresión afable, que había sido contratado por el señor Hollister poco después de abrir el Centro Comercial.

—¿Cómo van hoy los negocios? —preguntó Pete, bromeando.

—Tan activos como los Hollister —repuso el hombre con una sonrisa—. Vuestro padre acaba de salir para ir a comer al club.

Mientras Tinker se alejaba para atender a un cliente, otro dependiente acudió a saludar a los niños. Era bajo, ancho y con el cabello muy negro. Por sus pómulos salientes y piel rojiza se adivinaba en seguida que era indio.

—«Indy» —dijo Pam, llamándole por su apodo—, queríamos comprar unas cuerdas.

—¿Para usarlas como lazos de vaquero? —bromeó el indio.

—No. Es que queremos enjarciar nuestro clíper —respondió Pete, que luego explicó lo que planeaban hacer con la barca de remos.

—Yo no entiendo mucho de barcos —confesó «Indy»—. En el desierto, donde yo vivía, no oía hablar gran cosa de la vida marítima.

«Indy» Roades era oriundo del Oeste. Conoció a los Hollister cuando los niños le ayudaron a resolver un misterio y el señor Hollister le ofreció trabajo en su tienda.

—Creo que tenemos exactamente lo que os hace falta —dijo el

simpático indio, encaminándose a la trastienda, en cuyo suelo había un enorme rollo de cuerda—. Ésta es una cuerda muy ligera, de las que se emplean para tender la ropa.

—Estupendo —dijo Pete—. Creo que con treinta metros nos bastará.

—Y nos quedaremos a atender a algún cliente, para ganarnos lo que valga la cuerda —dijo en seguida Pam.

Mientras desenrollaba la cuerda, para medirla, «Indy» comentó:

—Alguien a quien conocéis vino ayer a comprar cuerda de esta clase.

—¿Quién? —inquirió Pete.

—Will Wilson.

—¡De modo que la sacó de aquí! —exclamó Pam, indignada.

Entre Pam y Pete contaron a su amigo «Indy» el incidente del remojón bajo el roble. El indio estuvo de acuerdo con ellos en que había sido una diablura muy malintencionada y se alegró de que el «Nube Voladora» hubiera podido ser reparado. Al poco rato, mientras estaba enrollando los treinta metros de cuerda, Indy dijo:

—Mirad. Ahí viene un cliente al que creo que os gustará atender.

Pete y Pam se volvieron a tiempo de ver a Will Wilson cruzar la puerta de la tienda. El chico llevaba en la mano una gran bolsa de papel.

—¡Yo le despacharé! —dijo Pete, malhumorado.

—Pero procura ser amable —le aconsejó su hermana—. No te olvides de que es un cliente de papá.

Pete se acercó a Will a paso ligero. Al verle, el camorrista quedó tan sorprendido que estuvo a punto de dejar caer la bolsa.

—¿En qué puedo servirte? —preguntó Pete.

—Pues… esto… Sí… —tartamudeó Will, poniéndose muy encarnado.

—No hace falta que te pongas nervioso —le dijo Pete, muy serio —. A nosotros nos gusta atender bien a nuestros clientes.

—Es que venía a devolver algo —explicó, por fin, el chico, con la cara más roja que un tomate maduro.

—¿Qué es? —preguntó Pete, alargando la mano.

—Prefiero no enseñártelo a ti —murmuró Will.

—Si hay algún desperfecto en nuestros artículos, siempre los cambiamos por otro nuevo.

Muy decidido, Pete cogió la bolsa y la abrió. ¡Dentro había varios metros de cuerda!

—¿De modo que deseas devolver esto? —preguntó Pete, todavía con calma.

—Pues… si… si es posible —balbució el chicazo.

—¿Qué defecto tiene?

—Era… Era demasiado corta.

Pete sabía que estaba mintiendo. ¡Aquélla era la misma cuerda que el chico había comprado para atarla a la alta rama del roble!

Will, muy nervioso, levantaba un pie, luego el otro, y no sabía qué pretexto dar.

—Entonces, ¿quieres una tira de cuerda más larga, Will? —preguntó Pete.

—Sólo quiero que me devuelvas el dinero —contestó el otro, muy hosco.

Pete sabía que aquella exigencia no era justa, pero con frecuencia había oído decir a su padre que el cliente siempre tiene la razón y debe ser tratado con delicadeza. Pensando en esto, Pete pidió a Will que esperase un momento. Él entró en la trastienda para hablar con Pam. Después de cuchichear algo con ella, volvió a salir, preguntando:

—¿Cuánto pagaste por la cuerda, Will?

—Cuarenta centavos.

—Puedes pasar a la trastienda y Pam te dará el dinero.

Will Wilson quedó muy sorprendido de la facilidad con que le devolvían el dinero de aquella cuerda usada.

Entró en la trastienda, donde se encontraba Pam cerca de la puerta.



—Pete dice que me des cuarenta centavos —dijo Will, secamente.

La niña se acercó a una máquina registradora de la que sacó el dinero. Al dárselo a Will le dijo amablemente:

—¿Por qué no sales por la puerta trasera? Está más cerca.

—Gracias —tartamudeó el chico, sin comprender tanta afabilidad.

Pero en cuanto estuvo en el patio, Will dio un grito de sorpresa.

—Creí que…

—No. Ahora estoy fuera de la tienda —dijo la voz de Pete, fría como el acero.

Pete había salido corriendo por la entrada principal y pasando por el aparcamiento lateral, llegó a la parte trasera para enfrentarse con Will.

—Me olvidé de darte algo —añadió Pete.

¡Pam! Su puño alcanzó a Will en el pecho. Este inesperado giro de los acontecimientos dejó al camorrista tan asombrado que echó a correr sin atreverse a pelear con Pete.

Cuando entró en la tienda, Pete encontró a Pam, Tinker e «Indy» riendo alegremente de lo sucedido.

—Le está bien empleado —afirmó Tinker.

Los dos hermanos trabajaron en la tienda casi una hora, hasta haberse ganado el dinero de su compra. Cuando ya estaban a punto

de marcharse, Tinker les dijo:

—Ya sabía yo que había algo que quería hablar con vosotros y no lograba acordarme.

—¿Qué es? —se interesó Pam.

—¿Habéis visto al hombre que estuvo preguntando por vuestro huésped?

—No. ¿Quién era?

—No sé su nombre —contestó Tinker—, pero estuvo aquí esta mañana temprano para preguntar si Tom King se había marchado de vuestra casa.

Los dos hermanos estaban muy nerviosos.

—¿Cómo se llamaba? ¿Qué aspecto tenía?

Tinker repitió que no le había dicho su nombre. Explicó que era un hombre de estatura media, con rostro colorado y pelo rubio.

—Llevaba una chaqueta deportiva a cuadros muy chillones —concluyó Tinker.

Los Hollister pensaron inmediatamente si sería aquél el mismo hombre que parecía haberles seguido hacía dos noches, desde la tienda de helados.

—Si vuelves a verlo, avísanos, Tinker —pidió Pete.

Cargados con la cuerda, Pete y Pam salieron de la tienda, saltaron a sus bicicletas y se dirigieron al almacén de madera que se encontraba casi en las afueras de la ciudad. Constaba de varios cobertizos bajo los cuales se apilaban hileras e hileras de bien sazonada madera.

Cuando el almacenista se aproximó a ellos, Pete le dijo que deseaban comprar tres largas pértigas para convertirlas en mástiles, de su clíper. Como el hombre quedó muy sorprendido, Pete se echó a reír y explicó:

—Es que estamos convirtiendo en un clíper nuestra barca de remos.

—Comprendo —sonrió el almacenista—. Pues me parece que tengo algo que os servirá.

Los Hollister le siguieron hasta el fondo de un amplio cobertizo. De allí sacó el hombre tres largas varas.

—Me las encargó un muchacho que quería construirse una barca de vela. Pero nunca ha pasado a recogerlas, de modo que os las

puedo dar baratas —dijo el hombre.

Pete y Pam se miraron, muy contentos. ¡Era, exactamente, lo que necesitaban!

—¿Queréis que os las envíe a casa? Son difíciles de transportar por su mucha longitud.

—Creo que podremos llevarlas en las bicicletas —contestó Pete —. Yo sostendré un extremo y Pam irá detrás de mí, sosteniendo el otro.

—Bien. Si lo preferís así…

Después de pagar el importe de la madera, Pete subió a su bicicleta. Luego, sobre el manillar apoyó un extremo de cada vara, dos a un costado y una al otro costado. Pam, separada unos cinco metros de su hermano, hizo lo mismo con los otros extremos de cada vara.

—Esperemos que todo vaya bien —comentó el almacenista, poco convencido—. Tened mucho cuidado en los cruces.

Mientras Pete y Pam pedaleaban camino de su casa, los peatones sonreían del espectáculo curioso que ofrecían los dos hermanos y las largas varas.

—¡Me siento igual que un artista de circo! —gritó Pete, muy complacido, a su hermana.

Todo fue bien hasta que los dos niños llegaron a un cruce. A bastante distancia vio Pete que se aproximaba un coche, pero dijo a su hermana:

—Si nos damos prisa, podemos pasar.

Sin embargo, el coche iba a más velocidad de la que los Hollister habían calculado. Por mucho que pedalearan, no podrían cruzar sin tener un encontronazo con el vehículo.

—¡Pete! ¿Qué hacemos? —preguntó Pam, angustiada.

UNA MUÑECA COMO MASCARÓN



Sólo una cosa podían hacer Pete y Pam para evitar la colisión: dejar caer las varas y apartarse a uno y otro lado de la calzada. El coche estaba ya a poquísima distancia y sus frenos chirriaron estremecedoramente cuando Pete y Pam soltaron su carga y viraron a un lado.

¡Bing! ¡Bam! El coche pasó sobre los tres maderos, a poquísima distancia de los dos hermanos.

—¡Caramba! —murmuró Pete, mientras Pam se estremecía de miedo.

Muy extrañados, vieron que el conductor, en lugar de detenerse a comprobar si los dos niños estaban ilesos, se alejaba a toda velocidad.

—¡Qué hombre tan poco compasivo! —dijo Pam, casi llorando —. ¿Se habrán estropeado los mástiles?

—No creo —repuso Pete, inclinándose a examinar las maderas —. Son muy fuertes. De todos modos, tenemos una pista del conductor. Llevaba una chaqueta a cuadros muy chillones.

—Y yo me he fijado en que el coche tenía matrícula de California —añadió Pam—. Puede que sea el mismo hombre que

entró en el Centro Comercial y estuvo haciendo preguntas a Tinker sobre Tom King.

—Puede que sea él —concordó Pete—. ¿Tú crees que estará buscando a Tom desde la costa Oeste?

Pam quedó un rato silenciosa, pensando, y luego, preocupada, dijo:

—Dios quiera que no tenga intención de causar ningún daño a Tom.

Los dos hermanos decidieron estar muy alerta por si encontraban pistas del desconocido, y decir a toda la familia que estuviera atenta, también. Volvieron a cargar las varas en sus bicicletas y de nuevo marcharon hacia casa. Al llegar encontraron a Dave Meade ayudando a Ricky a hacer un orificio en la embarcación.

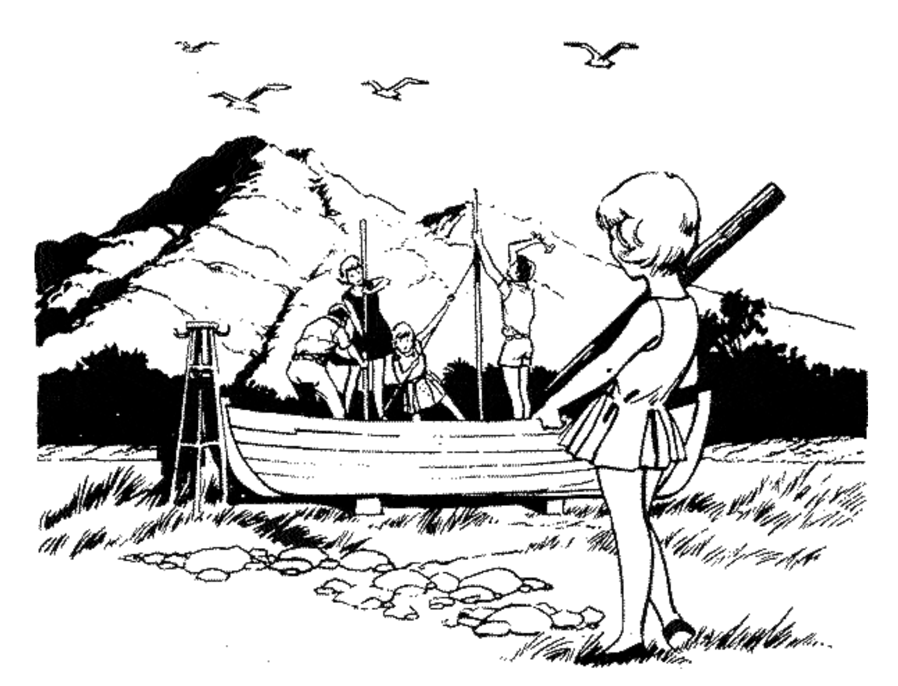
—¡Esa idea del clíper es terrorífica! —dijo, entusiasmado, Dave.

Mientras Pete y Pam se acercaban con las varas y la cuerda, Ricky exclamó:

—¡Qué mástiles tan buenísimos!

Los tres chicos se encargaron de colocar las varas, que encajaban perfectamente en los orificios. Luego Pete fijó los tres mástiles al fondo de la barca con unos tacos.

—Ahora faltan los penoles y las velas —dijo Ricky, admirando el estrafalario aspecto de la embarcación.



—En el sótano hay algunas maderas que servirán para penoles —dijo Pete, marchándose a buscarlas.

Pam propuso que Holly, Sue y ella empezasen a preparar las velas.

—Creo que mamá tendrá alguna sábana vieja para darnos.

Cuando se lo preguntaron, la señora Hollister dijo que en la buhardilla encontrarían una bolsa llena de sábanas inservibles.

—Tomad las que queráis —añadió, sonriente.

Las tres hermanas subieron a la buhardilla. Bajo el alero estaba la gran bolsa de ropa. Pam la arrastró al centro de la estancia y Holly la abrió y sacó varias sábanas.

Entre tanto Sue encontró una caja de juguetes viejos y empezó a rebuscar entre ellos. No tardó mucho en sacar una muñequita india que había sido de Pam.

Holly, mirándola, tuvo una ocurrencia.

—¡Qué mascarón tan precioso para nuestro clíper! —exclamó.

—¿Qué es un «mascaros»? —indagó Sue, muy intrigada.

Pam les explicó que los mascarones eran estatuas de madera que solían colocarse en la proa de los barcos antiguos.

—Vamos a decírselo a los chicos —decidió Holly.

—Yo tengo que preguntarle a Pete las medidas de las velas. Te acompaño —dijo Pam.

Dejando a Sue sola, jugando en la buhardilla, las dos hermanas mayores bajaron con la muñeca india.

—¡Oooh! ¡Qué mascarón tan importante! —dijo Ricky, lleno de admiración.

—Vamos a atarlo en seguida bajo la proa —decidió Pete.

—Tendremos que pensar un buen nombre indio para nuestro clíper —musitó Pam, mientras sujetaba la muñeca a la parte delantera de la barca, con una gruesa cuerda.

—¡Esto es superior! —declaró Dave, no sabiendo qué nombre dar a tanta perfección.

—Lo es, lo es —asintió Pete, risueño. Y de pronto miró a su alrededor, preguntando—: ¿Qué es ese ruido?

Un golpeteo continuado hizo que todos levantasen la vista hacia la ventana del segundo piso. Sue les estaba haciendo señas para que subiesen.

—Seguro que ha encontrado otro juguete —opinó Holly, que colocó ambas manos alrededor de la boca, para decir a gritos a su hermanita—: Subimos en seguida.

Después de saber las medidas de los penoles, Pam y Holly calcularon el tamaño para las velas. Pam anotó todo en un papel y luego volvió a la buhardilla con su hermana. Pero Sue no estaba allí.

—Puede que haya bajado otra vez —dijo Holly.

Las dos niñas regresaron por donde habían llegado, llamando una y otra vez a su hermanita, pero no oyeron contestación alguna de Sue.

—No puede haber desaparecido así —dijo Pam—. ¿Le habrá ocurrido algo?

—¿Estará escondida en la escalera secreta? —apuntó Holly.

Cuando los Hollister llegaron a Shoreham, en la casa habían descubierto una escalera secreta que iba desde la buhardilla al sótano. De modo que ahora Pam y Holly fueron al sótano, abrieron la puerta de la escalera secreta y subieron por ella hasta la buhardilla. Pero Sue siguió sin aparecer.

—Si no es más que una broma, Sue, no lo hagas porque nos estás

asustando —pidió Pam, a grandes voces.

En aquel mismo momento se oyó un maullido. En seguida Pam y Holly buscaron a «Morro Blanco», pero ni la gata ni sus hijitos estaban por allí. Otra vez sonó el maullido, esta vez un poco más alto. De pronto Pam y Holly se quedaron mirando fijamente el saco de ropas viejas. Dentro había algo que se movía.

Silenciosamente, las dos hermanas se hicieron un guiño y se acercaron a la bolsa.

—¿Conque estabas aquí, Sue? —dijo Pam.



La pequeña asomó la cabecita por la boca del saco; en los ojos le brillaba una chispita traviesa.

—¡Ji, ji! ¡No me encontrabais!

—Eres un diablillo —rió Pam.

Ella y Holly se pusieron a trabajar en la preparación de las velas. Tomando bien las medidas, cortaron las sábanas y cosieron las piezas necesarias. Sue pidió que la dejasen ayudar. Sus hermanas le dieron unas tijeras pequeñas para que cortase las velas menos importantes.

—Esto da más trabajo de lo que yo pensaba —suspiró Holly, mientras cortaba.

Cuando estuvieron cortadas todas las velas, Sue dijo, alegremente:

—Ahora las «poneremos» todas y salimos de viaje en el clíper.

—Todavía no —contestó Pam—. Tenemos que hacer los dobladillos para que queden fuertes.

Las tres niñas recogieron la tela cortada y bajaron al cuartito en donde tenía su madre la máquina de coser. Mientras Holly y Sue la miraban, con admiración, Pam cosió rápidamente los dobladillos. Estaban terminando el trabajo cuando sonó el timbre y Holly salió a abrir.

—¡Hola, señor Sparr! Entre, entre.

El viejecito entró, muy nervioso.

—Tengo noticias para vosotros —anunció.

—¿Sí? Diga, diga, señor Sparr —pidió Pam.

—¿No están los chicos en casa? Quiero que también ellos se enteren.

—Voy a buscarles —se ofreció Holly, corriendo ya hacia el embarcadero.

Un momento después volvía con sus hermanos y Dave Meade, que ya conocía al señor Sparr. Cuando todos estuvieron reunidos a su alrededor, el anciano marinero dijo:

—Aunque me toméis por un «metomeentodo», tengo que confesaros que no me dejo llevar mucho por la curiosidad.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Pete.

—Se trata de vuestro simpático amigo hawaiano —contestó el señor Sparr—. He pensado mucho en él y, por fin, anoche, telefoneé personalmente a mi viejo amigo, el señor Dooley.

—¿Le ha hablado usted de los dibujos del clíper que tiene Tom? —preguntó Pam.

El señor Sparr movió la cabeza, afirmando:

—Claro que sí.

—¿Y qué ha dicho el señor Dooley? —quiso saber Ricky.



—Ahora iba a contároslo, Ricky. Le expliqué lo de los salvavidas colocados a la inversa de lo habitual y mi amigo me dijo que él sabe de un clíper así.

—¿Y cómo se llamaba? —preguntó Pete, casi a gritos, mientras los otros aguardaban, sin aliento, una respuesta.

—«Jefe Alado». Pero tened en cuenta que puede no ser el que buscáis. El señor Dooley no está seguro. Pero me ha dicho que, si pertenecen al «Jefe Alado», esos dibujos valdrán bastante dinero.

Los Hollister y Dave se miraron unos a otros, con asombro.

—¿Por qué serán tan valiosos? —preguntó Pam.

—Una compañía cinematográfica quiere obtenerlos.

—¡Oh! ¿Verdad que a Tom le emocionará saber eso? —murmuró Pam.

—¡Qué ganas tengo de que Tom nos avise de que ha llegado a Orient Harbor! Me gustaría escribirle una carta —confesó Holly, retorciéndose una trencita.

El señor Sparr dijo, entonces:

—Hay algo más que el señor Dooley me ha encargado que os diga.

Pete preguntó en seguida:

—¿Qué es?

—Cuando le dije que vosotros tenéis las copias de esos bocetos,

el señor Dooley me advirtió que debéis guardarlos con muchas precauciones.

HIELO PARA UN CHICHÓN



Dave Meade, lo mismo que los Hollister, quedó muy impresionado al enterarse de lo valiosos que eran los bocetos e incluso las copias del viejo clíper.

—Menos mal que el señor Dooley le ha advertido a usted —comentó el amigo de Pete—. Parece como si pudiera haber alguien que quiera intentar robar las copias.

Pete y Pam se miraron; acababan de tener la misma idea. ¿Podía tener algo que ver con aquel misterio el poco amable conductor de la chaqueta a cuadros? En voz alta, Pam dijo:

—Será conveniente que tengamos en cuenta lo que ha dicho el señor Dooley. —Entonces se acercó al escritorio de su madre y probó a abrir el cajón en que se habían guardado las copias de los bocetos. El cajón estaba cerrado con llave—. Aquí están bien guardados.

—Entonces, los conservaréis sanos y salvos —sonrió el señor Sparr.

Antes de que el viejecito se marchase, los Hollister le invitaron a ver cómo adelantaba su trabajo con la barca de remos.

—¡Extraordinario! Va a resultar muy rápida y hermosa —dijo el

anciano—. Podrá hacer, por lo menos, veinte nudos.

—¿Veinte nudos? —repitió Ricky, con los ojos a punto de saltar de sus órbitas a causa del asombro—. Yo no veo ningún nudo.

Pete, riendo, explicó:

—Nudos es la velocidad a que puede avanzar una embarcación sobre el agua.

—¿Y veinte nudos es lo mismo que veinte millas por hora? —preguntó Holly.

Todos los ojos se posaron en el señor Sparr, esperando una respuesta.

—Pues… Casi, casi.

El señor Sparr explicó a continuación que los antiguos romanos llamaban milla a una medida equivalente a 1454 metros, aproximadamente, mientras que la milla moderna medía 1609 metros. Una milla marina o náutica es 1/60 parte de un grado de latitud.

—¡Canastos! —exclamó Ricky, parpadeando repetidamente—. ¿Qué quiere decir todo eso?

El anciano se rascó la espesa barba al decir:

—Para simplificar las cosas voy a decirte que una milla náutica equivale a unos 1852 metros, y que se miden por nudos.



—¿Cuántos nudos habrá de un lado a otro del Lago de los Pinos? —preguntó Dave.

—Se habla de nudos sólo cuando se trata de citar velocidades —aclaró el señor Sparr—. La distancia se cuenta por millas náuticas y la velocidad por nudos. Por eso antes he dicho veinte nudos por hora.

—¿Cuántos «dos» por hora? —preguntó Sue que no había entendido nada y quería hacerse la importante.

Todos se echaron a reír y Pam explicó:

—Nada de dos, Sue. Son nudos.

—¡Aah! ¿Como los de los cordones de los zapatos?

Otra vez la ocurrencia de la pequeñita hizo reír a todos. Pero los niños callaron cuando el señor Sparr dijo:

—Eso, exactamente. El nombre viene del sistema que utilizaban los navegantes para medir la velocidad. Dejaban caer un madero o un tronco, por la popa del barco. Al tronco iba atada una cuerda ligera en la que se habían hecho nudos a intervalos siempre iguales. El marinero que sostenía la cuerda tenía que contar cuántos nudos iban pasando en determinado espacio de tiempo. De ese modo

conocían a qué velocidad viajaban.

—Ya comprendo —dijeron, a un tiempo, Pete y Pam.

Pero los demás tuvieron que pedir que les repitieran la explicación. Por fin, creyeron que ya lo habían entendido y dieron las gracias al amable señor Sparr. El viejecito sonrió, afirmando:

—Todos seréis ya unos perfectos lobos de mar, cuando hayáis terminado de construir vuestro clíper.

Cuando él se marchó los Hollister, ayudados por Dave Meade, continuaron trabajando en el barco. Las niñas llevaron las velas terminadas.

—Están muy bien hechas —dijo Pete, alabando el trabajo de sus hermanas.

Mientras Dave sostenía la embarcación a orillas del lago, Pete ajustó los penoles al palo de mesana. Empezó por el peñol más alto y fue bajando, hasta haberlos colocado todos.

—Ahora los cordajes —dijo Pete, saltando de la barca al embarcadero para coger el rollo de cuerda.

Después de estudiar la miniatura del «Nube Voladora», Pete se dio cuenta de que las jarcias se usaban para cambiar la posición de las velas con objeto de aprovechar lo más posible la dirección favorable del viento.

De repente, Dave llamó la atención de sus amigos, diciendo:

—¡Mirad quién viene por el camino del jardín!

Pete volvió la cabeza para mirar y al momento se puso serio. Joey Brill llegaba hacia ellos, pedaleando en su bicicleta. Se detuvo a poca distancia de los muchachos y desmontó.

—No sé por qué estáis tan sorprendidos —dijo Joey—. Me he enterado de que Will Wilson os devolvió la cuerda.

—No me extraña que tú tengas la frescura de hacer esas cosas —respondió Pete, con desprecio.

—No me mires así, que no fue idea mía —protestó Joey.

Dave Meade y Pete se miraron; luego, levantaron la cabeza y empezaron a silbar.

—¿De modo que no me creéis? —gruñó Joey.

Nadie respondió a su pregunta. Por el contrario, Pete dijo:

—¿Quieres decimos qué haces aquí?

—Nada. Sólo quería ver cómo construís vuestro barco.

Pam acabó entonces de rematar los dobladillos y Sue, muy orgullosa, acercó las tres velas a sus hermanos.

—¡Tienen buen aspecto! —declaró Joey asombrando a los Hollister, que no le habían visto mostrarse tan educado desde hacía mucho tiempo.

—Son «perciosas» —notificó Sue—. Igual que las de «Nube Voladora».

—¿Qué es eso?

—El clíper chiquitín. El que tú nos mojaste —contestó la chiquitina.

—No lo he visto.

—«Pes» es muy valioso —declaró, muy formalmente, Sue—. Y también tenemos unos dibujos valiosos. ¿Verdad, Pete?

El hermano mayor se llevó un dedo a los labios para indicar a la niñita que no debía decir nada más. Cuando Joey se dio cuenta de esto dijo con desprecio:

—Está bien. Si es un gran secreto, no me lo digáis. Pero quiero ver esa «Nube Voladora».

Al principio, Pete no deseaba mostrarle el barquito, pero como Joey suplicó que se lo dejasen ver, el mayor de los Hollister acabó diciendo:

—Si prometes cuidarlo mucho, te dejaremos ver nuestro clíper miniatura.

—Claro, claro. No voy a estropearlo.

Pete entró en la casa y volvió con el preciado modelo del señor Sparr.

—¡Hum! No está mal —murmuró. Joey, tomando el pequeño navío de manos de Pete, para examinarlo con atención.

Un momento después se acercó a la orilla, diciendo:

—No debes meterlo en el agua —le advirtió Pete—. Anda, devuélvemelo.

—Pero déjame que lo ponga a nadar sólo una vez —pidió Joey.

—¡No! Las piezas encoladas se despegarían —dijo Ricky—. Ya nos ha pasado una vez.

—Pero un minuto solamente, dentro del agua, no perjudicará en nada a la cola.

—Devuélvemelo ya —pidió Pete, alargando la mano hacia el

barquito.

A Joey siempre le enfurecía que le dijeran lo que debía hacer o no. En aquel momento, se apartó de Pete, lleno de rabia.

—De todos modos, meteré vuestro barcucho en el agua —dijo.

—Será mejor que no lo hagas.

—¿Quién va a prohibírmelo?



—¡Yo! —dijo Pete, con los ojos brillantes de indignación.

Dave Meade corrió a colocarse junto a su amigo, diciendo:

—Si me necesitas, Pete, yo te ayudaré.

—Gracias, pero no necesito ayuda —contestó Pete que, al mismo tiempo, alargó la mano y cerró los dedos en torno al barquito—. ¡Dámelo ya!

—Os imagináis que esta birria de barco es de oro —se burló el chicazo.

Y, de improviso, con un empujón, dejó el barco en manos de Pete. Éste, desprevenido por el empellón, retrocedió de espaldas y fue a caer sobre el rollo de cuerda. Pero, pensando antes que nada en el barquito, Pete lo sostuvo en alto, evitando que se estropease.

Sin embargo, el comportamiento de Joey, que había prometido

tratar bien la miniatura, indignó a Pete quien, al cabo de un instante, se puso en pie y dejando el pequeño velero a Dave, dijo al camorrista:

—¡Sal de nuestro jardín, Joey Brill!

—Échame, si te atreves.

Pete dio un fuerte empujón a Joey. Joey respondió con otro. En seguida, los dos chicos se enzarzaron en una pelea cuerpo a cuerpo y sin darse cuenta se enredaron los pies entre la cuerda.

Por casualidad, una parte de la cuerda quedó apretando el tobillo de Joey, que perdió el equilibrio. ¡Zas! Joey se golpeó fuertemente la frente en la borda de la barca.

—¡Ayy! —gritó.

En seguida, Pete le ayudó a levantarse diciendo que lamentaba que Joey se hubiera hecho daño.

—Ha sido por tu culpa —gritó el otro, todavía saltando de un lado a otro, sin saber soportar el dolor.

El alboroto que, con todo esto, se había producido llamó la atención de la señora Hollister que llegó desde la casa, acompañada de Pam y Holly. Sobre el ojo derecho de Joey empezaba a asomar un bulto morado.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Hollister, aproximándose a examinar la frente del chico—. Se te pondrá todo el ojo negro, como no hagamos algo en seguida. Quizá podamos hacer que baje la hinchazón con un poco de hielo.

Inmediatamente, hizo que Pam fuese a buscar unos cubitos al refrigerador. La niña volvió en seguida con un plato lleno de hielo. Su madre envolvió tres cubitos en un pañuelo y los oprimió sobre la frente de Joey.

—Si lo sostienes así unos minutos, seguramente bajará la hinchazón, Joey —dijo.

Luego, la señora Hollister aconsejó al muchacho que se marchase a su casa a tumbarse, hasta que se encontrase mejor.

—Sigue aplicándote hielo —añadió.

Joey montó en su bicicleta, todavía sosteniendo el pañuelo con hielo en su frente. La señora Hollister volvió a la casa, sin prestar más atención al chico, que ya pedaleaba, camino de la salida. Pete iba detrás, llevando el barquito. Holly seguía de cerca a su

hermano.

Ella era la única que continuaba mirando al camorrista. Por eso pudo ver que, inesperadamente, el chico desmontaba de su bicicleta y se volvía, empuñando en alto el pañuelo con los cubitos de hielo.

—¡Cuidado, Pete! —gritó la pequeña, viendo que el otro arrojaba el pañuelo a su hermano.

Pero Joey tenía mala puntería y… ¡Crass! ¡El pañuelo con los pedacitos de hielo atravesó la ventana del comedor! Una lluvia de cristales rotos brotó en todas direcciones.

—¡Joey, eres malísimo! ¡Muy malísimo! —gritó Holly.

—Ha sido un accidente. Pero os está bien empleado.

Sin pérdida de tiempo, el malintencionado chico saltó a la bicicleta y ya estaba lejos cuando la señora Hollister llegó al jardín.

—¡Lo ha hecho Joey! —informó Holly.

La señora Hollister movió de un lado a otro la cabeza, con aire de desaprobación, y murmuró:

—Habría que hacer algo con este muchacho.

—Mañana pondré yo un cristal nuevo —se ofreció Pete.

Todos los niños estuvieron trabajando en su clíper hasta la hora de cenar. Las velas oscilaban movidas por la brisa, y Pete tuvo que arriarlas para evitar que la embarcación se alejase de la orilla.

—Estoy deseando tenerlo acabado, para poder salir a dar un paseo en él por el agua —dijo el muchachito, ilusionado.

Aquella noche estaban los Hollister saboreando el pastel de manzana del postre, cuando un coche se detuvo ante la casa.

—Será el padre de Joey que viene a pagar el importe del cristal de la ventana —dijo, con lógica, el señor Hollister.

—Eso sí sería raro —contestó Ricky, incrédulo—. Me apuesto una chocolatina a que Joey no le ha dicho nada a su padre.

Pete, que se había levantado para ir a abrir, miró por la puerta vidriera y exclamó, extrañado:

—¡Caramba!

Todos sus hermanos se pusieron también en pie, para curiosear.

—¡Es el hombre de la chaqueta a cuadros! —se asombró Pam—. Es el que estuvo a punto de atropellarnos.

El hombre no llevaba sombrero y su cabello muy rubio y escaso estaba muy bien peinado y liso.

—Soy el señor Barrow, de la firma cinematográfica Pacific Coast —dijo el hombre, presentándose—. ¿Está en casa vuestro padre?

—Sí.

Pete abrió la puerta e invitó al señor Barrow a entrar en la sala. Cuando Pete le hubo presentado a toda su familia, la señora Hollister dijo:

—¿Está usted introducido en los negocios cinematográficos?

—Sí. Lo estoy. Acabo de llegar de California.

Pete y Pam se miraron. Desde luego, aquél parecía el hombre que estuvo a punto de atropellarles.

—Me ha enviado aquí un amigo de ustedes —añadió el señor Barrow.

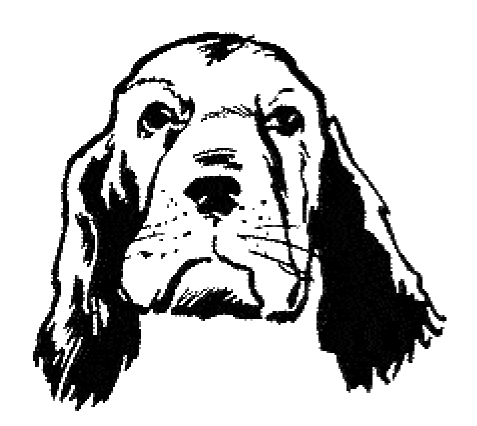
—¿Sí? —preguntó el señor Hollister—. ¿Quién?

—Tom King —fue la respuesta, que dejó a todos atónitos.

Los Hollister quedaron aún más sorprendidos cuando el señor Barrow siguió diciendo:

—Él me envía a buscar las copias del clíper.

UN MISTERIO MUY CONFUSO



A todos los Hollister se les ocurrió, inmediatamente, la misma idea: Tom King nunca había mencionado al señor Barrow.

Por lo que ellos sabían, el hawaiano no tenía en América otros amigos que los Hollister. Sin embargo, el señor Hollister dijo, cordialmente:

—Siéntese usted, caballero, y hablaremos.

Pete y Pam tenían los ojos fijos en el visitante. Les parecía muy probable que fuese la misma persona que les había seguido por la noche y que estuvo preguntando en el Centro Comercial por Tom King. Ahora quería apoderarse de las copias de los bocetos. ¿Por qué?, se preguntaron los dos hermanos.

El señor Barrow se sentó, muy envarado y nervioso.

—Realmente, no hay nada de qué hablar —dijo al señor Hollister—. Y por desgracia, tengo una prisa tremenda. Si usted me da esas copias… —insistió, persuasivo.

—Me temo que no vamos a poder dárselas —dijo con toda amabilidad la señora Hollister—. El señor King nos encargó que se las conservásemos.

—Tenemos que guardarlas hasta que él nos diga algo —explicó

Holly.

—Y no sabemos quién es usted —añadió el señor Hollister—. ¿Lleva usted algo que justifique su identidad?

—Desde luego. Eso no es problema —replicó el hombre, con voz suave, sacando su cartera.

De la cartera extrajo una carta que mostró al señor Hollister. Los niños se agruparon en torno a su padre y al visitante, para ver la carta. Estaba escrita a máquina en un impreso de la Compañía Cinematográfica Pacific Coast e identificaba al señor Barrow como su representante para la zona este.

Después de leerla, el señor Hollister le pasó la carta a su esposa, diciendo:

—Me parece correcta.

El señor Barrow movió afirmativamente la cabeza.

—Ya sabía yo que no habría problemas.

—¿Tiene usted alguna carta de Tom King autorizándole para recoger los bocetos? —preguntó el señor Hollister.

A Pam le latió apresuradamente el corazón. Al principio había tenido miedo de que su padre entregase al visitante las copias de los bocetos. Pero ahora veía que también el señor Hollister demostraba demasiado recelo.



El visitante entornó desagradablemente los ojos, pero su voz

siguió siendo calmosa.

—Francamente, creo que Tom no consideró necesaria tal cosa.

Ricky no pudo seguir callado más tiempo y preguntó:

—¿Para qué quiere usted los dibujos del clíper?

El señor Barrow arqueó las cejas al replicar:

—No quisiera ser grosero, pero, con sinceridad, no creo que eso sea asunto de tu incumbencia, jovencito.

—Pero ¿cómo podemos saber nosotros que es usted amigo de Tom? —objetó Pam—. No sabemos nada de usted.

El visitante se puso encarnado, pero hizo un esfuerzo por contenerse.

—Con franqueza, niños, no creo que tengáis ningún derecho sobre las copias del viejo clíper.

—Pero nosotros encontramos el maletín, cuando se perdió —se defendió Ricky—. ¿No se lo ha dicho Tom?

—Pues… sí, sí. Claro —contestó Barrow, esforzándose por sonreír y comportarse con calma.

Entonces a Pete se le ocurrió un plan para saber si el señor Barrow decía la verdad.

—¿Le contó Tom cómo encontramos el maletín en el garaje? —preguntó.

—Claro, claro. Me lo contó todo —contestó Barrow, casi jovial.

Pete tuvo deseos de descubrir en voz alta que aquello era mentira, pero no dijo nada. Sólo dirigió a su padre una mirada significativa.

Con voz firme, el señor Hollister dijo:

—No le entregaré a usted las copias, señor Barrow, hasta que traiga una carta de Tom solicitándolo así.

—Pero… ¡pero es que necesito las copias ahora! —balbució el hombre—. Le exijo que me las entregue inmediatamente.

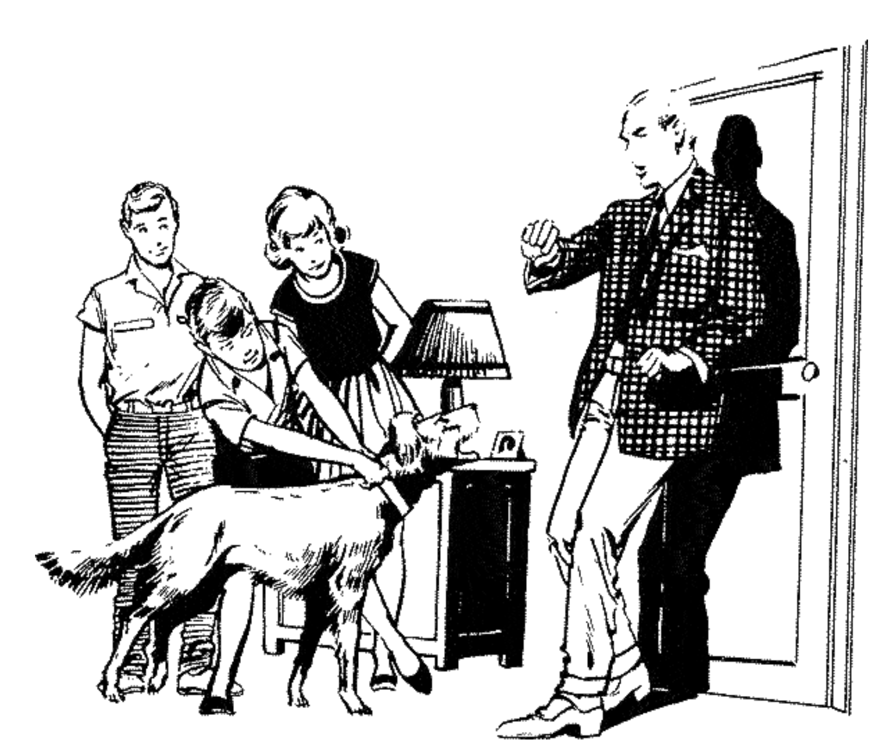
—¡No se las des, papá! —pidió Pete, sin poder seguir callando—. No creo que esté diciendo la verdad.

—¡Tú no te metas en esto! —bramó el visitante, con ira.

Pero el señor Hollister, mirando fijamente al visitante, declaró:

—Creo que mi hijo tiene razón. De modo que si es todo lo que tiene usted que decir, haga el favor de marcharse.

—No me iré hasta que tenga…



Antes de concluir su frase, el visitante quedó inmovilizado cuando «Zip», que había oído voces desconocidas, llegó corriendo desde la cocina. El animal se dio cuenta en seguida de que ocurría algo anormal. Cuando el desconocido le miró amenazadoramente, «Zip» gruñó entre dientes.

—¡Quieto, muchacho! —le ordenó Pete.

—¡No se atrevan a lanzar su perro contra mí! —gritó Barrow, retrocediendo hacia la puerta.

—No íbamos a hacerlo —contestó Pam, muy tranquila.

—¡Apártenlo de mí! —ordenó Barrow, en vista de que «Zip» seguía gruñendo.

El hombre llegó a la puerta, hizo girar el picaporte y cuando estuvo fuera, en voz baja y amenazadora masculló:

—¡Se arrepentirán de esto!

Mientras Barrow ponía en marcha su coche, la señora Hollister comentó:

—Verdaderamente, todo esto es muy enrevesado. Pero estoy segura de que hemos obrado bien. Si Tom King hubiera querido que

entregásemos las copias de esos dibujos a Barrow nos lo habría advertido.

Seguían los Hollister hablando sobre su extraño visitante, cuando por el camino del jardín entró un coche de la policía.

—¡Oooh! Estoy seguro de que el señor Barrow ha ido a decir algo de nosotros a la policía —dijo Ricky.

—Pues no tenía ningún motivo de queja —contestó Pete, muy enfadado.

Cuando del coche oficial salió un hombre joven, Holly exclamó:

—¡Es el oficial Cal!

La niña salió al porche y corrió por el prado para ir a saludar a su amigo.

—¿Ha dicho algo malo de nosotros el señor Barrow? —preguntó en seguida la pequeña.

—¿Barrow? No sé nada de ningún Barrow —dijo Cal, muy serio —. No he venido a veros por nada de eso.

Cuando el resto de la familia acudió a saludarle, Cal quedó un momento indeciso y con expresión preocupada.

—¡Qué seriote está! —observó Holly—. ¿Le pasa algo malo?

—Lamento tener que daros malas noticias —contestó el policía.

—¿Le ha pasado algo a «Domingo»? —inquirió, alarmado, el pelirrojo.

—Nada de eso. Es que vuestro amigo, Tom King, ha tenido mala suerte.

Los Hollister ahogaron un grito de angustia y Sue susurró:

—Por lo menos que no se haya «hacido» daño.

—No es nada serio, de todos modos —dijo Cal, deseando tranquilizarles.

Y explicó a los Hollister que la policía de Massachusetts había informado al cuartelillo de policía de Shoreham de que el coche de Tom King se había visto lanzado fuera de la carretera, a causa de un impacto sufrido con otro vehículo. Los dos hombres que iban en el otro coche ataron y amordazaron luego a King.

—¿Por qué habrán hecho una cosa tan mala? —protestó, compasivo, Ricky.

—¡Para robarle! —repuso Cal, gravemente—. ¡Le han quitado los bocetos del clíper!

—¡Qué horror! —murmuró Pam.

—¿Y Tom? ¿Se encuentra bien? —preguntó la señora Hollister.

Cal dijo que el hawaiano, aunque había sido maltratado, no había sufrido ningún daño grave.

—Se ha marchado a Orient Harbor, pero sin los bocetos —añadió Cal.

—Hay tres personas interesadas en esos dibujos —comentó Pete, que a continuación habló a su amigo Cal del misterioso visitante—. ¿No estaría Barrow de acuerdo con los dos atacantes del coche?

—A nosotros nos parece que ese Barrow es un… un impostor —informó Ricky, encontrando por fin la palabra adecuada.

—¿Quiere usted comprobarlo, Cal? —pidió Pam.

—Voy a hacerlo ahora mismo.

El policía fue a su coche, seguido de los Hollister. Tomó el transmisor de radio y habló con el cuartelillo, diciendo que se enviase un teletipo a California, para pedir información de la compañía Pacific Coast y de su agente, el señor Barrow.

Mientras esperaban respuesta, los Hollister hablaron del misterio con Cal. ¿Por qué podía tener alguien tanto interés en los bocetos? ¿Y por qué la compañía cinematográfica de Barrow quería, al mismo tiempo, las copias? ¿Y por qué el señor Dooley pensó en seguida que debía advertirles que guardasen bien las copias?

—Otra vez los Hollister os habéis metido en un gran laberinto —sonrió Cal—. Espero que podáis resolver este caso tan bien como habéis resuelto los demás.

En aquel momento sonó la radio del coche y una voz hueca, anunció, desde el cuartelillo:

—No existe tal compañía cinematográfica en la Costa Oeste.

—¡Todo era falso! —exclamó Pam.

—Y «Zip» se dio cuenta, en el acto, de que ese hombre era malo —dijo Holly, muy orgullosa de su perro, al que acarició el lomo.

Todos a un tiempo, los niños quisieron dar a Cal una descripción del visitante y de su coche.

—Estaré atento, por si le viera —les prometió Cal.

—¿Puede llevarse los bocetos y guardarlos en la caja fuerte de la policía? —pidió Pete.

—Con mucho gusto.

Pam fue a buscar las copias y se las entregó al policía. Luego todos despidieron a Cal y estuvieron en el jardín hasta que el policía subió al coche y se alejó.



Los niños estaban tan nerviosos, pensando en aquel misterio que, a la hora de acostarse, no sentían ningún deseo de dormir. Mientras se ponía el pijama, Ricky oyó reír a Holly y Sue en la habitación inmediata. El pequeño fue en seguida a llamar a la puerta y asomó la naricilla para ver qué ocurría.

—Juguemos a algo —propuso en seguida.

—¿A qué? —dijo Holly.

—¿A saltar sobre el globo?

La proposición de Ricky fue aceptada con grititos de entusiasmo por las dos niñas. El pecoso había inventado aquel juego hacía tiempo. Se trataba de levantar una punta de la sábana de la cama y dejarla caer rápidamente, de modo que quedase aire debajo. Así la sábana tenía el aspecto de la parte superior de un globo. Los niños, que esperaban al pie de la cama, saltaban sobre la sábana ahuecada.

—Tú la primera, Sue —dijo Holly, levantando la sábana.

La pequeñita dio un salto. ¡Plop! La sábana se aplastó y la niña gritó, entusiasmada:

—¡Vivaa!

Cuando le llegó el turno a Holly, se lanzó con tanto entusiasmo,

que aterrizó de cabeza, con las piernas en el aire.

—Ahora me toca a mí —dijo Ricky.

Holly levantó mucho la sábana para que quedase aún más hueca y Ricky, que esperaba de puntillas en el borde de la cama, se tiró alegremente.

—¡Allá voy! —gritó.

Pero en lugar de aterrizar en el centro del «globo», resbaló hacia un lado y ¡cataplum! Se encontró caído en el suelo.

—¡Dios mío! ¿Qué ha ocurrido? —preguntó a gritos la madre, subiendo, muy asustada, las escaleras—. ¿Quién se ha caído?

—Yo —confesó el pecoso, sonriendo, avergonzado, mientras se frotaba el muslo derecho.

Luego echó a andar, cojeando más de lo normal y haciendo una horrible mueca, para que sus hermanas se rieran. Y desapareció en su habitación, diciendo que se encontraba muy bien.

Al decir sus oraciones, Sue se acordó de Tom King y pidió que no le ocurriese nada malo y pudiera recobrar los dibujos que le habían robado.

—Ya «sabo» que todo va a salir bien —dijo luego, muy seria, poniéndose en pie para meterse en la cama.

Holly, que también había estado rezando de rodillas, se acostó, igual que su hermana.

«Zip» saltó a la cama de la pequeñita y se enroscó a sus pies. Pronto toda la casa estuvo silenciosa. La familia dormía. En plena noche «Zip» se despertó, desperezándose y puso las orejas muy tiesas. Luego aulló y dio un sordo ladrido, al tiempo que corría escaleras abajo.

Los movimientos del perro despertaron a Sue, inmediatamente.

—«Zip», guapín, ¿qué te pasa? —preguntó la chiquitina.

Pero ya el perro estaba en la planta baja y la niña oyó en aquel momento un ladrido agudo. Asustada, Sue saltó de la cama y fue a avisar a Pam.

—De prisa, Pam. No sé qué pasa abajo.

Pam se sentó en la cama y escuchó. Los ladridos de «Zip» se convirtieron en un aullido ahogado que pronto dejó de oírse.

Entonces ya estaba despierta toda la familia. Poniéndose apresuradamente las batas, encendieron las luces y bajaron

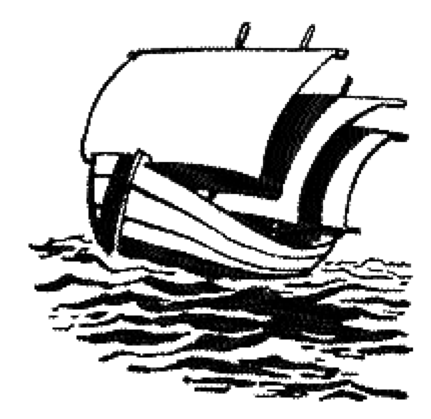
corriendo, para ver qué sucedía.

Pete miró en seguida hacia el escritorio de la sala. ¡El cajón de arriba estaba abierto y todos los documentos desparramados por el suelo!

Pam fue la primera en ver a «Zip», tendido junto al escritorio. La niña dio un grito y corrió hacia el animal.

¡El fiel perro pastor yacía en el suelo, inconsciente!

¡RESCATADOS!



Durante un segundo los Hollister quedaron sumidos en un completo silencio. Luego, Pam exclamó:

—¡«Zip», «Zip»! ¿Qué te ha pasado?

En seguida fue a buscar un vaso de agua fría. Pete se mojó los dedos y salpicó de agua el morro del animal. Pronto «Zip» empezó a hacer movimientos y Pam y su familia suspiraron, tranquilizados.

Entre tanto, Ricky y su madre ya se habían acercado a examinar el cajón y los papeles caídos.

—¡Ha entrado un ladrón en nuestra casa! —exclamó el niño.

—¡Y quería llevarse las copias del clíper! —añadió Holly, muy convencida.

—Tienes razón —concordó su padre—. Suerte tuvimos de que Cal se las haya llevado al cuartelillo. —Y volviéndose a Pete y Pam el señor Hollister preguntó—: ¿Cómo está «Zip»?

Ya entonces el perro se había erguido sobre las cuatro patas y, aunque parecía estar mareado, no tenía ninguna herida grave.

—¿Qué te ha ocurrido, amigo? —le preguntó, cariñosamente, Pete.

El perro dio un ladrido y cruzó la habitación hasta el comedor,

yendo a detenerse en la ventana de los cristales rotos.

—Por esa ventana ha entrado y salido el intruso —opinó Pete.

—Pero ¿con qué habrá golpeado a «Zip»? —preguntó Ricky.

Pam examinó con atención a su perro, pero no encontró huellas de ningún golpe.

—Pueden haber utilizado cloroformo vertido en un pañuelo o en un poco de algodón —sugirió el señor Hollister—. En realidad, creo que en esta habitación se nota un ligero olor a cloroformo.

Todos olfatearon y movieron la cabeza, asintiendo y pensando que aquellos bocetos debían de tener una importancia enorme para una o varias personas, además de Tom King. Pero ¿por qué?

Después de asegurarse de que el perro estaba bien, los Hollister hablaron de si convenía o no telefonear inmediatamente a la policía. Pero, como de la casa no había desaparecido nada de valor, decidieron dejarlo hasta la mañana siguiente.

Por la mañana temprano, en cuanto tomó el desayuno, el señor Hollister telefoneó a la policía. Veinte minutos después llegaba el oficial Cal, con el equipo de huellas digitales para examinar las diversas huellas que pudieran haber quedado en el cajón. Resultó que todas las huellas encontradas pertenecían a los Hollister.

—Creo que uno de la familia debe de ser el ladrón —bromeó Cal, añadiendo luego, muy serio—: Indudablemente, el hombre que se introdujo en la casa llevaba guantes.

—Y entonces no podemos averiguar ninguna pista de la persona que lo hizo —suspiró Pam, desanimada.

—No tanto —contestó Cal—. Estoy seguro de que quien entró era Barrow.

Los Hollister quedaron asombrados ante aquella contestación y el padre dijo:

—Habla usted así porque habrá averiguado más sobre ese hombre.

El oficial Cal contestó que sí. Durante la pasada noche la policía había conseguido mucha información sobre aquel hombre. En primer lugar su coche fue hallado abandonado, en una carretera de las afueras de Shoreham.

—El coche había sido robado en California —siguió diciendo el policía—. Tenemos un informe sobre ello.

Pidiendo la ficha policial de Barrow se descubrió que era un maleante conocido que, a veces, trabajaba por encargo de otras personas.

—Pero ¿cómo se enteraría de que nosotros teníamos esas copias? —murmuró Pam—. Habrá sido por culpa de Joey Brill. Él sabe algo de las copias.

—Podríamos preguntarle —opinó Pete—. Si el señor Barrow habló con él, seguramente Joey le habló de las copias.

El oficial Cal se ofreció para llevar a los dos hermanos a casa de Joey. Cuando llegaron, el mismo Joey salió a abrir. ¡Tenía el ojo morado como una berenjena!

—Quisiéramos hacerte unas cuantas preguntas —dijo Cal.

—¡Oh, un policía! ¿Ocurre algo grave? —preguntó, asustada, la señora Brill, al ver a los visitantes.

Cal le aseguró que no tenía por qué preocuparse. Sólo estaba buscando pistas relativas a alguien que había entrado por la noche en casa de los Hollister. Tanto Joey como su madre quedaron asombrados al oír los detalles de lo sucedido.

—¡Qué horrible! —murmuró la señora Brill—. Me alegro de que al perro no le hicieran ningún daño irremediable.

—¿Conoces a un hombre llamado Barrow? —preguntó el policía a Joey.

Al principio el chico no quiso contestar, pero su madre le dijo:

—Es tu deber contar a la policía lo que sepas.

—Está bien —accedió Joey, muy mohíno—. Sí, le conozco. Encontré al señor Barrow ayer, cuando acababa de romperos aquel cristal.

Joey siguió explicando que el hombre tenía el coche aparcado cerca de la casa de los Hollister. Cuando pasó por su lado, el hombre le detuvo.

—¿Qué te preguntó? —quiso saber Cal.

—Si yo conocía algo sobre los Hollister.

—¿Algo especial? —preguntó Pam.

Joey asintió.

—Quería saber si teníais copias de los bocetos de un clíper.

—¿Y le dijiste dónde las teníamos? —preguntó Pete.

—Claro. ¿Por qué no iba a decírselo? —replicó Joey,

provocador.

Pete hundió el puño cerrado en la palma de la mano, exclamando:

—Ahora se comprende todo. Como por la tarde no consiguió convencernos para que le diéramos las copias, el señor Barrow entró en casa por la noche.

Pete explicó a los Brill que, la noche antes, el oficial Cal se había llevado las copias al cuartelillo. La señora Brill se sintió muy contenta al saber que los bocetos del clíper no habían sido robados y, por lo tanto, nadie iba a complicar a su hijo. Y dijo que estaba segura de que, al hablar, con el hombre, Joey no se dio cuenta de que podía perjudicar a los Hollister.

—No. Claro… —masculló Joey, no muy convencido.

—Sin embargo —añadió la madre—, yo no sabía nada de que Joey hubiera roto un cristal de vuestra ventana.

Y hablando con voz severa, la señora Brill ordenó a su hijo que comprase un cristal y, él mismo, se encargara de colocarlo en donde lo rompió.

Joey prometió obedecer y pidió a Pete que le diera las medidas exactas. Luego Cal volvió a acompañar a los dos hermanos a casa. Pete tomó las medidas del cristal y se las dio a Joey por teléfono.

Después de comer, llegó Joey a casa de los Hollister con un cristal nuevo, un paquete de masilla y una caja de clavos pequeños. Sin decir una palabra a nadie cambió el cristal y se marchó a casa.

Ricky sonrió, divertido, y dijo:

—Por lo menos esta vez se ha portado como un hombre.

Entre tanto, los Hollister habían continuado trabajando en su barca de remos, para acabar de transformarla en un clíper.



—Creo que ahora ya está preparada para dar un paseo —dijo Pete, aquella tarde, a las cuatro, desatando la embarcación del amarradero.

Con tantas jarcias, en el improvisado clíper no quedaba mucho espacio para pasajeros, de modo que Pete decidió llevarse sólo a Ricky a dar un paseo por el agua. Su hermano se sentó en la popa, mientras Pete iba a situarse en la proa, con un remo en la mano para utilizarlo como timón.

Hacía un hermoso día, sin una sola nube en el cielo. Una brisa agradable soplaba por encima del lago, en dirección al parque municipal situado en la otra orilla.

Al principio, los chicos tuvieron dificultades para bajar y situar la posición de las velas, y estuvieron un rato sin hacer más que mecerse, sin avanzar ni un paso. Pero, tras varias probaturas, las velas quedaron henchidas y la embarcación se movió con ligereza.

Al poco rato, una fuerte ráfaga de viento les lanzó al centro del lago.

—¡Canastos! ¡Qué velocidad llevamos! —gritó Ricky,

entusiasmado.

—Dentro de muy poco doblaremos el Cabo de Hornos —declaró Pete a voces, igual que un veterano capitán antiguo.

La embarcación tenía un aspecto muy extraño, avanzando a tanta velocidad y provista de mástiles y velas, y las gentes que recorrían el lago en motoras y barcas de pesca se quedaban mirándola con sorpresa y admiración. Los dos hermanos saludaban a los demás navegantes agitando alegremente las manos, y Ricky, colocándose una mano sobre los ojos, adoptó la postura de un vigía.

—¡Barco a la vista! —anunció.

Cuando los chicos se fueron adentrando en el lago, el viento se tornó más fuerte. Y pronto empezó a levantar grandes olas, espumosas, que lamían el casco de la embarcación. Pete tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para mantener en línea recta el remo que usaba como timón.

—Fuertes vientos soplan por aquí —dijo Pete, siguiendo con su papel de viejo lobo de mar—. Será mejor que viremos, rumbo a tierra.

—Sí, mi capitán —concordó Ricky, volviendo a su puesto de vigía.

Pete movió con fuerza el remo, para cambiar de rumbo, empujando contra la presión del agua.

De repente, cuando la popa hizo un giro, varias de las velas cogieron el viento desde el otro lado y la embarcación empezó a zozobrar.

—¡Caramba! —exclamó Pete, sorprendido.

Él y Ricky saltaron a la borda por la parte que había quedado más arriba, para evitar que la barca se hundiera. De este modo pudieron nivelarla un poco. Pero la presión del agua era demasiado fuerte para Pete, que tuvo que sacar el remo. Y lo hizo muy a tiempo. En aquel momento la embarcación quedó bien nivelada, pero ya había entrado mucha agua por la borda.

De repente, desde lo alto del palo mayor llegó un ruido de tela desgarrada; la vela más alta se desprendió en parte del peñol, y el viento la sacudió con furia.

—¿Qué pasa, Pete? —preguntó Ricky, preocupado.

—¡No lo sé, zambomba! Pero la barca no va por donde quiero

llevarla.

Ahora que había sacado Pete el remo del agua, la barca viró por sí sola, tomando el rumbo de antes. Ahora los dos chicos estaban muy lejos de casa, aproximándose cada vez más al parque.



—¿Cómo volveremos? —preguntó Ricky, cada vez más inquieto.

Como respuesta, Pete intentó hacer girar la embarcación, pero ocurrió lo mismo de antes.

—¡Sólo quiere seguir un camino! —se lamentó Pete—. Tendremos que desembarcar en la orilla del parque.

La embarcación atravesaba el lago a más velocidad y Pete empezó a mirar insistentemente hacia la orilla. Se dirigían rápidamente a una caleta próxima al parque municipal. Esta caleta quedaba marcada por dos rocas puntiagudas y la orilla era un montículo de peñascos contra los que las olas se estrellaban furiosamente. En mitad de la caleta había un puente de poca altura, para automóviles.

—¡Zambomba! ¡Ése no es sitio donde se pueda desembarcar!

Pete intentó, desesperadamente, conducir la barca hacia una zona menos peligrosa, pero era el viento el que más podía y empujaba a los dos niños, en línea recta, al puente.

Pete dejó el remo dentro de la barca y sacó del bolsillo su navaja.

—Voy a rasgar las velas —dijo a Ricky—. Ayúdame.

Tras sacar también su navajita, Ricky acudió en ayuda de su hermano. A toda prisa hicieron jirones los dobladillos de todo el velamen que tanto trabajo les había dado colocar. Pronto todos los trozos triangulares de sábana quedaron en el fondo de la embarcación.

Pero, a pesar de esto, seguía avanzando en la misma dirección y ahora estaba peligrosamente cerca del puente. Bajo él se levantaban grandes olas que iban a estrellarse en las rocas, las cuales tenían un

brillo oscuro y escalofriante.

Ricky volvió a su puesto en la popa.

—¡Vamos a estrellarnos, Pete! —dijo Ricky, procurando que no se le notase en la voz el miedo que estaba pasando—. ¿Qué hacemos?

—Procuraré dominar la embarcación con el remo, para que nos dé tiempo a saltar. Tú estate quieto y con las manos dentro de la barca hasta que yo te diga lo que debes hacer.

—Está bien —dijo el pelirrojo, con un hilillo de voz. Pero de repente se le iluminaron los ojos—. ¡Pete, ahí viene la motora de Dave Meade!

Avanzando a toda velocidad sobre las olas, la motora de su amigo se aproximaba a ellos. Dave iba inclinado sobre el motor y miraba al frente. En el asiento delantero se veía a un hombre joven, con barba.

La pequeña embarcación se aproximó rápidamente a los Hollister y Dave arrojó hacia Ricky el cabo de una pequeña cuerda. Pero, en su nerviosismo, lo tiró demasiado cerca y la cuerda cayó al agua. Ricky se inclinó para recogerla, pero sus brazos no eran lo bastante largos. Los dos Hollister vieron, con angustia, que la cuerda se enrollaba en la hélice del motor que, un momento después, se paraba con un gran zumbido.

Entonces, el barbudo actuó con rapidez. Utilizando un remo, llevó la motora hasta la borda del extraño navío con aparejos de clíper, saltó a él y ató la bolina de la motora a un banco del bote de remos. Con voz clara y sonora empezó a dar órdenes.

—Desenreda esa cuerda tan de prisa como puedas —dijo a Dave, y al mismo tiempo tendió a Pete el remo.

Él cogió otro y remó sin interrupción.

—Tú haz lo mismo que yo, con todas tus fuerzas —dijo a Pete, queriendo animarle—. Así podremos retener aquí vuestra barca hasta que la cuerda se desenrede.

Al ver la carita asustada de Ricky, sonrió ampliamente y añadió:

—¡Vamos, pelirrojo! ¿Por qué no tomas uno de esos maderos sueltos y lo usas como remo?

El pequeño cogió un tablón y pronto lo usó tan habilidosamente como si fuera un remo. Con los tres remando infatigablemente, la

barca casi podía hacer frente a toda la furia de las olas. Pero, de todos modos, estaba a muy poca distancia de las temibles rocas.

Al cabo de un rato de estar remando así, Pete empezó a pensar que los doloridos brazos iban a desprendérsele del cuerpo. ¡No iba a poder resistir aquel trabajo mucho más tiempo!

En aquel mismo momento, se oyó anunciar a Dave:

—¡El motor ya está libre!

Dave dio un último tirón de la cuerda y el motor empezó a runrunear. Cambiando de dirección, el chico hizo retroceder a las dos embarcaciones de las amenazadoras y negras rocas.

Con el clíper ya a salvo, a remolque de la motora, Pete y Ricky cómodamente sentados junto al desconocido, buscaron con los ojos el desembarcadero. Pete sonrió al barbudo, con gratitud, diciendo:

—¡Nos ha salvado a tiempo! ¡Gracias! Pero ¿por qué nuestro barco se empeñaba en no cambiar de rumbo?

—Habéis hecho un bello clíper —afirmó el hombre—, pero me temo que olvidasteis una cosa. Sin quilla debajo, y sin algunas velas extra, como son los foques y las cangrejas, un clíper sólo marcha en la misma dirección que el viento.

Ricky sonrió y, mirando a Pete, se le ocurrió exclamar:

—¡Seremos insensatos!

La frase del pelirrojo hizo estallar en carcajadas al barbudo.

Pronto el curioso clíper de remos de los Hollister estuvo a salvo en el desembarcadero de los Hollister y el barbudo saltó a tierra. Explicó que había estado paseando a orillas del lago, buscando a los Hollister y preguntó a Dave Meade la dirección. En aquel momento, Dave y él distinguieron la embarcación que estaba en apuros y acudieron en su ayuda. En el rato que duraron estas explicaciones, Pete había estado observando al hombre con curiosidad. Algo en su cara le resultaba familiar. ¿Dónde había visto antes a aquel hombre?

También Ricky estaba intrigado, diciéndose que conocía de algo al individuo. ¿Quién podía ser?

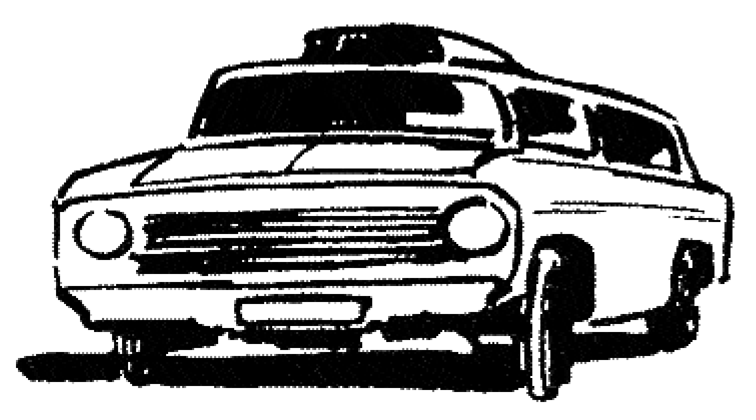
Dándose cuenta, súbitamente, de las insistentes miradas de los chiquillos, el hombre sonrió, preguntando:

—¿Qué ocurre, muchachos? ¿No habéis visto una barba hasta ahora?

Ya Pam, Holly y Sue corrían hacia el grupo del desembarcadero cuando Pete pensó: «Yo conozco esta voz». Un momento después exclamaba:

—¡Usted es Gregory Grant, el actor de cine!

VISITANTES FAMOSOS



Pam casi no podía creer que estaba viendo a Gregory Grant, el actor.

—¿De verdad…, de verdad está usted aquí, en nuestro embarcadero? —preguntó, emocionada.

La momentánea sorpresa que se reflejó en todas las caras se transformó en seguida en expresión de entusiasmo. Cada uno de los niños sonrió ampliamente al estrechar la mano del actor.

—Píncheme —pidió Holly—, porque me parece que no estoy despierta.

El actor sonrió y sus ojos oscuros brillaron de alegría.

Entonces Pam ya había reaccionado bastante para decir:

—¿Ha venido usted a vernos a nosotros, señor Grant?

—Podéis llamarme Greg —repuso el actor, afablemente—. El motivo de que ahora esté aquí es toda una historia. Os la contaré más tarde. Ahora quisiera presentaros a mi esposa.

En seguida caminó en dirección a la casa. Aparcado en el camino del jardín había un coche deportivo de alegres colores.

Dave Meade dejó escapar un prolongado silbido, diciendo luego:

—¡Gregory Grant! ¡Ya veréis cuando los demás chicos se

enteren!

—Estoy deseando saber por qué ha venido a visitarnos —dijo Pam, roja de entusiasmo.

Un momento después, el actor ayudaba a su joven esposa a bajar del coche y la llevaba junto a los niños. La esposa del actor era bonita y caminaba con gracia. Llevaba gafas de sol y un pañuelo que recogía su cabello rubio.

Los niños vieron en seguida que se trataba de Lisa Sarno. Todos sonrieron, al saludarla. Ricky, sin poder contener los nervios, preguntó:

—¿Han venido a hacer una película a Shoreham?

Y, sin dar tiempo a los actores a contestar, Pam añadió:

—Hace un par de días, haciendo una película en casa, yo representaba el papel de usted.

Lisa Sarno rió alegremente y todos entraron en la casa.

—¡Qué casa tan encantadora tenéis! —dijo la actriz, al entrar en la sala.

—Gracias —dijo Pam, que luego presentó a la actriz a su madre.

La señora Hollister estaba tan sorprendida como lo habían estado sus hijos, de conocer a la famosa pareja. Después de sentarse cómodamente, el actor y su esposa explicaron por qué habían ido a Shoreham. Su próxima película, dijeron, iba a titularse «La Pista del Clíper», e iba a ser filmada en Orient Harbor, Massachusetts.

—Lisa y yo decidimos hacer un viaje de vacaciones desde el Oeste, antes de empezar el trabajo —añadió Greg.

—Todas las noches —siguió diciendo— telefoneamos a nuestro director, que ya había llegado a Orient Harbor.

—Y cuando telefoneamos, anoche —siguió diciendo Lisa—, nos puso al corriente de que un hombre llamado Tom King había llegado allí con informaciones muy valiosas.

—¿Quiere usted decir que ha encontrado los bocetos del clíper que le habían robado? —preguntó Pete, explicando a continuación que unos desconocidos habían robado a Tom King.

Resultó que el señor Grant ya estaba enterado y dijo que sentía mucho tener que contestar negativamente a la pregunta de Pete.

—Pero King ha identificado sus bocetos. Han resultado pertenecer al navío «Jefe Alado».

—¿Cómo lo ha identificado? —preguntó Pam, sorprendida.

—Viendo un viejo clíper en miniatura, que hay en el museo. Es idéntico a los bocetos.

—Y por eso hemos venido a visitaros —añadió Lisa—. El señor King ha dicho que los Hollister tienen una copia de sus bocetos. A la firma cinematográfica en la que trabajamos, le gustaría utilizar esos dibujos, para alguna de las escenas. De modo que nos lo llevaremos.

Los Hollister se miraron entre sí. ¿Sería aquél un nuevo truco para apoderarse de los valiosos dibujos? Sin embargo, Pam pensó:

«Éstos son dos actores de cine. ¿Cómo, unas personas tan conocidas y simpáticas, pueden ser poco honradas?».

Antes de que nadie hubiera tenido tiempo de contestar, oyeron el zumbido de una moto, que venía de la oficina de correos. Se detuvo ante la casa de los Hollister y un hombre joven, cubierto con una gorra, subió por el camino del jardín.

—¿Quién me firma la entrega de una carta certificada? —preguntó el cartero a Pam, que salió a abrir.

—Yo misma —dijo ella.

Pam firmó el recibo y el joven le entregó la carta. En aquel momento, el cartero vio, en la sala, al actor y su esposa y quedó con la boca abierta.

—¡Caramba! —murmuró—. Perdonad, pero… ¿esas personas son amigos vuestros?

Todos los niños miraron en dirección al vestíbulo, sonriendo y moviendo la cabeza con orgullo. El cartero inclinó entonces la cabeza, muy cortés, mirando a los actores, y preguntó:

—¿Puedo estrecharles las manos?

—Naturalmente —dijo Greg, levantándose y yendo al vestíbulo—. Me alegra conocerle, señor.

—Soy Homero… Homero Wakefield —tartamudeó el muchacho.

Lisa se unió a su marido y ambos estrecharon la mano del cartero.

—¡Ya me imagino la cara que pondrán los compañeros de envíos especiales cuando sepan esto! —exclamó Homero, que salió a toda prisa, saltó a su motocicleta y se alejó.



Mientras los demás Hollister seguían riendo, Pam miró el remitente de la carta. Con ojos jubilosos exclamó:

—¡Es de Tom King!

Todos estuvieron muy silenciosos, mientras la niña leía en voz alta. Tom empezaba la carta diciendo que había sido muy agradable su estancia con los Hollister y que les agradecía de todo corazón lo que habían hecho por él. Luego añadía:

«Seguramente ya se han enterado ustedes de que me fueron robados los bocetos. Pero, con la ayuda del señor Dooley, he identificado el barco de mi abuelo como el "Jefe Alado". Una compañía cinematográfica está interesada en adquirir copias del viejo clíper y hemos quedado de acuerdo en que Gregory Grant y Lisa Sarno pasarán por casa de ustedes para recogerlas. Tienen ustedes mi permiso para entregar a esos señores las copias.

»Espero poder volver a ver pronto a toda la familia. Mis mejores deseos para todos, incluido mi amigo "Zip".»

La firma era «Tom King».

Los Hollister, además de alegrarse por tener noticias de Tom, se sintieron muy tranquilizados viendo que los visitantes tenían permiso para llevarse las copias.

—En estos momentos se encuentran en la caja fuerte de la policía, por razones de seguridad —explicó la señora Hollister, y

relató lo que había ocurrido durante la noche.

Lisa y Gregory quedaron muy impresionados al enterarse del intento de robo que se había llevado a cabo en casa de los Hollister.

—Parece que nuestras películas no son tan emocionantes como las cosas que ocurren en Shoreham —comentó Lisa, sonriendo.

La señora Hollister dijo a los actores que llevaría un poco de tiempo ir a recoger las copias de los bocetos; de modo que, muy amablemente, invitó a cenar al matrimonio. Ellos aceptaron y Pete dijo:

—Iré en la bicicleta hasta el cuartelillo, para recoger las copias.

—Yo te acompaño —dijo Pam—. Necesitarás ayuda si alguien te detiene y quiere quitarte las copias.

Los dos hermanos se encaminaron, pedaleando, al cuartelillo de policía. Habían recorrido muy pocos metros cuando Carol, una compañera de clase de Pam, corrió a su encuentro moviendo las manos, para pedirles que se detuvieran.

—¿Es verdad? ¿Tenéis artistas de cine en vuestra casa? —preguntó.

Pam dijo que era cierto y Carol murmuró, con un suspiro:

—¡Cómo me gustaría conocerles!

Pam se ofreció para concertar una entrevista de la niña y los actores y en seguida se disculpó, diciendo que tenía prisa.

Pero los dos hermanos se vieron acosados así durante todo el trayecto. Cada dos segundos aparecían niños que les preguntaban:

—¿Es verdad que Gregory Grant y Lisa Sarno están en vuestra casa?

—¡Cómo corren las noticias! —exclamó Pam, con asombro, cuando ella y su hermano se aproximaban al centro de la ciudad.

Desmontaron de sus bicicletas, subieron corriendo los peldaños del cuartelillo y entraron en la habitación donde, con frecuencia, estaba Cal. En cuanto entraron pudieron ver al oficial sentado a una mesa, redactando un informe. Al fijarse en los niños, Cal dijo, con una sonrisa:

—¡No puede ser que ahora tengáis actores de cine en vuestra casa! ¿Qué será lo próximo que hagan los Hollister?

Los niños rieron alegremente y explicaron luego a Cal todo lo que ocurría.

—Y ahora querríamos recoger las copias —añadió Pam—, porque Lisa y Gregory quieren llevárselas a Orient Harbor.

Cal descolgó el teléfono para hablar con el jefe, en cuya caja fuerte estaban guardadas las copias de los bocetos. A los pocos minutos otro policía acudió a entregárselas.

—Muchas gracias —dijo Pete.

—No las perdáis —aconsejó Cal, y al momento, con una sonrisa, anunció—: Tengo una idea. ¿Qué os parece si os envío con una escolta hasta vuestra casa?

Los dos hermanos quedaron un momento tan sorprendidos que no encontraban voz con que contestar. Por fin, Pete dijo:

—¿Va a ir un coche patrulla detrás de nuestras bicicletas?

—Claro. ¿Por qué no? Vais a ser portadores de algo valioso.

—¡Vamos! ¡Vamos! —contestaron Pete y Pam, aceptando.

Cal se levantó de la mesa, cogió su gorra de policía y se dirigió a una puerta trasera.

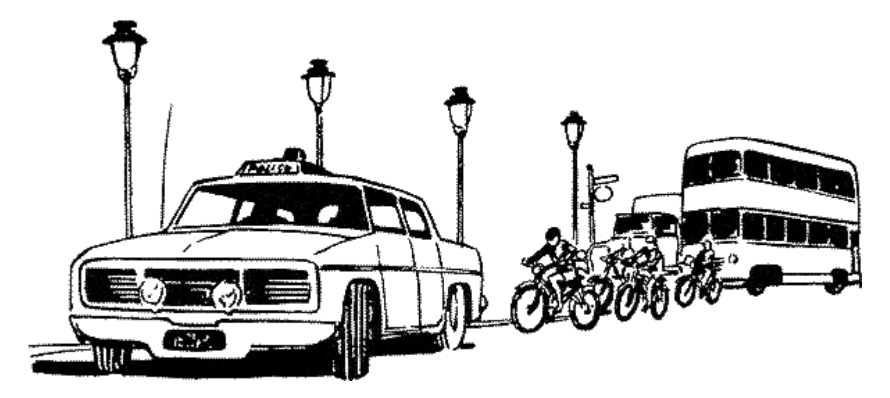
—Nos encontraremos en la fachada del edificio.

El oficial eligió el coche patrulla que acostumbraba a llevar siempre, y lo condujo fuera del aparcamiento. Se detuvo un momento ante la fachada y llamó a los Hollister.

—¡Seguidme! —les dijo.

Pete llevaba las copias de los bocetos y Pam pedaleaba a su lado. Todo el trayecto se mantuvieron a unos tres metros detrás del coche policial, que hacía sonar su sirena suavemente, mientras avanzaba con lentitud.

Una vez embocó la carretera de Shoreham, Cal fue algo más de prisa y los niños pedalearon con más ánimos. Algunos niños que pasaban en grupos se detenían a mirar la extraña comitiva. ¡Nunca habían visto que un coche policial se ocupase de abrir la marcha a dos ciclistas!



Cuando llegaron ante la casa de los Hollister, Cal les dijo adiós y los niños corrieron a la puerta.

—¡Ya tenemos los bocetos! ¡Ya tenemos los bocetos! —anunció Pete.

Gregory estaba jugando al escondite con Sue y no les respondió. Lisa, que hablaba con Ricky y Holly sobre famosos maquilladores de artistas, sonrió, diciendo:

—¡Magnífico!

¡Cuánto se divirtieron todos durante la cena! Los actores eran dos personas simpáticas y sencillas, que se encontraban a sus anchas con los Hollister. Los niños hablaron de la última película del Oeste que habían visto, en la que Gregory era un héroe y Lisa la hija de un ranchero pobre, a la que secuestraban.

—¿Fue verdad que se cayó usted desde el acantilado, Greg? —quiso concretar Ricky.

—Confieso que no —declaró el actor, francamente—. El que cayó era un muñeco.

—¡Vaya! —murmuró Ricky, desencantado—. ¿Y también fue mentira aquel salto que dio usted desde el caballo, para atrapar al «malo»?

Cuando Gregory aseguró que aquella escena la había representado él, sin truco alguno, Ricky quedó complacido.

—¿Querrán hacer películas para nosotros, esta noche? —preguntó, esperando.

La petición dejó atónitos a Gregory y Lisa.

—Pero si no tenemos director… —se excusó Lisa.

—Yo les diré lo que tienen que hacer —contestó,

tranquilamente, el pecoso.

Aquella decisión produjo muchas risas y los amables actores se avinieron a hacer una película siguiendo las órdenes del travieso pequeño.

Después de la cena, Pete bajó de la buhardilla el equipo de filmar y lo instaló en la sala. Tinker les había enviado un foco nuevo, del Centro Comercial, así que todo estaba en orden.

—Debemos hacer alguna escena verdaderamente dramática —dijo Lisa, dispuesta a colaborar de firme en la diversión—. ¿Qué puede ser?

Sue contestó inmediatamente:

—Yo «querería» que Greg fuese mi caballo. Yo voy a ser una niña vaquera.

El actor reía con tantas ganas que casi le faltaban fuerzas para sostenerse sobre los pies y rodillas. Por fin, cuando la pequeñita estuvo montada a su espalda, empezó a saltar de un lado a otro y a dar sacudidas, igual que un potro salvaje, mientras Pete filmaba la escena.

En las otras escenas, los actores aparecieron junto a los Hollister, cantando alrededor del piano.

Luego, mientras Pete recogía el equipo, Lisa dijo:

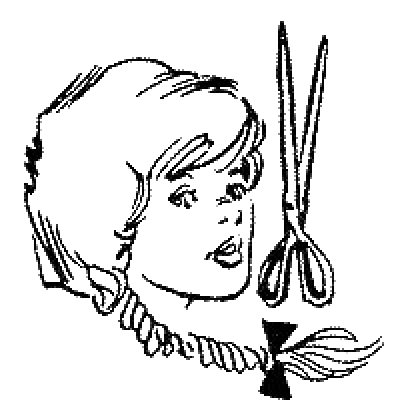
—Ahora nosotros tenemos una sorpresa para los Hollister.

—¡Olé! ¡Viva! ¿Qué es? ¿Qué es? —preguntó Sue, empezando a dar saltitos.

Todos los niños escucharon atentamente, mientras la actriz añadía:

—¿Os gustaría venir a Orient Harbor y trabajar como «extras» en la película del clíper?

ADIÓS A LAS TRENZAS



Lisa Sarno rió divertida, viendo la expresión de asombro en todos los rostros de los niños Hollister.

—¿Qué? ¿Os gustaría trabajar en nuestra película? —insistió la actriz.

—¡Sí, sí! ¡Nos gustaría mucho! —repuso Ricky.

—¡Sería estupendísimo! —declaró Pam con deleite.

Y todos sus hermanos dieron muestras de su alegría, hablando a un tiempo.

—Pero ¡si mis hijos no tienen ninguna experiencia como actores! —objetó la señora Hollister—. ¿Cree usted que pueden ser útiles como «extras»?

—Claro que lo serán —opinó Greg—. Creo que todos sus hijos son actores natos. Encontraremos un lugar en nuestra película donde encajarles.

—Son ustedes muy amables —dijo la madre—, pero no hace mucho que salimos de vacaciones toda la familia y debemos pensar en los gastos.

—Ya procuraremos no comer mucho —dijo Ricky con mirada suplicante.

El señor Hollister sonrió a sus hijos y anunció:

—Yo creo que podríamos arreglar lo del viaje. Me parece conveniente para la educación de los niños ver parte de Massachusetts.

—No se preocupen ustedes por los gastos —se apresuró a decir Greg—. La firma «Grand-American Pictures», productora de la película, correrá con los gastos y les pagará un sueldo adicional.

Pete y Pam creyeron volverse locos de alegría y Ricky, Holly y Sue empezaron a dar zapatetas.

—¡Soy un actor! —gritó Ricky, colocando los dedos pulgares bajo las axilas y paseando de un lado a otro, dándose importancia—. ¡Eso es mucho mejor que ser el gran jefe!

—Todavía no eres actor —le advirtió Pam—. No lo serás hasta que hayas pasado la prueba.

—Y puede que te suspendan —rió, malintencionadamente, Holly.

Pero las palabras de sus hermanas no desanimaron al pecoso que, inmediatamente, dio una voltereta y quedó sosteniéndose con la cabeza en el suelo, para demostrar a Lisa y Greg sus habilidades. Lisa y su marido se echaron a reír y aplaudieron.

—También a mí me gustaría hacer este viaje —dijo el señor Hollister—. Pero me temo que tendré que quedarme en Shoreham para cuidar de la tienda.

Se decidió que tomarían el tren para Orient Harbor dos días después.

—Así tendremos tiempo para preparar el equipaje —dijo la señora Hollister.

Desde aquel momento, los actores se vieron asaltados por infinidad de preguntas de los niños Hollister. Hubo un momento en que Pam quiso saber:

—¿Tendremos que usar maquillaje?

—Naturalmente —respondió Lisa, que luego sacudió la cabeza, diciendo—: ¿Sabes una cosa? Creo que a ti podría darte el mismo aspecto que tengo yo.

—Hágalo —solicitó Ricky—. Me gustaría ver a mi hermana hecha una artista de verdad.

Lisa hizo un guiño a su marido, al tiempo que le decía:

—¿Quieres traerme el maletín, querido?

Greg se levantó y fue a su coche para volver a los pocos minutos con lo que su mujer le había pedido. Dentro del maletín había todo un equipo de maquillaje, en botellitas, tarros y cajas de bonitos colores.

Pete fue a buscar una banqueta de la cocina y en ella se sentó Pam muy quieta, mientras Lisa iniciaba su trabajo con hábiles manos. Primero aplicó en todo el cutis una crema especial que cubrió todas las pecas de Pam y luego le pintó una raya sobre los párpados y dio rímel a las pestañas.

Pam hizo un parpadeo, que le pareció propio de una estrella de cine, y Pete dejó escapar un silbido.

—¡Estás preciosa, Pam! —aseguró Pete, muy cortés.

—¡Sí, estás tremebunda! —añadió Ricky, usando una palabra oída no recordaba dónde.

—Pues todavía no he acabado —dijo Lisa, sonriendo.



A continuación dio una ligerísima capa de polvos en el rostro de

la niña y abrió un lápiz de labios sin estrenar. Haciendo levantar a Pam la barbilla, siguió con el lápiz rojo el bien dibujado contorno de los labios de la niña.

—Una cosa más —dijo la actriz, empezando a peinar a Pam de un modo muy parecido a ella misma. Finalmente dijo—: Ahora, Pam, ve al espejo y mírate.

Pam se apresuró a mirarse en el espejo colocado sobre la chimenea.

—¡Oooh! —exclamó con asombro—. Si casi no me reconozco… ¿Seré así, cuando crezca?

—Si lo eres, es posible que yo me quede sin trabajo —bromeó Lisa.

El señor y la señora Hollister también opinaron que su hija se parecía mucho a Lisa Sarno. La actriz, que había empezado a recoger su equipo de maquillaje, empezó a mirar a su alrededor, con extrañeza.

—¿Qué ocurre, Lisa? —preguntó la señora Hollister.

—Mi otro lápiz de labios… Lo tenía aquí hace un momento.

Pam advirtió que Sue no estaba ahora en la estancia. ¿Habría cogido ella el lápiz labial? Cuando llamó en voz alta a su hermanita, se oyó la vocecita de la pequeñita, diciendo:

—¡Estoy aquí! ¡En mi habitación!

—¿Qué estás haciendo, hijita? —indagó la madre.

No se oyó respuesta. Pero sonaron sus pasos por las escaleras y pronto la chiquitina asomó por la puerta, conteniendo la risa.

—¿Estoy tan guapa como Pam? —preguntó.

—¡Vaya ocurrencia! —exclamó la madre, mientras los demás se echaban a reír.

Sue se había aplicado lápiz labial a los labios gordezuelos y su boca parecía doble de lo normal.

—Me gusta el «pintador de labios» porque sabe a algodón de dulce —dijo la pequeña, riendo—. Además, voy a ser una estrella de cine.

Y empezó a hacer muecas tan extrañas con los labios que todos rieron a más y mejor.

—Parece otra niña —dijo Lisa, acercándose con un trocito de algodón para limpiar los labios a la pequeña.

—Eso está mejor —dijo la señora Hollister, inclinándose a besar a su hija—. Pero la próxima vez, antes de coger algo que no te pertenece, pide permiso.

Poco después Greg y Lisa dijeron que tenían que marcharse ya. Después de entregarles las copias de los bocetos, los Hollister dijeron adiós a sus nuevos amigos.

—No olvidéis que tenemos que vernos pronto —gritó Lisa, despidiéndose desde el coche.

A Pam le daba verdadera lástima tener que renunciar a su «cara de cine», como ella lo llamaba. Pero, antes de ir a acostarse, no tuvo más remedio que quitarse todo el maquillaje con colcrem.

Al día siguiente, reinó un tremendo nerviosismo en casa de los Hollister. No sólo se pensaba en la visita a Orient Harbor y en el trabajo en el cine, sino que, además, los niños pensaron que ahora tal vez tendrían la posibilidad de ayudar a Tom King a resolver el misterio de la herencia.

Cada uno de los hermanos tenía en la buhardilla un maletín que aquel día bajaron, desempolvaron y abrillantaron. Luego cada uno de los niños sacó de los armarios sus ropas y neceseres de aseo.

Pete y Ricky acabaron los preparativos en seguida y salieron de la casa mucho antes de que las niñas hubieran terminado.

—Vamos a decir a nuestros amigos que nos vamos de viaje —propuso Ricky.

Montados en sus bicicletas, los chicos se dirigieron primeramente a casa de Dave Meade.

—¡Qué suerte! —les dijo Dave—. ¿Me enviaréis una postal desde Orient Harbor?

—Claro. Y a lo mejor la firman Greg y Lisa —dijo Ricky.

—¡Será estupendo cuando proyecten la película en Shoreham! ¡No puedo imaginarme a mis amigos en la pantalla! —sonrió Dave.

—Pero lo más importante es resolver el misterio de Tom King —recordó Pete, añadiendo—: Dave, ¿querrás sacar por el lago nuestro clíper, mientras estemos nosotros fuera?

A Dave le entusiasmó la idea y prometió cuidar de la singular embarcación.

La segunda visita la hicieron los niños a la casa de Jeff y Ann Hunter. Los Hunter estuvieron muy contentos al enterarse de la

buena suerte de los Hollister. Cuando volvían a casa, Pete y Ricky se encontraron con Joey y Will que estaban tirando piedras a una ardilla que se encontraba en un árbol.

—¿Se lo decimos? —cuchicheó Ricky, hablando con su hermano.

—Pasemos de largo —aconsejó el mayor.

Pero sin darles tiempo a alejarse, Will les gritó:

—A nosotros no tenéis que decírnoslo. ¡Lo sabemos todo!

—Sí. Habéis ido contando a todo el mundo que vais a ser actores —dijo, burlón, Joey—. ¡Bah! ¡No me lo creo!

—Pues vamos a serlo —declaró Ricky, enardecido—. Nos vamos a Orient Harbor para trabajar con Lisa y Greg.

—¡Eso es lo que os imagináis, idiotas! —gritó Will.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pete.

Joey, provocativo, masculló:

—Me apuesto un rabo de ardilla vieja a que nunca llegáis allí.

—Vámonos —dijo Pete, hablando con su hermano—. No discutamos con ellos.

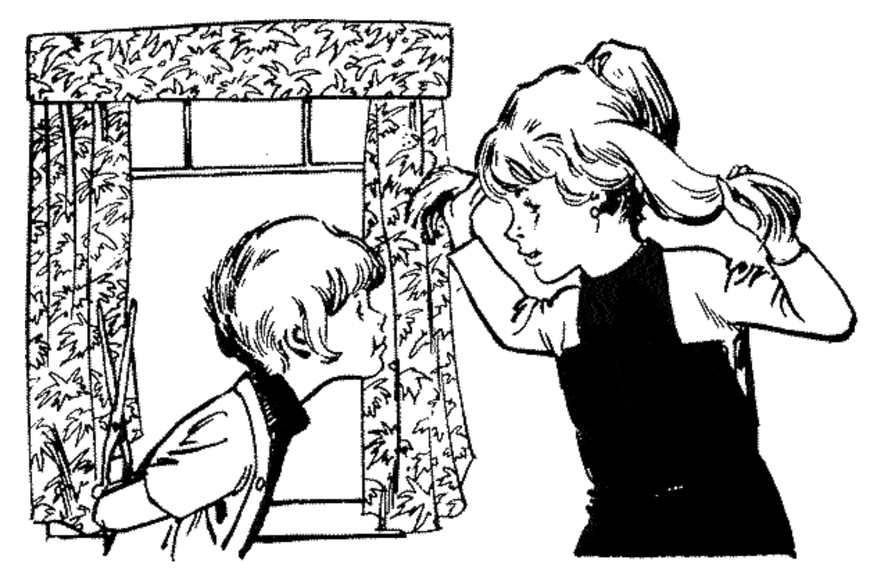


Como durante la tarde tuvieron mucho que hacer, los Hollister se olvidaron pronto de los dos camorristas. Hubo que ir de compras al centro de la población. Sue necesitaba un traje de baño nuevo, Pam y Holly, pantalones cortos, y los dos muchachos adquirieron camisas blancas.

Después de la cena, la señora Hollister comentó:

—Creo que, por fin, estamos preparados para nuestro viaje a Orient Harbor.

—Ya os he pedido las reservas para el coche cama —dijo el señor Hollister, y añadió que había tenido la suerte de conseguir dos compartimientos.



—Bastará para divertirnos —opinó Ricky.

Al pelirrojo le gustaba viajar en tren. Durante un viaje al Canadá se había perdido y su madre le encontró en la cocina, ayudando al cocinero.

Aquella noche, mientras Pete y Pam ayudaban a fregar la vajilla de la cena, Holly hizo señas a Sue para que la siguiera.

—Vamos arriba. Tengo que hablar contigo —dijo Holly.

Las dos niñas subieron a la habitación de la mayor que, retorciéndose las trencitas, preguntó a Sue:

—¿Qué te parece mi peinado?

—Es muy bonito —opinó la chiquitina—. ¿Por qué?

—¿No crees que me sentaría mejor el cabello corto? —preguntó Holly, levantándose las trenzas hasta la coronilla—. ¿Cuándo se ha visto una estrella de cine con trenzas?

La pequeñita, que consideraba que todo lo que Holly decía era la pura verdad, estuvo de acuerdo con su hermana. Pero preguntó, extrañada:

—¿Cómo vas a tener trenzas y pelo corto, a la vez?

—Me cortaré las trenzas.

—¡Ooooh! ¿Qué dirá mamá?

Holly contestó que Pam antes también llevaba trenzas y se las cortó.

—Y mamá me cortó un trocito de cada trenza y no ha pasado nada.

—¿Y te vas a cortar tú sola el pelín?

—No. Me lo cortarás tú.

—¡Qué bien! Me gusta cortar el pelo —confesó la pequeñita, que no había vuelto a hacer de peluquera desde que cortó las trenzas a su muñeca.

—Iré a buscar las tijeras —se ofreció Holly.

Fue a la habitación de su madre y volvió con un par de gigantescas tijeras.

—Creo que con esto podrás cortarlas bien.

Holly se arrodilló en el suelo y mostró a su hermana por dónde, exactamente, debía cortar.

—¿Por aquí? —preguntó la pequeña, abriendo las tijeras.

—No. Un poco más arriba.

En aquel momento, desde el pie de las escaleras, Pam preguntó:

—Holly, Sue… ¿Dónde estáis? Voy a leeros un cuento antes de irme a dormir.

—Estamos aquí —repuso Sue.

—Estáis muy calladas. ¿Qué hacéis?

—Voy a cortar el pelín a Holly.

—¿Cómo?

Pam subió las escaleras de dos en dos y entró como una flecha en la habitación de Holly.

—¿Cortar las trenzas? ¡No! ¡No!

Pam cogió las tijeras de manos de Sue en el último instante.

—Pero tengo que parecer una señora, si quiero ser actriz —se lamentó Holly.

La señora Hollister, que había subido al oír las exclamaciones, quedó aterrada al saber lo que había estado a punto de ocurrir.

—Además, Holly —dijo—, si vas a intervenir en una película de otras épocas necesitarás tus trenzas.

—Claro que sí —dijo Pam—. Todas las niñas llevaban trenzas, en la época de los navíos clíper.

Mientras una parte de la familia se ocupaba en convencer a Holly de que debía conservar sus hermosas trenzas, en la puerta sonó el timbre y Pete salió a abrir. Un muchacho uniformado le

entregó un telegrama. Después de firmar, Pete llamó a los demás. Tras abrir el telegrama, dijo:

—Va dirigido a la familia Hollister.

De pronto el muchachito dejó escapar una exclamación de infinito asombro.

—¿Qué ocurre? —preguntó la madre, bajando ya con las niñas.

—Escuchad —dijo Pete, en tono desencantado—. «Innecesario venir Orient Harbor. Extras ya contratados trabajo». Firmado: Gregory.

UNA CURIOSA EQUIVOCACIÓN



Al oír el contenido del telegrama, a Holly le saltaron las lágrimas.

—¡Yo… yo quería ser actriz! —murmuró, con un hipido.

—¡Y yo! —declaró Sue, mientras empezaban a rodar gruesos lagrimones por ambos lados de su naricilla.

Incluso a Pam se le humedecieron los ojos y la señora Hollister hizo lo que pudo por consolar a sus hijos.

—Todos tenemos desengaños, hijos.

Pete, que estaba leyendo nuevamente el telegrama, gritó de pronto:

—¡Eh! ¡Mirad! ¡Mirad esto!

Al hablar señalaba una de las primeras líneas del telegrama, en la que se leía: ¡Shoreham! En ningún trecho del telegrama se mencionaba Harbor.

—Entonces es que ha sido enviado desde esta misma ciudad —dijo Pam, secándose los ojos.

—¡Es verdad! Ha sido una burla.

—¿Quieres decir que es una broma? —preguntó, ansiosamente, Holly.

—Sí. —Y entornando los ojos, Pete respiró profundamente y afirmó—: Ya sé quién ha hecho esto. ¿Te acuerdas, Ricky, de que Joey nos dijo que no iríamos nunca a Orient Harbor? Yo creo que ha sido él quien ha enviado el telegrama.

—Entonces, ¿podremos seguir siendo artistas? —tartamudeó Sue.

—Sí, hijita —sonrió la madre.

Pero, para estar seguros de que no se equivocaban, Pete telefoneó a la oficina de telégrafos, donde les dijeron que el mensaje había sido enviado desde la ciudad. Pero el empleado que lo expidió no estaba de turno a aquellas horas.

—Pasen por aquí mañana y él les informará mejor —les dijeron.

A la mañana siguiente, después del desayuno, Pete fue al centro de la ciudad con su padre, que detuvo la furgoneta en la oficina de telégrafos, de camino a su tienda. El empleado explicó que había cogido el telegrama de dos muchachos que dijeron, claramente, que se trataba de una broma.

—Decían que iban a reírse mucho, con esto.

Cuando el empleado describió a los dos chicos, Pete tuvo la seguridad de que se trataba de Joey Brill y Will Wilson.

—Pues van a ser ellos los que se lleven un desengaño —dijo Pete—, porque nosotros vamos a ir, de todos modos, a Orient Harbor y trabajaremos en el cine.

El empleado se despidió, deseándoles buena suerte.

Aquella tarde, Pete envió a Tom King un telegrama, anunciándole la hora de llegada, y luego el señor Hollister llevó a su familia en la furgoneta, a la estación. Mientras «Zip» daba, desde el andén, los últimos ladridos de despedida a sus amos, los niños sacudieron alegremente los brazos por las ventanillas del coche-cama.

—¡Canastos, ya nos vamos a Orient Harbor! —gritó Ricky, entusiasmado.

Pronto, mientras el tren aumentaba de velocidad, en dirección a la costa, Shoreham desapareció de la vista. Los espaciosos compartimientos de los Hollister estaban uno al lado del otro, en un largo pasillo del vagón. Después que un mozo les colocó debidamente los equipajes, la señora Hollister decidió llevar a sus

hijos a tomar refrescos y pastelillos. De modo que todos salieron al coche-bar, situado en el centro del convoy. Allí había cómodos asientos y ventanas muy amplias.

Pronto los Hollister estaban saboreando sus refrescos, mientras contemplaban el paisaje.

—Creo que voy a escribir una nota a papá —dijo Pam.

Al cabo de un momento, se dirigió a una mesita escritorio que había visto al fondo del coche y, tras elegir una postal que hacía propaganda de la compañía ferroviaria, escribió unas palabras a su padre.

Al coger el secante, Pam ojeó las letras que aparecían en su superficie.

«Esto parece nuestro nombre», pensó la niña, extrañada.

Después de echar la postal en el buzón del tren, Pam cogió el secante y se lo mostró a su madre.

—¿Me dejas que lo mire en el espejo de tu bolso? —pidió.

La señora Hollister le dio el espejo y Pam colocó delante el secante.

—¡Sí! ¡Dice Hollister! —murmuró la niña, muy nerviosa—. ¿Crees que nos ha escrito alguien desde el tren?

—¿Qué otras palabras se leen? —preguntó la madre, mientras los demás niños escuchaban atentamente.

Aunque las otras palabras no se veían con claridad, después de estudiarlas atentamente, Pam estuvo a punto de gritar de sorpresa. Había podido descifrar la frase: «Planes estropeados por Hollister, pero…».

—¡En el tren hay alguien que es enemigo nuestro! —dijo inmediatamente, Pete.

La madre estuvo de acuerdo en que era eso lo que parecía indicar lo que se leía en el secante.

—Pero puede haber sido escrito ayer o anteayer —añadió.

—Vamos a mirar por todos los vagones —propuso Ricky.

La señora Hollister dio permiso a los mayores piara que lo hicieran, diciendo que ella les esperaría con Sue, en aquel vagón.

—Pero tened mucho cuidado y no cometáis equivocaciones —advirtió, cuando sus hijos salían.

Pete caminaba delante, e iba abriendo las puertas a sus

hermanos. Fueron pasando de un vagón a otro, pero no se veía por ninguna parte al señor Barrow. Cuando llegaron al vagón delantero, el revisor se fijó en ellos y les preguntó:

—¿Estáis buscando a alguien?

—Sí —repuso Pete—. A un hombre que se llama Barrow.



—Nadie ha hecho reserva de billete a ese nombre —dijo el revisor, sonriendo—. Espero que tengáis suerte.

Los niños volvieron con su madre, que les preguntó:

—¿Habéis averiguado algo?

Pete movió de un lado a otro la cabeza.

—Pero ahora buscaremos en los vagones de detrás —dijo.

Y los cuatro hermanos se marcharon de nuevo, para reanudar la búsqueda. Por los pasillos sufrían constantes sacudidas y resbalones a causa de la mucha velocidad que llevaba el tren. Pronto llegaron al coche-restaurante. Pete abrió la puerta y todos entraron. Al momento Pam cogió por el brazo a su hermano, murmurando:

—¡Mirad al fondo del coche!

Los Hollister quedaron inmóviles, mirando fijamente a un hombre sentado de espaldas a ellos. Llevaba una chaqueta a cuadros y tenía el cabello rubio y escaso.

—Sí, sí —afirmó Ricky, en un cuchicheo—. Es el señor Barrow.

—¿Qué hacemos? —preguntó Holly.

—Yo le sujetaré —decidió Pete—. Y si intenta escaparse, vosotros me ayudáis.

Los camareros, colocados en sus puestos, en uno y otro extremo del vagón, miraron con curiosidad a los cuatro niños que avanzaron muy decididos por el pasillo. Pete se detuvo un momento a poca distancia del hombre con la chaqueta a cuadros. Luego, haciendo acopio de valor, dio un paso más y cogió al hombre por un brazo.

—¡No intente huir, señor Barrow! —dijo con voz tremebunda.

El hombre se volvió, con una expresión de infinita sorpresa en su rostro de pómulos altos. Mientras los niños le miraban, tan perplejos como él, el hombre les dijo amenazadoramente:

—Habéis cometido un error.

Pete se puso rojo como un pimiento morrón.

—Lo sentimos mucho, señor —balbució.

Viendo la confusión, un camarero se acercó a toda prisa, Pete, torpemente, le explicó que estaban buscando a un delincuente. El desconocido dijo:

—Todos cometemos equivocaciones alguna vez, pero os aconsejo que seáis más diplomáticos durante esa búsqueda que estáis llevando a cabo.

El camarero rió entre dientes, y pronto los Hollister le imitaron, dándose cuenta de lo cómica que había resultado su equivocación.

—Pero tendremos que ser más precavidos —reflexionó Pete—. Si vuelve a ocurrir otra cosa así, pueden echarnos del tren.

Los pequeños investigadores estaban ya muy desilusionados cuando llegaron al penúltimo coche sin haber encontrado al señor Barrow. Desde que se equivocaron de persona en el vagón-restaurante, no habían vuelto a ver a nadie que tuviera el menor parecido con el hombre que buscaban.

Cuando entraron en aquel vagón, Pam cuchicheó:

—Veo un hombre rubio en los asientos centrales.

—Yo me acercaré primero a ver —decidió Pete.

Sus hermanos se quedaron detrás, mientras Pete se aproximaba con lentitud por el pasillo. ¡Si el hombre volviera un poco la cabeza, Pete podría verle bien! Pero el hombre rubio parecía empeñado en hundir la cabeza en el periódico.

Y Pete tuvo que colocarse a su lado para poder verle bien la cara. En ese momento, el sospechoso levantó la cabeza, vio a Pete y dio un grito de alarma.

—¡Señor Barrow! —exclamó Pete.

Sin decir una palabra, el señor Barrow se puso en pie de un salto y dio un fuerte puñetazo al muchachito. Pete se vio lanzado de espaldas al otro lado del pasillo y aterrizó en el regazo de una señora que iba leyendo una revista.

—¡Dios me ampare! —gritó la señora, ayudando en seguida a Pete a levantarse.



Entre tanto, Pam, Ricky y Holly habían echado a correr por el pasillo, detrás del señor Barrow, que ya estaba abriendo la puerta del fondo del vagón.

—¡Deténganle! ¡Es un ladrón! —gritó Pam.

Todavía estaban los niños corriendo hacia el fondo del vagón, cuando se oyó un fuerte chirrido de frenos. ¡El tren se estaba deteniendo! Quedó parado con tanta brusquedad, que los Hollister

se vieron lanzados hacia delante y se dieron un tremendo batacazo.

—¿Por qué nos detenemos? —preguntó Pam, un poco atontada por el golpe.

—El señor Barrow ha debido de tirar del freno de alarma —dijo Pete.

Ya todos de pie, los niños volvieron a correr hacia el estribo. Al entrar en el último vagón miraron a su alrededor. Pero el señor Barrow no estaba por ninguna parte.

—¡Por allí va! —anunció Ricky, señalando hacia la ventanilla.

Durante unos momentos, corriendo entre los matorrales, paralelamente a las vías, todos pudieron ver a un hombre que desapareció a los pocos momentos.

—¡Hay que atraparle! —dijo Ricky, apremiante.

—No puede ser. El tren se iría sin nosotros —hizo notar Pam.

En aquel momento entró en el vagón el revisor, preguntando:

—¿Qué ocurre aquí? ¿Quién ha tocado el timbre de alarma?

Los Hollister le contaron lo que ocurría y el revisor quedó extrañadísimo.

—Ahora no podemos detenernos para buscarle —dijo—. Pero informaré sobre ese señor Barrow en la estación más próxima.

El hombre dio la señal y el tren volvió a ponerse en marcha.

Al volver a lo largo de los pasillos de cada vagón, los viajeros detenían a los Hollister para preguntarles a quién perseguían. Cuando llegaron al vagón-bar, la señora Hollister, que se estaba secando el vestido, empapado de bebida, quiso saber por qué el tren se había detenido de manera tan brusca. Quedó asombrada al enterarse del motivo y al darse cuenta de que la deducción de sus hijos respecto al señor Barrow había sido acertada.

—Si ese hombre va a Orient Harbor tendremos que estar muy alerta —dijo, añadiendo que avisarían a la policía tan pronto como llegaran.

Al cabo de un rato los Hollister pasaron al coche-restaurante, para cenar. También el camarero quedó perplejo al enterarse de que los niños habían descubierto al falso empleado de la firma cinematográfica.

Cuando volvieron a sus compartimientos, los Hollister notaron que el rítmico «ta-ca-tá» de las ruedas sobre los raíles les producía

sueño y no tardaron en acostarse. Pero se levantaron al oír el primer aviso para el desayuno, y fueron en seguida al restaurante.

—Ya estamos muy cerca de Boston —advirtió la señora Hollister.

Otra vez en su compartimiento, los niños contemplaron ávidamente el paisaje. Muy pronto el tren llegó a la ciudad y redujo la marcha.

—¡Estación Norte! ¡Estación Norte! —anunció un empleado del ferrocarril.

—¡Ya hemos llegado! —exclamó Pete, nerviosísimo, mientras el empleado acudía a abrir las portezuelas.

Pete fue el primero en saltar al andén para ayudar a su madre y sus hermanos a bajar.

—¡Ahí está Tom King! —anunció, con entusiasmo, Ricky, mientras el hawaiano se acercaba a saludarles.

—Ya sabía yo que volveríamos a verle —exclamó Holly.

Sue corrió para abrazar al joven Tom.

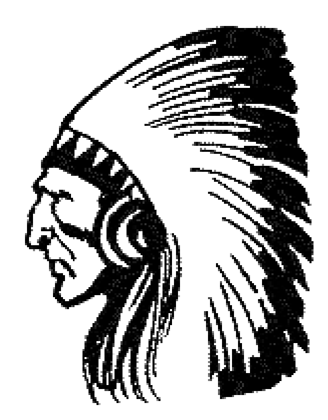
—¿Es que no le alegra vernos? —preguntó, entonces, Holly, viendo la cara de preocupación del hombre.

—Claro que me alegro —contestó Tom King, esforzándose por sonreír—. Pero he tenido malas noticias.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntaron todos a coro.

—Hay otra persona que afirma tener los derechos sobre la herencia.

TÉ AL AGUA



El encuentro con Tom King, que pudo haber sido tan alegre, resultó muy triste a causa de aquella noticia. El saber que alguien quería apoderarse de la parte de la herencia que le correspondía a su amigo, indignó a los hermanos Hollister.

—¿Cómo puede haber una persona tan malísima? —preguntó Holly.

—¿Y quién es esa persona? —indagó Pete, furioso.

Tom King repuso que no conocía a aquella persona, pero que el albacea testamentario había dicho que el hombre poseía los dibujos originales del «Jefe Alado».

—¡Pero si se los robaron a usted! —dijo Pam, en tono de protesta.

—Es verdad, pero ¿cómo voy a demostrarlo? —contestó Tom, moviendo tristemente la cabeza.

—No se preocupe —murmuró Pam, compasiva—. El diario del clíper aún no ha sido encontrado y, además, no debe usted olvidarse del pendiente de su abuela, que hace juego con su aguja de corbata.

—Ésa es una posibilidad muy lejana —objetó el hawaiano—. Pero vosotros sabéis dar ánimos. ¡Los Hollister no os dais fácilmente

por vencidos!

—Y usted tampoco debe hacerlo —aconsejó Pam—. Nosotros nos encargaremos de buscar pistas, mientras estemos en Orient Harbor.

Tom les dijo que debían esperar dos horas hasta que llegase el tren que debía llevarles a la costa. La señora Hollister opinó que en ese tiempo no tenían posibilidad de hacer ninguna visita de interés por Boston, de modo que darían un paseo de una hora en coche. Luego, regresaron a la estación, en cuyos alrededores había muchas tiendas pequeñas que atraían a los niños.

Mientras caminaban, mirando escaparates, Ricky dio un tirón a Holly, cuchicheando:

—Tengo una idea.

Y llevándose aparte a la niña le contó su plan al oído.

—¡Sí, sí! ¡Es estupendo! —asintió Holly, entusiástica—. Igual que en la antigüedad.

Holly tenía la costumbre de llamar «antigüedad» a todo lo que podía haber sucedido desde la infancia de sus padres hasta los primeros pobladores de la tierra. Ahora Ricky la corrigió, diciendo:

—Querrás decir igual que en la época colonial.

—Eso es lo mismo —rió la pequeña—. Vamos a hacerlo. Pero tendremos que darnos prisa.

—Antes tendremos que comprarlo.

—¿Dónde lo encontraremos? —preguntó la niña.



—En frente de la estación he visto algunas tiendas. Vamos a preguntar.

Sin que el resto de la familia se diera cuenta, Ricky y Holly pasaron bajo una arcada lateral de la estación. Luego, cruzaron la calzada y empezaron a buscar en los escaparates lo que deseaban.

—No he visto ninguna tienda de comestibles —declaró Holly, cuando hubieron recorrido una manzana.

—Me parece que estoy viendo una al final de la calle. Vamos.

Tomando a su hermana de la mano, Ricky abrió la marcha por la transitadísima acera, hasta que llegaron a una pequeña tienda de legumbres.

—¿Tienes bastante dinero? —preguntó Holly, a su hermano.

El pecoso hizo tintinear las monedas de su bolsillo.

—Claro —dijo—. Y ¿verdad que va a ser divertido hacer lo mismo que hacían los colonos?

—Sí. Muy divertido.

Los niños desaparecieron en la tienda, volviendo a salir a los pocos minutos, cargados con una bolsa.

—No podemos ir allí solos —opinó Holly, que estaba mirando la hora en el reloj de un escaparate.

—Tenemos tiempo.

—De todos modos, deben acompañarnos mamá o Tom.

—Está bien —accedió Ricky—. Volveremos a la estación.

Pero después de recorrer toda una manzana de casas no vieron por ninguna parte la Estación Norte.

—Si estaba aquí, hace unos minutos —dijo Ricky, rascándose el alborotado cabello, mientras volvía la cabeza a uno y otro lado.

—No ha podido marcharse —razonó Holly.

—Entonces, ¿dónde se ha metido? Puede que hayamos pasado dos manzanas de casas, en lugar de una. Vamos, Holly. Sígueme.

Pero después de haber dejado atrás tres bocacalles, los niños siguieron sin encontrar la estación. Continuamente pasaban coches y camiones por la calzada y aquel ambiente ruidoso y desconocido empezó a despertar serias inquietudes en Holly. Mientras se retorcía nerviosamente una de las trencitas, levantó la cabeza y leyó el nombre de la calle:

—Comercial Street.

—Desde luego, por esta calle tiene que llegarse a la estación —afirmó Ricky, dándoselas de entendido.



—¿Cómo lo sabes?

—¿Vas a decirme que en la estación no había comercios?

Esta respuesta dejó satisfecha a Holly durante un rato. Pero no tardó en murmurar:

—Creo que nos hemos perdido, Ricky.

—Yo… Yo también lo creo —admitió su hermano, de mala gana —. Preguntaré a alguien cómo podemos volver a la estación.

Pero aún no le había dado tiempo de acercarse a nadie, cuando Holly exclamó:

—¡Mira allí, Ricky! La orilla del agua. ¡Vamos, vamos!

Los niños echaron a correr, pasando ante una serie de almacenes, dedicados a la venta de artículos navieros, hasta llegar a un muelle paralelo a la calle. Se acercaron y miraron abajo.

—Es el puerto de Boston —dijo Ricky, risueño—. ¿Lo hacemos ahora?

—Sí, sí —concordó Holly.

Su hermano abrió la bolsa y de ella sacó un bote de té. Quitó la tapa y echó un poco del contenido en la mano de su hermana.

—¿Estás preparada? —preguntó Ricky.

—Sí.

Los dos niños arrojaron varios puñados de té en las aguas del puerto de Boston.

—Igual que hacía la gente de hace mucho tiempo —dijo Holly.

Ricky se llevó la mano a la boca y dio un penetrante grito indio.

—¡Ahora podremos decirles a nuestros amigos que hemos echado té en el puerto de Boston! —exclamó, lleno de orgullo.

Estaba mirando a su alrededor cuando le llamó la atención un escaparate donde se veían faroles y otros artículos para barcos. Pero lo que más le interesó fue una figura de indio, tallada en madera, colocada en el umbral de la puerta.

—Vamos a ver —propuso, tirando de la mano de su hermana.

Los dos cruzaron la calle y levantaron la cabeza para contemplar la figura de madera.

—Te apuesto algo a que es un mascarón —dijo Holly.

—Vamos a preguntarlo —decidió el pecoso.

Entraron en la tienda, donde el dependiente les dijo que la figura procedía de un viejo clíper. Pero, cuando los niños preguntaron el nombre del navío, les contestó que no lo sabía.

Estaban a punto de salir de la tienda cuando a Holly se le ocurrió mirar el reloj y gritó, alarmada:

—¡Ricky, ya es casi la hora de tomar el tren!

—Vamos a tener que correr un poco.

—Puede que se marchen sin nosotros —murmuró la niña, muy preocupada.

Al oír la conversación de los pequeños, el dependiente preguntó:

—¿A dónde queréis ir?

—A la Estación Norte.

El hombre les explicó por dónde debían ir y sugirió que, si tenían prisa, lo mejor sería que tomasen un taxi. Ricky le dio las gracias y salió a toda prisa, seguido de Holly.

—Pero no tenemos dinero para el taxi —se lamentó Holly, con la carita bañada en lágrimas.

—Pues no hay más remedio que ir corriendo —decidió el niño —. Probemos a ir a toda marcha.

Los dos emprendieron la carrera por la acera, deslizándose veloces entre los peatones. No habían recorrido más que una manzana cuando sonó una estridente sirena.

—¡Los bomberos! —exclamó Ricky, mirando a su alrededor.

—No podemos pararnos a mirar —dijo, sensatamente Holly, tirando de la mano del chiquillo—. ¡Vamos, Ricky! ¡Date prisa!



Pero, cuando una sirena sonó muy cerca, Ricky se detuvo, a pesar de todo, para ver de qué se trataba. No eran los bomberos, sino un coche de la policía lo que se acercaba y se detuvo ante los dos hermanos. El conductor, un policía de cara atractiva, que hablaba con acento irlandés, les preguntó:

—¿Sois vosotros Ricky y Holly Hollister?

—Sí… Sí —contestó Holly, quedando con la boca abierta—. ¿Cómo lo sabe?

—Toda la fuerza policial de Boston os está buscando —contestó el hombre—. Vamos. Subid conmigo.

Los niños entraron en el coche y el policía reanudó la marcha, haciendo sonar la sirena. En seguida, cogió el micrófono de la radio y dijo:

—Coche 34 llamando a comisaría. He encontrado a los Hollister. Les llevo a la estación Norte.

Unos minutos más tarde el coche se detuvo, con gran chirrido de frenos, delante de la Estación Norte y los niños bajaron, para correr junto a su madre, que esperaba en la acera.

—Nosotros no queríamos perdernos —se disculpó Holly, con lágrimas en los ojos.

—Hemos echado té en el puerto de Boston, como en las épocas coloniales —explicó Ricky.

La señora Hollister se sentía tan feliz con haber encontrado a sus hijos que no les reprendió. Simplemente dio las gracias al policía, que saludó cortésmente y se marchó. En seguida, la madre y los dos pequeños corrieron a la estación, donde aguardaban Tom King y los otros niños.

—De prisa. Nuestro tren saldrá dentro de un minuto —dijo el hawaiano.

El grupo atravesó la estación a la carrera y llegó al andén donde su equipaje estaba colocado junto al estribo de un vagón. En cuanto un mozo les hubo subido las maletas, los Hollister y Tom King entraron a toda prisa.

—¡Caramba! ¡Creí que no llegábamos a tiempo! —exclamó Tom, sacando un pañuelo para enjugarse la frente.

—Creo que nosotros hemos encontrado una pista que puede ayudarle —dijo Holly—. Está cerca del puerto.

Explicó cómo habían estado viendo un mascarón indio y añadió:

—A lo mejor es el mascarón de «Jefe Alado».

Pete hizo chasquear los dedos, diciendo:

—¡Zambomba! ¿Creéis que debemos volver a preguntar?

—Ahora no, hijo —sonrió la señora Hollister—. No quiero perderos a todos.

Los demás se echaron a reír. Luego se sentaron cómodamente para gozar de su viaje a Orient Harbor. Pero Pam seguía pensando en la noticia del mascarón indio. Y decidió que si, por casualidad, volvía a Boston durante las vacaciones, iría a hacer preguntas al

dueño de la tienda.

Los niños estuvieron muy entretenidos contemplando las extensiones bañadas por el agua del mar. Antes de transcurrida media hora el tren se detuvo en una pequeña y atractiva estación. En un letrero se leía: «Orient Harbor».

—¡Ya hemos llegado! ¡Ya hemos llegado! —gritó Ricky, saltando de su asiento.

—Creí que sería un lugar más grande —dijo Pete, mientras descendía.

Al momento, un hombre barbudo y una hermosa señora acudieron a saludarles.

—¡Hola! Nos alegra mucho volver a veros —dijo Lisa Sarno, mientras Gregory Grant besaba a Sue y estrechaba la mano al resto de los Hollister.

Después de recogidos los equipajes, Gregory dijo:

—Vamos por aquí. Tenemos un limousine esperando.

Un chófer apiló las maletas en el guardaequipajes del vehículo y todos entraron. Pete y Ricky se sentaron junto al conductor.

Pam y Holly ocuparon los dos sillones plegables, y detrás se instalaron los adultos, Sue se sentó en las piernas de Greg.

—Tenemos una sorpresa para vosotros —dijo Lisa, durante el trayecto.

Cuando los niños, muy intrigados, preguntaron de qué se trataba, Lisa contestó que el guión había sido variado ligeramente, para incluir a los Hollister.

—¿Y sabéis lo que vais a ser en la película? —preguntó Greg.

—¿Piratas? —contestó, en seguida, Ricky.

—Nada de eso —dijo Lisa, riendo—. ¡Vais a ser los hijos del capitán del barco, en una escena muy importante!

MEDIO BARCO



Los niños prorrumpieron en exclamaciones de alegría. Pam dijo:

—Si nosotros vamos a ser hijos del capitán, ¿podemos saber quién será el capitán?

—Greg —contestó Lisa.

Sue abrió unos ojos como platos y abrazó al actor, diciendo:

—Éste es mi papá del cine.

Pero, a pesar de la alegría general, Tom King permanecía muy serio. Pam estaba segura de que le preocupaba algo más que el problema de la herencia, pero no quiso hacerle preguntas hasta más tarde.

A los pocos minutos el limousine se detenía ante un hotelito.

—Todos los actores están hospedados aquí —explicó Lisa.

—No es el mejor hotel del mundo —sonrió Greg, haciendo un guiño a los niños—. Pero resulta acogedor y confortable.

Cuando la señora Hollister hubo firmado en el libro de viajeros, un botones ya viejo, de poca estatura, con un descolorido uniforme, pero sin gorra, les condujo hasta un reducido ascensor. Era tan estrecho que sólo permitía la entrada de dos personas cada vez.

Después que el hombre les mostró cómo se ponía en

funcionamiento, la señora Hollister y Pam entraron en el ascensor. Pam oprimió el botón del tercer piso. Cuando el ascensor se detuvo, la niña abrió la puerta y ella y su madre salieron al pasillo. A los Hollister se les había reservado tres pequeñas habitaciones y un cuarto de baño.

Pam se echó a reír al ver la bañera. Era muy pequeña y se sostenía sobre cuatro patas.

—Debieron de construirla para un enano —dijo la niña.

Los demás niños llegaron pronto y la familia se instaló en su temporáneo hogar. Pero Pam pidió permiso para salir y bajó a hablar con Tom King.

—¿Por qué está usted tan desanimado? —le preguntó amablemente, seriándose con él en el sofá del vestíbulo.

—Me he quedado sin dinero para continuar mis pesquisas —dijo Tom, con los ojos fijos en el suelo—. La mala suerte me ha ido siguiendo desde el principio.

—Si lo que le preocupa son los bocetos, estoy segura que el estudio de Shoreham donde le hicieron las copias atestiguará que fue usted quien llevó los originales.

La niña volvió a prometer a Tom que los Hollister buscarían pistas del diario de a bordo, del «Jefe Alado» y también procurarían encontrar el pendiente que emparejaba con el que había sido de la abuela de Tom.

El hawaiano apoyó su mano en la de Pam, diciendo:

—Los Hollister tenéis una maravillosa amabilidad. Pero ya he tomado una decisión. Me voy para Hawaii mañana por la noche.

—¡Oh! ¡No puede usted hacer eso! —protestó Pam—. Puede que, sin saberlo, esté usted a punto de resolver el misterio.

Tom sonrió, diciendo que procuraría estar alegre el tiempo que iba a permanecer aún en Orient Harbor.

—A lo mejor mañana podremos divertirnos.

Luego se despidió para ir a la casa de huéspedes, de aquella misma calle, en donde tenía habitación.

A la mañana siguiente, después de desayunar en el comedor del hotel, Greg y Lisa se reunieron con los Hollister en el vestíbulo para presentarles al señor Powell, el director. Éste era un hombre de edad parecida a la del señor Hollister, con anchos hombros, cabello

ondulado y sonrisa afable.

—Celebro conocer a los Felices Hollister —dijo el señor Powell.

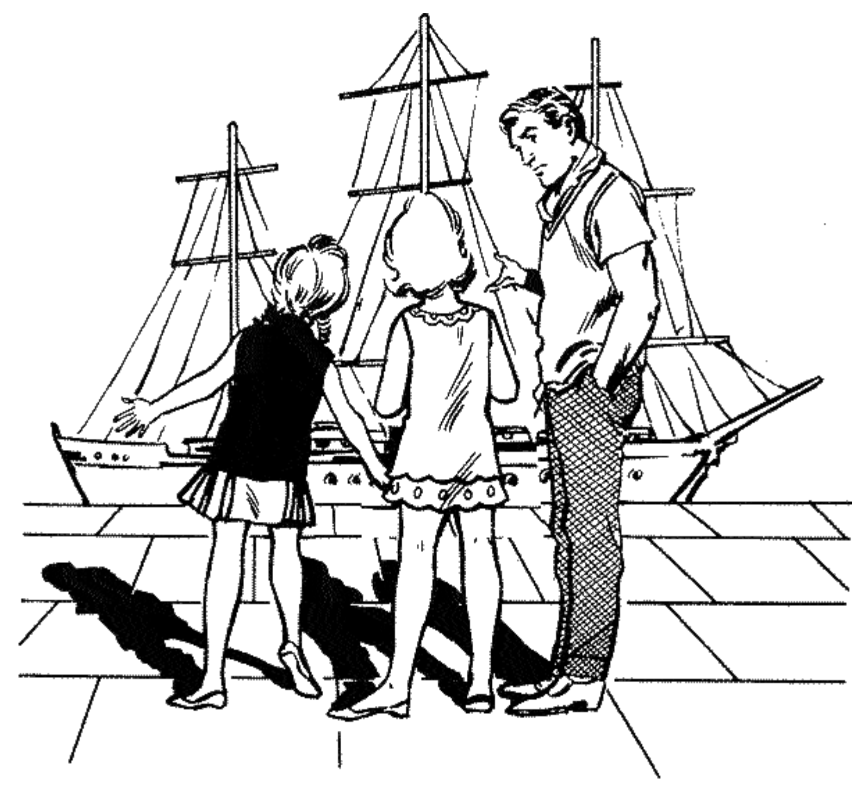
El director explicó que había preparado un plato nuevo para la película, en el embarcadero de Newman.

—Tiene todo el aspecto de un verdadero clíper.

El señor Powell llevó al grupo hasta el limousine, en el que se trasladaron al muelle. Éste era un brazo de tierra que se adentraba en el agua. Al fondo había un clíper.

—¡Qué precioso! —exclamó Pam.

—¡Un clíper verdadero! —dijo Holly, entusiástica—. ¿Navega?



El director sonrió, confesando:

—No. Es sólo un decorado.

Verdaderamente el lado del navío paralelo a tierra parecía un clíper.

—Pero es sólo medio barco. Al otro lado no hay nada.

—Entonces, ¿cómo van a hacer fotografías del clíper navegando

por el mar? —se asombró Ricky.

—Tenemos un clíper de juguete —explicó el señor Powell—. Está tan bien hecho que nadie notará la diferencia.

Los Hollister salieron del coche y se encaminaron al final del muelle, donde unos obreros daban los toques finales al decorado.

—Vosotros, niños, saldréis en dos escenas —dijo el señor Powell —. Y me gustaría que hoy, si es posible, ensayaseis vuestros papeles.

El director llamó a un ayudante para pedirle que llevase los guiones a los Hollister.

—Leedlos con atención —dijo a los niños.

Ayudados los más pequeños por la señora Hollister, los cinco niños leyeron con gran interés. Luego, el director explicó que la primera escena representaría el viaje inicial del «Jefe Alado». En ella Pam y Sue servían el té a su padre, el capitán, en cubierta.

—Los demás, entre tanto, os estabais divirtiendo —añadió—, porque la primera travesía de un navío es siempre una diversión.

—Aquí dice que yo estoy trepando por los mástiles —dijo Pete, con una sonrisa de satisfacción.

—Y yo asomo la cabeza desde un salvavidas —explicó Ricky.

El guión indicaba que Holly debía estar sentada sobre un cañoncito, a horcajadas, como si montase a caballo.

—Ensayaremos la escena sin vestuario —propuso el señor Powell.

Otro de los ayudantes marcó los trechos de cubierta en que debían situarse los actores. Mientras Greg representaba su papel de capitán de navío, los niños representaron sus escenas sin hablar.

Holly localizó el pequeño cañón y montó ágilmente en él, como si se tratase de un caballo sin domar. Pete trepó por un mástil y miró hacia la puerta, mientras Ricky se metía en una lancha salvavidas y atisbaba al exterior con ojos picaruelos.

Pam cogió una bandeja de plata, en la que iba una, tetera, lechera, azucarero y una tacita de porcelana. Tras subir por la escalera de la cámara, seguida de Sue, Pam se acercó al capitán Greg.

—Haced una ligera genuflexión —ordenó Powell.

Las dos niñas obedecieron, inclinándose con mucha gracia.

—Muy bien —aplaudió el director—. Lo que tenéis que decir es muy simple. Mientras ofrece el té al capitán, Pam dirá: «Es hora del té, padre». Y Sue tiene que añadir: «Té llegado de la China, por clíper». Bien. Ensayemos de nuevo.

Mientras las niñas subían a cubierta, en escena se presentó Tom King y, sin darse cuenta, las dos hermanas sé quedaron mirándole.

—¡Pensad en vuestro papel! —les advirtió el director—. ¡Mirad al capitán!

La repentina orden hizo estremecer a Pam y a Sue que, en lugar de acercarse lentamente, echaron a correr hacia Greg.

—Es hora del té, padre —dijo Pam, mientras ella y su hermana hacían una reverencia.

—Té llegado de clíper por la China —añadió Sue, con su cantarina voz.

Al momento, dándose cuenta de su equivocación, prorrumpió en risillas. Pam se volvió a su hermana para cuchichear:

—No hagas eso, Sue.

Pero también Pam estaba muy nerviosa y la bandeja se estremeció en sus manos. La tetera resbaló y Greg la cazó en el aire.

—¡Basta! —ordenó el director.

Sue se echó a llorar.

—Lo… lo he estropeado todo —murmuró mientras su madre acudía a consolarla.

—Eso nos sucede a todos más de una vez —afirmó el señor Powell, deseoso de tranquilizar a la pequeña—. Ahora probaremos otra vez.

Afortunadamente, en la segunda probatura la escena resultó perfecta.

—Dentro de un rato ensayaréis con el vestuario y ante las cámaras —dijo el director, añadiendo—: Como los decorados para la escena del salvamento no están completamente terminados, ¿os gustaría dar un paseo en la lancha salvavidas?

—¡Sería estupendo! —gritó alegremente Ricky, dando saltos sobre cubierta.

Pete bajó del mástil y se acercó a preguntar:

—¿Podemos utilizar esta lancha, señor Powell?

El director dijo que no, porque aquella lancha sólo era útil como

decorado.

—Pero hay otra embarcación amarrada en el muelle. Lleva un pequeño motor oculto, de modo que no tendremos que remar.

La señora Hollister dijo que ella prefería quedarse a conversar con Lisa y a contemplar otra de las escenas donde se veía el interior del camarote del capitán.

—No va ser muy auténtico —explicó la actriz—. En el camarote del «Jefe Alado» había una pintura mural, mostrando el veloz navío. Nadie ha podido encontrar el original, de modo que no tenemos una copia exacta.

Mientras Lisa seguía hablando con la señora Hollister, los niños, Tom King, Greg y el señor Powell, caminaron por el puerto hasta donde estaba amarrada la lancha, que se llamaba «Cisne».

—Yo cuidaré del motor —se ofreció Tom—. En mi tierra tengo una embarcación como ésta.

—Lo dejaremos en sus manos, patrón —bromeó el señor Powell mientras él y los demás saltaban a bordo.

El director dijo que le gustaría mostrar a los niños el otro lado del medio navío, en donde todavía estaban trabajando los carpinteros. Pete soltó la amarra y Tom King puso en marcha el motor. Con un suave runruneo, la embarcación se alejó del muelle.

—Podemos dar la vuelta alrededor del escenario —propuso el señor Powell.

Tom siguió su indicación y un momento después Holly exclamaba:

—¡Pero si por este lado no hay ningún barco!

Siguieron surcando las aguas, mientras Greg y el señor Powell explicaban a los niños cómo se construían los decorados de las películas. Muchas veces no eran más que grandes cuadros colocados al fondo. Luego, el director cambió de tema, diciendo:

—¿Qué os parece si damos un paseo alrededor del puerto?

—¡Estupendo! —aplaudió Pete.

El puerto tenía una media milla de anchura y sus orillas eran rocosas.

—Iremos hasta la boya y regresaremos, Tom —propuso el señor Powell, señalando un objeto que flotaba cerca de la salida del puerto.

La lancha salvavidas no era tan rápida como alguna de las motoras que los Hollister veían con frecuencia en el Lago de los Pinos, pero de todos modos, ¡qué divertido resultaba pasear en ella por el puerto! Varias motoras y barquitas de vela se cruzaron con el grupo y los niños saludaron alegremente a sus ocupantes, sacudiendo las manos.



Pronto llegaron a la boya que se balanceaba suavemente en el agua. Tom efectuó un viraje para iniciar el regreso. En aquel mismo momento, llegando del océano, una motora muy rápida avanzó directamente hacia ellos.

—¡Caramba! ¡Qué prisa tiene! —comentó Ricky.

—No debiera llevar esa velocidad por el puerto —opinó el señor Powell—. No es sensato, habiendo otras embarcaciones.

Pero la motora no redujo la marcha.

—¡Viene hacia nosotros! —anunció Pete, inquieto.

Durante un momento, todos los ocupantes del «Cisne» contuvieron la respiración, esperando que la otra motora se desviase a un lado. Pero la embarcación continuó en línea recta hacia ellos.

—¡Va a chocar con nosotros! —gritó Pam, aterrada.

Los demás niños estaban tan asustados que no pudieron decir una sola palabra.

Tom King hizo una maniobra, intentando apartar de aquel trecho al «Cisne». Y lo consiguió en parte. Pero la motora rápida, cuyo conductor iba agazapado sobre el timón, chocó con la popa del «Cisne».

Todos se tambalearon mientras la embarcación se inclinaba peligrosamente.

Los Hollister gritaron, mientras Tom, Greg y el señor Powell intentaban nivelar la embarcación.

Pero ya era demasiado tarde. Mientras la motora rápida volvía a tomar la dirección de alta mar, el «Cisne» quedó volcado y… ¡todos sus ocupantes fueron a parar al agua!

UN SORPRENDENTE DESCUBRIMIENTO



Pete fue el primero en salir a la superficie y vio que Holly y Ricky, mareados por el choque sufrido, se esforzaban por salir a flote sin conseguirlo.

—¡Atrapa a Holly! —dijo Pete a Pam, que ya nadaba hacia él.

Y mientras hablaba, el chico nadó en busca de Ricky. Entre tanto, Tom King, que también había emergido a la superficie, miraba a su alrededor. A cierta distancia vio a la pobre Sue que sacudía los brazos y escupía agua a más y mejor.

Con veloces brazadas, Tom llegó en seguida junto a Sue a la que subió sobre sus hombros, y nadó con ella hacia el «Cisne».

Llegó a la embarcación al mismo tiempo que Pete y Pam que llevaban a remolque a Ricky y Holly. Greg, entre tanto, seguía nadando en círculo y zambulléndose una y otra vez. Sacudiendo los brazos, gritó:

—¡Powell ha desaparecido!

Al instante, Tom se zambulló en el agua. Transcurrieron varios segundos, durante los cuales los niños levantaron la volcada embarcación y aguardaron, muy alarmados. ¿Dónde podía estar el señor Powell? La preocupación de los Hollister fue en aumento, al

ver que tampoco el hawaiano daba ahora señales de vida.

—Lleva un minuto sin salir —murmuró Pete—. ¿Cómo puede resistir tanto rato sumergido?

En aquel momento, Tom subió a la superficie, llevando al señor Powell, que estaba inconsciente, en dirección a la motora. Con ayuda de Greg y Pete, el señor Powell quedó tumbado en la embarcación. Tom saltó en seguida a bordo y empezó a practicar al hombre inconsciente, la respiración artificial. Pronto el señor Powell entreabrió los ojos y balbució:

—¿Dónde estoy?

—Está ya a salvo —le tranquilizó Pam—. Tom le ha salvado.

Una vez que el director estuvo fuera de peligro, todos alabaron al hawaiano por su heroico comportamiento.

—No ha sido nada —dijo Tom, avergonzado—. En Hawaii vivo prácticamente en el agua.

En seguida intentó poner la motora en marcha, pero el motor había quedado inutilizado.

—Tendremos que remar hasta la orilla —decidió, por fin, Tom, sacando del fondo de la embarcación los remos.



Él cogió uno y Pete y Ricky empuñaron el otro. Greg y los demás se ocuparon de que el señor Powell estuviese cómodo.

Tom preguntó si alguien había visto cómo era el conductor de la

motora rápida. Pero como el hombre había ido inclinado sobre el timón, nadie tuvo ocasión de verle bien.

—¿Por qué chocaría con nosotros, a propósito? —preguntó Pam.

Tom opinó que aquel hombre había tenido intención de herirle a él, para evitar que hiciese más esfuerzos por conseguir la herencia.

Holly anunció entonces que ella había podido ver muy bien cómo era la motora.

—Estaba pintada de blanco y tenía dos anclitas rojas en la proa.

—¡Buena chica! —aplaudió Tom—. Eso nos servirá para identificarla.

Cuando llegaron a la orilla, la señora Hollister y varios empleados de la firma cinematográfica acudieron a recibirles. Nadie había presenciado el accidente y todos quedaron muy sorprendidos cuando les contaron lo ocurrido.

Después que los niños saltaron a tierra, Greg y Tom ayudaron a salir al señor Powell, que ya se sentía mucho mejor.

—Nunca le agradeceré bastante el que me haya salvado la vida —dijo al hawaiano el director, que luego explicó que había quedado medio inconsciente a causa de la colisión y terminó por no poder seguir braceando en el agua. Se habría ahogado, de no ser por Tom.

—¿Querrá usted pensar en la posibilidad de trabajar en nuestra película, Tom? Tenemos una escena de salvamento para la que necesitamos un buen submarinista. Usted sería el hombre ideal.

Tom contestó que le entusiasmaría tener ese trabajo.

—Entonces, queda usted contratado desde ahora —dijo Powell.

El hawaiano sonrió ampliamente, explicando que ahora tenía la posibilidad de quedarse en Orient Harbor, cosa que entusiasmó a los niños Hollister.

El señor Powell reunió a sus empleados para decirles que los ensayos se suspenderían durante unos días, hasta que él se sintiera más fuerte. Pam cuchicheó al oído de Pete:

—Ahora tendremos tiempo de buscar pistas sobre la herencia.

—Mañana podemos ir al museo —propuso Pete.

A la mañana siguiente, mientras la señora Hollister se llevaba a los demás a visitar la población, Pete y Pam acudieron al museo. Buscaron al señor Dooley y se presentaron. El celador del museo pareció muy contento de conocerles. Cuando los niños le

preguntaron si tenía libros que hablasen de las últimas épocas de los navíos clíper, el celador replicó:

—Algunos tenemos. Venid conmigo.

Les condujo hasta una pequeña biblioteca y cogió un libro de una de las estanterías. Se titulaba «Últimos días de los navíos clíper».

¡Qué interesante era! Por aquel libro se enteraron los niños de que los clíper fueron utilizados durante muchos años y que hasta 1900 hubo uno que hacía la travesía de Italia a América del Sur. Pero los otros no fueron tan afortunados. Muchos naufragaron en el Cabo de Hornos. Otros se incendiaron. Por desgracia no había información escrita de lo que le había sucedido al «Jefe Alado».

—Me han dicho que los que están haciendo la película tampoco han encontrado información —dijo el señor Dooley—. ¿Queréis visitar el museo?

—Nos gustará mucho —contestó Pam.

El anciano celador fue acompañándoles de una a otra por todas las salas de exhibición, mostrándoles objetos marinos de la antigüedad, y preciosas miniaturas de navíos clíper. Luego les pasó a la sala polinesia, donde los dejó solos porque tenía que hacer.

—¡Qué sitio tan maravilloso! —exclamó Pam.

Aquella sala estaba llena de chucherías y curiosidades que los capitanes de navíos clíper habían llevado desde las Islas del Pacífico. Pam admiró los faldellines hechos con largas hierbas y las piezas de adorno, de complicada talla, mientras que a Pete le llamaron más la atención las espadas hechas con dientes de tiburón y los escudos usados por los nativos.

—¡Mira esto, Pete! —dijo Pam, al cabo de un rato, acercándose a una cara, tallada con rasgos grotescos, colocada sobre un pedestal.

Pete leyó la inscripción, hecha muy cerca de la base. Era un ídolo, tallado a mano por los nativos. Debajo, en letras más pequeñas, añadía: «Donación del capitán del "Jefe Alado"».

—¡Zambomba! Esto puede ser una pista importante —dijo Pete.

Como no se veía más información en el exterior de la figura, Pam propuso:

—Vamos a mirar debajo.

—De acuerdo. Yo inclinaré un poco la figura y tú miras.

Cuando Pete hizo lo que decía, Pam ahogó una exclamación de asombro. Debajo de la figura, con un tipo de caligrafía ahora pasado de moda, podía leerse: «El “Jefe Alado”. Orient Harbor 1849 Boston 1890».

Pete volvió a dejar la figura sobre su pedestal.

—Eso quiere decir que el clíper acabó yendo a parar al puerto de Boston —dijo el chico.

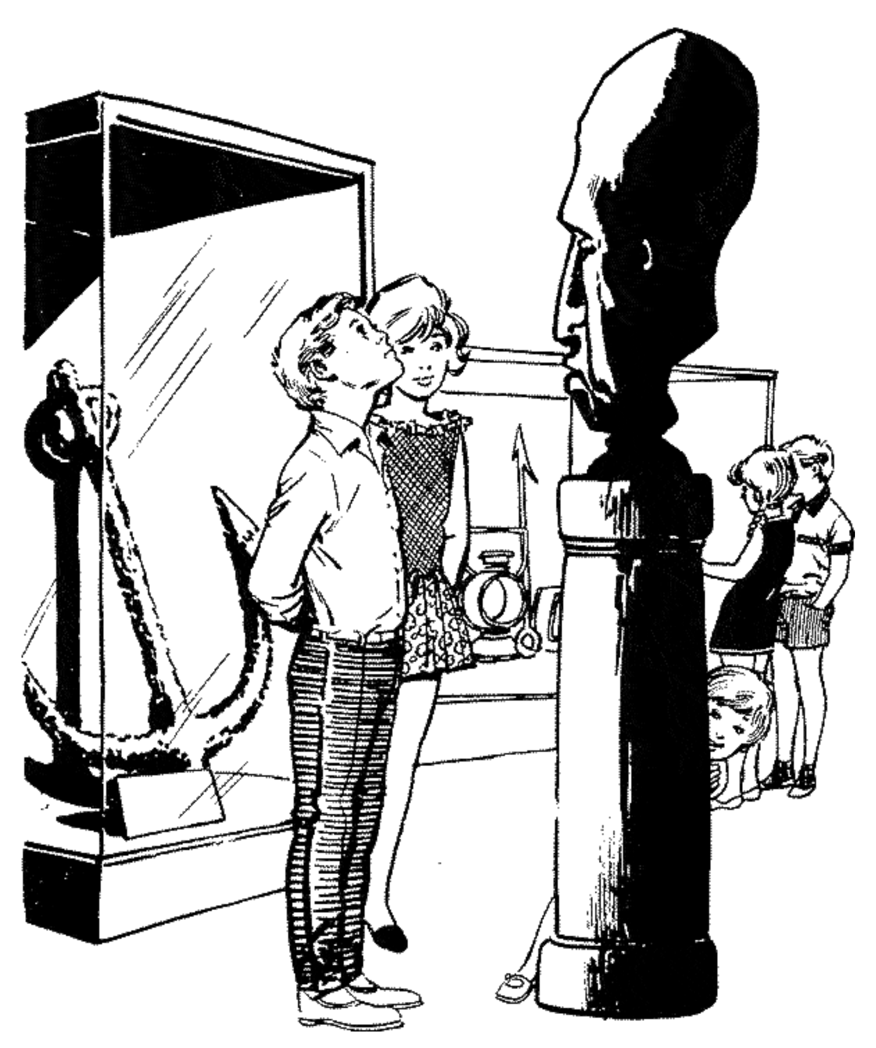
Los niños corrieron a contar al señor Dooley lo que acababan de descubrir.

—Huummm —masculló el celador—. Más de un clíper fue desmantelado en Boston.

—Esto podría ayudarnos a encontrar el diario de navegación del «Jefe Alado» —opinó Pam, nerviosísima.

El señor Dooley contestó afirmativamente, pero añadió que no había más de una posibilidad por cada mil de que aquel diario fuese hallado, después de tantos años.

Los dos hermanos regresaron al hotel. Su familia ya había regresado de su visita por la población.



—¡Tenemos que ir a Boston en seguida! —dijo Pam, explicando, luego, por qué motivo.

—Creo que debemos investigar empezando por el mascarón que vieron Ricky y Holly —opinó Pete.

La señora Hollister dijo a los niños que había prometido a Lisa acudir a la reunión de la sociedad histórica, aquella tarde.

—Pero tal vez a Tom le gustara acompañaros —sugirió.

Pam llamó a Tom por teléfono y el hawaiano dijo que le encantaría llevarles a Boston en el tren de aquella tarde.

A las tres estaban todos en la Estación Norte, encaminándose a

la tienda en donde estaba el mascarón.

—Nunca había jugado a detectives —bromeó Tom, mientras entraban en la tienda.

Pete preguntó al dependiente si el mascarón de la puerta había pertenecido al «Jefe Alado».

—Creo que sí —repuso el hombre.

—¿Sabe usted quién lo colocó ante esta puerta?

El dependiente no lo sabía, pero les dio las señas del dueño de la tienda para que fuesen a preguntar. Todos se encaminaron a aquellas señas. Sue iba asida a la mano de Tom. Cuando llegaron, salió a abrirles un hombre de mediana edad. Al preguntarle Pete por aquel mascarón, el hombre dijo:

—Para eso tendréis que ver a mi tío. Él se ocupó de desmantelar el «Jefe Alado».

—¡Pues debe de ser viejísimo, canastos! —exclamó Ricky.

El hombre contestó que así era:

—Tío Joe es uno de los hombres más viejos de Boston. Pero tiene buena memoria y le gustará responder a vuestras preguntas.

Después de darles las señas de una casita situada a una milla de distancia, el hombre despidió a los Hollister.

Salió a abrirles la puerta el mismo tío Joe.

—¡Caramba! ¡Visitantes jóvenes! ¡Celebro conoceros!

Cuando Pete le preguntó por el «Jefe», el viejecito dijo:

—Pasad y sentaos. Os contaré lo que sé.

Tío Joe les llevó al interior de su aseado y pequeño apartamiento. A los Hollister, aquel anciano les recordaba mucho al señor Sparr, de Shoreham. Tenía un barco en miniatura sobre la mesa y un gran timón sobre la chimenea.

Cuando Pam le dijo que estaban buscando el diario de navegación del «Jefe Alado», el anciano se llevó una mano huesuda a la cabeza casi calva.

—Mucha gente ha intentado localizarlo, pero no lo ha conseguido. El paradero del viejo diario de navegación es uno de los grandes misterios del puerto de Boston.

—¿Qué ocurrió con el barco? —preguntó Ricky.

Tío Joe dijo que el navío había sido desmantelado bajo su dirección y la madera se utilizó para construir un mercado de

pescado.

—¿Cerca de aquí? —preguntó Pete.

—A un trecho de aquí, a orillas del mar. A los clientes les gustaba aquel viejo cuadro.

—¿El del camarote del capitán? —se le ocurrió preguntar a Pam.

—Exacto. Lo colocaron en el fondo del mostrador del mercado y estuvo allí durante años.

—También estábamos buscando eso —dijo Pam.

—¿Podría usted llevarnos a ese mercado? —pidió Pete.

El anciano contestó que no podía salir de su apartamiento porque padecía artritis; pero dio a los Hollister y a Tom King la dirección del mercado.

—Muchas gracias —dijo Pete, al salir—. Iremos ahora mismo.

Tom tuvo dificultades para mantener a los niños a su paso, pues todos querían ir corriendo, para llegar cuanto antes al viejo mercado. Una manzana de casas antes de llegar a la orilla del agua todos oyeron fuertes martilleos.

—Parece que están derrumbando un edificio —murmuró Pete.

Los ojos de Pam reflejaron miedo.

—¿Tú crees que…? —empezó a decir.

—¡Yo creo que sí! —dijo Tom al oírles.

Ante un edificio medio derruido se hallaban grandes camiones y una gran grúa, de la que pendía una enorme bola oscilante. La bola se estrellaba repetidamente contra las paredes del edificio. Mientras los escombros iban cayendo sobre la acera, una pala automática los recogía para echarlos en una de las camionetas.

—¡Dios mío! —murmuró Pam anonadada—. Ya nunca podremos encontrar el diario de navegación.

—No estés tan segura —dijo Pete, mientras se acercaba a uno de los obreros—. ¿Es aquí donde estaba el mercado de pescado?

—Sí. El mercado ocupaba parte de este edificio —dijo el hombre —. Pero esa zona se derrumbó ayer.

Pete preguntó dónde estaban los escombros y el obrero repuso que habían sido llevados a un solar de la calle cercana.

—Precisamente pasada esa esquina.

Los niños se alejaron de Tom, en su prisa por llegar al solar. Allí pudieron ver montañas de viejas vigas, tablones, pedazos de

cemento y marcos de puertas.

Los Hollister treparon por los escombros y empezaron a buscar con interés cualquier cosa que pudiera ser una pista. Al cabo de un rato, Pam encontró un pedazo de madera rectangular, cubierto de cemento. Mientras pasaba una y otra vez las manos sobre la superficie, la niña exclamó:

—¡Es la pintura del camarote del capitán!

Pete se acercó a su hermana, para ayudarla a quitar el polvo del cuadro. Debajo apareció una hermosa, aunque algo descolorida, pintura de un clíper.

Muy nerviosos, los niños siguieron limpiando el polvo blanco que cubría el resto de la pintura. De pronto, sin querer, a Holly se le despegó un trocito de madera.

¡Clic! Un trocito del panel retrocedió, dejando a la vista una cavidad en la madera. Y dentro había ¡un libro negro!

UN MISTERIO RESUELTO



Con un grito ahogado, Pam sacó el libro para abrirlo inmediatamente.

—¡El diario de navegación del «Jefe Alado»! —gritó Pete.

—¡Esto es magnífico! —dijo Tom King, tan emocionado como los niños.

—¿Podemos devolverlo a Orient Harbor? —preguntó Ricky.

Tom dijo que la pintura mural y el libro no les pertenecían.

—Iré a ver al capataz del equipo de derribo —dijo— y procuraré comprar estas cosas. Esperadme aquí.

Cuando su amigo desapareció por la esquina, Ricky pidió:

—Vamos a ver qué se dice en el libro sobre la boda.

—Está bien —accedió Pam, con ojos resplandecientes de curiosidad.

Estaba a punto de abrir el libro cuando, de improviso, un hombre trepó por los escombros y fue hacia los niños. Iba mal vestido y el cabello despeinado y demasiado largo le asomaba bajo la gorra.

—¿Qué estáis haciendo? —preguntó.

—Buscamos algo —contestó Pete.

—Vosotros no tenéis nada que hacer aquí —rezongó el hombre.

—¿Quién es usted? —preguntó Pam.

El hombre contestó que era un vigilante y tenía órdenes de no dejar que nadie tocase lo que pudiera haber en aquel solar.

—Y tú ¿qué has encontrado? —preguntó, acercándose a Pam.

—Un libro viejo y vamos a comprarlo.

—¡Dádmelo! —ordenó el hombre, arrancando el libro de las manos de Pam.

A toda prisa se encasquetó bien la gorra y se alejó, corriendo. Pero, con las prisas, tropezó en un madero saliente y cayó de bruces. Mientras luchaba por ponerse en pie, se le cayó la gorra y al mismo tiempo… ¡de la cabeza se le desprendió una peluca!

—¡Es Barrow! —gritó Pete.

—¡Tom, Tom, venga en seguida! —llamó Pam a voces.

En aquel mismo instante, el hawaiano apareció por la esquina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—¡Barrow ha robado el diario de navegación!

—¡Nosotros le daremos alcance! —decidió Tom.

Y él y Pete salieron corriendo detrás de Barrow. Pero el ladrón llegó a un muelle y saltó a una motora. Pete vio que la motora tenía dos pequeñas anclas rojas en la proa.

—¡Él fue quien nos hizo caer al agua! —gritó Pete, furioso.

Barrow puso en marcha el motor de la barca, que se puso en movimiento en seguida.

—¡Vuelva! ¡Vuelva! —pidió Pam, inútilmente.

—Tenemos que detenerle a toda costa —afirmó, muy serio, Tom King.

Estaba Pete mirando a su alrededor, buscando con los ojos otra embarcación, cuando se dio cuenta de que el motor de Barrow se había detenido. El fugitivo manipulaba en él con movimientos furiosos.

—Seguramente, el choque con el «Cisne» lo estropeó —opinó Pete—. ¡Ojalá viésemos otra embarcación para poder alcanzarle!

De pronto Tom se quitó la camisa, anunciándoles:

—¡Voy allí!

—Y yo también —decidió Pete, quitándose los zapatos.

Expertamente se zambulleron en el agua y empezaron a nadar

hacia la motora que había quedado inutilizada. Barrow intentaba desesperadamente reparar el motor, mientras Tom y Pete se iban aproximando. Desde la orilla, los Hollister les daban gritos de aliento:

—¡Deténgale, Tom! ¡A ver si le atrapas, Pete!

El hawaiano fue el primero en llegar a la motora. En el momento en que apoyó una mano en la borda, el motor volvió a ponerse en marcha.

—¡Largo de aquí! —vociferó Barrow, mientras Pete se cogía a la motora por el otro lado.



Barrow puso a toda marcha la embarcación, que avanzó por el agua, arrastrando a los dos nadadores. Cuando Tom se elevó por la borda, dispuesto a entrar en la motora, Barrow le dio un empujón. El hawaiano cayó al agua, pero aún seguía sujeto a la embarcación.

Entre tanto, Pete empezó a trepar por el otro lado. Inmediatamente, Barrow prestó atención al muchacho y entonces Tom aprovechó para saltar a la barca.

Barrow giró sobre sus talones y empuñó una llave inglesa. Pero, cuando la levantó para golpear a Tom, Pete dio un salto y se aferró a las piernas del malhechor. La llave inglesa no pudo hacer daño a nadie porque Tom agarraba al hombre por la muñeca y se la retorció hasta que Barrow dejó caer la herramienta al fondo de la barca.

—¡Nunca conseguirán el libro de navegación! —masculló Barrow con voz silbante, luchando por soltarse. Con la mano izquierda rebuscó bajo una lona y sacó el libro—. ¡Lo arrojaré por la borda! —aulló.

Pero Pete fue más rápido y le quitó el libro de las manos. El malhechor quedó ahora tendido en el fondo de la motora, con los brazos sujetos a los costados, por las manos de Tom.

—Átale, Pete —indicó el hawaiano, mientras Barrow gritaba, desafiante.

Pete buscó la cuerda de amarre y en pocos minutos ató fuertemente al hombre. Luego, con Tom al timón, la motora volvió al puerto.

Cuando llegaron al muelle, Pam ya había avisado a la policía. Tom hizo que Barrow se pusiera en pie y lo entregó al oficial.

—Los hermanos Hollister me han hablado de usted —dijo el agente a Barrow—. Venga conmigo.

Y el policía condujo al hombre a un coche patrulla que estaba esperando.

—¡Endiablados Hollister! —gruñó el detenido—. Mis amigos y yo podíamos haber conseguido…

De pronto, comprendiendo que estaba hablando demasiado, Barrow apretó los labios y quedó silencioso.

—Ya hablará luego —aseguró el policía—. Le veré a usted en otro momento, en el cuartelillo —dijo a Tom—. Pueden hacerme un informe detallado de los cargos que tienen que presentar contra este hombre.

Cuando el coche de la policía se hubo marchado, los Hollister y Tom King se sentaron en el muelle, para leer el viejo diario de navegación. Muy pronto encontró Pam la hoja en que se hablaba de la boda celebrada a bordo.

—¡Aquí está, Tom! —exclamó la niña—. ¡Y mire esto!



En la página de enfrente había una rara fotografía de los novios.

—Se parece usted mucho a su abuela —dijo Pete—. ¡Si con esto no se resuelve el problema de la herencia, no habrá nada que lo arregle!

Pam volvió la hoja y sus ojos volvieron a brillar con entusiasmo. Otra anotación informada de que el capitán había regalado el pendiente a su sobrina favorita, Nancy Bowers.

—Tendrá usted suerte si ella vive aún —dijo Pam.

—Vamos a verla ahora mismo —propuso Pete.

Primero, Tom y los niños cargaron con el cuadro mural y llamaron un taxi. El conductor, amablemente, ató el mural en lo alto del coche y trasladó a todos a la estación. Ya entonces las ropas de Pete y Tom se habían secado por completo, gracias al viento y al sol. De modo que, después de dejar el enorme cuadro en consigna,

Pete buscó el nombre de Nancy Bowers en el listín telefónico de Boston.

—A lo mejor se ha casado y tiene otro apellido —dijo Pam, preocupada.

—De todos modos, hay que probar —contestó Pete, entrando en la cabina.

Después de hacer la primera llamada, el muchachito salió de la cabina, muy sonriente.

—¡Era ella! —explicó—. Es una anciana y vive en Back Bay.

—Vamos en seguida —apremió Holly.

No tardaron mucho en llegar a la casa.

—Entren, entren —dijo, amablemente, una dulce viejecita—. Por lo visto habéis encontrado el diario de navegación de mi tío.

Pete le leyó la nota referente al pendiente y la señora contestó:

—Sí, sí. Nunca olvidaré la ocasión en que me lo dio. Todavía lo conservo. ¿Os gustaría verlo?

La señora entró en su dormitorio, abrió un joyero y salió con un pendiente en la mano. En todos los detalles, aquel pendiente era idéntico a la aguja de corbata de Tom King.

—Le agradecería que me prestase usted esto, como prueba —dijo Tom.

Ella dijo:

—Claro. Puede usted llevárselo.

—A cambio —sonrió agradecido, Tom—, tal vez le guste a usted leer el diario de su tío.

Nancy repuso que le encantaría leerlo, cuando Tom ya no lo necesitase. Jubilosos, Tom y los niños volvieron a Orient Harbor. Tom telefoneó a los abogados que se ocupaban de la herencia. Cuando los abogados conocieron las pruebas que existían, estuvieron de acuerdo en que era Tom quien debía recibir el dinero.

—Pero ¿qué harán con el otro que reclamaba la herencia? —preguntó Tom.

—Tenemos entendido que ha sufrido un contratiempo y está en la cárcel —le contestaron, entonces.

—¿Se llama Barrow?

—Exactamente.

Cuando colgó el auricular, Tom King se volvió a los Hollister

para explicar:

—Era Barrow quien quería despojarme de la herencia.

—Me alegraré de que detengan a los hombres que le ayudaban —dijo Pete.

Y así ocurrió. Al día siguiente, cuando Tom se presentó a la policía, se le informó de que el detenido había confesado y habían resultado complicados con él otros dos hombres. Al regresar a Orient Harbor, el hawaiano lo contó todo a los Hollister.

El delincuente había seguido a Tom, buscando una buena oportunidad para robarle los bocetos del clíper.

—¿Era él quien nos seguía, la noche que salimos a comprar helados? —quiso saber Pam.

—Exactamente. Ha confesado también todo eso.

También había sido Barrow quien dio órdenes a sus compinches, para que robasen a Tom, cuando iba camino de Orient Harbor.

—¿Y por qué tomó el tren con nosotros? —preguntó Pam.

—Eso fue casualidad. ¡Y muy desafortunada para él!

—¿Y por qué quiso hacer daño a todos ustedes, en el puerto, con la motora? —preguntó la señora Hollister.

—Como imaginé, quería librarse de mí para que yo no pudiese reclamar la herencia y quedarse él con el dinero.

Los componentes de la firma cinematográfica estaban también muy contentos, puesto que se había encontrado la pintura mural del camarote del capitán del «Jefe Alado». Unos artistas especializados habían estado trabajando en él y ahora la pintura estaba como nueva.

—La colocaremos en el decorado del camarote —dijo el director a los niños, al día siguiente. En seguida añadió—: Tengo una sorpresa para vosotros.

El señor Powell llevó a los niños al pequeño tocador situado bajo la cubierta del «medio barco» y anunció:

—Ahí están vuestros vestidos.

Todos dieron alegres gritos de entusiasmo, viendo cómo iban a ir vestidos en la película. A las niñas, les habían hecho lindos vestidos de faldas muy huecas, pantalones con encajes y coquetonas capotas; para los chicos había dos trajes marineros.

—Ahora haremos la escena definitiva —anunció el señor Powell

—. ¿Recordáis lo que cada uno tiene que decir?

Entre risas, los niños contestaron que sí lo recordaban.

Ricky desapareció en el bote salvavidas, Pete trepó a un mástil y Holly cabalgó sobre el pequeño cañón, mientras Pam y Sue desaparecían por las escaleras de la cámara.

Todos estaban entusiasmados.

—¡Empieza el rodaje! —gritó el señor Powell.

Todo a bordo quedó silencioso mientras las dos niñas aparecían en escena con la bandeja del té. Las dos, caminando con mucha soltura, se acercaron al capitán, pronunciaron cada una las palabras que les correspondían e hicieron la reverencia.

—¡Muy bien hecho! —aplaudió el capitán, cuando quedó filmada la escena—. ¡Un hurra por los Felices Hollister!



FIN